

# Estudios

numero  
extraordinario



TERRA

1  
Rta

# ¡Ayude usted a ESTUDIOS comprando sus libros!

La Biblioteca ESTUDIOS tiene como especial misión la de ayudar al sostenimiento de esta Revista por medio de la venta de sus libros, cuyo producto se destina íntegro a sufragar el déficit que supone cada número, pues no tiene ni admite otros ingresos que los de la venta de sus ejemplares, y estos ingresos no llegan, ni en mucho, a compensar el coste y demás gastos de su impresión.

Rogamos, por tanto, a los lectores de ESTUDIOS compren y recomienden los libros aquí anunciados, si desean ayudar a ESTUDIOS en su labor educativa.

Esta Biblioteca editará siempre obras de indiscutible valor literario y cultural y de utilidad para la vida privada, selectamente escogidas de entre los autores de reconocido prestigio universal.

Además, los corresponsales y suscriptores directos de ESTUDIOS tienen derecho a los descuentos señalados, pudiendo, por tanto, adquirir excelentes obras en ventajosas condiciones.

## Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

REVISTA.—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los gastos de franqueo. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque, sellos, etc. (en este último caso cerrando la carta).

LIBROS.—En los libros editados por esta Revista, el 30 por 100 de descuento, y el 20 por 100 en las obras encuadernadas. En los diccionarios, el 15 por 100.

Gastos de envío a cargo del comprador.  
Se envía el Catálogo General gratis a quien lo solicite.

PARA TODO PEDIDO DE LIBROS ES CONDICIÓN INDISPENSABLE EL PAGO POR ANTICIPADO.— Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicar que se haga el envío a Reembolso, y en este caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Reembolso no rigen para el extranjero.

NOTAS.—Los suscriptores de ESTUDIOS deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado.

LAS SUSCRIPCIONES SE ABONARAN POR AÑOS ANTICIPADOS (12 NUMEROS, COMPRENDIDO EL EXTRAORDINARIO DE 1.º DE AÑO, 6'50 PESETAS PARA ESPAÑA, PORTUGAL Y AMERICA; Y 8 PESETAS PARA LOS DEMAS PAISES).

Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año.

**Toda correspondencia, giros, etc., diríjense a: J. JUAN PASTOR, Apartado 158.—VALENCIA**

## Obras selectas, especialmente recomendables, editadas por ESTUDIOS

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 30 por 100 de descuento en rústica, y el 20 por 100 en tela

### Conocimientos útiles Educación e Higiene

ENFERMEDADES SEXUALES, por el doctor Lázaro Sir-lin.—Precio, 1 peseta. Segunda edición.

MEDIOS PARA EVITAR EL EMBARAZO, por G. Hardy.—Precio, 3'50 ptas.; en tela, 5.

LA MUJER, EL AMOR Y EL SEXO, por Jean Marestán.—Precio, 1 peseta.

EDUCACION SEXUAL DE LOS JOVENES, por el doctor Mayoux.—Precio, 2 pesetas; en tela, 3'50. Segunda edición.

AMOR SIN PELIGROS, por el doctor W. Waroche.—Precio, 2 pesetas; en tela, 3'50. Segunda edición.

GENERACION CONSCIENTE, por Frank Sutor.—Precio, 1 peseta.

EMBRIOLOGIA, por el doctor Isaac Puente.—Precio, 3'50 pesetas. Lujosamente encuadernado en tela y oro, 5.

EL VENENO MALDITO, Dr. F. Elosu.—Precio, 1 peseta.

EUGENICA, por Luis Huerta.—Precio, 2 pesetas.

LIBERTAD SEXUAL DE LAS MUJERES, por Julio R. Barcas.—Precio, 3 pesetas; en tela, 4'50. Cuarta edición.

EL A B C DE LA PUERICULTURA MODERNA, por el doctor Marcel Prunier.—Precio, 1 peseta.

EL ALCOHOL Y EL TABACO, por León Tolstoi.—Precio, 1 peseta.

LA MATERNIDAD CONSCIENTE. *Papel de la mujer en el mejoramiento de la raza*, por Manuel Devaldés.—Precio, 2 pesetas; en tela, 3'50.

LA EDUCACION SEXUAL, por Jean Marestán.—Precio, 3'50 pesetas; en tela, 5.

LA EDUCACION SEXUAL Y LA DIFERENCIACION SEXUAL, por el doctor Gregorio Marañón.—Precio, 0'50 pesetas.

LO QUE DEBE SABER TODA JOVEN, por la doctora Mary Wood.—Precio, 1 peseta; en tela, 2'50.

EDUCACION Y CRIANZA DE LOS NIÑOS, por Luis Kunhe.—Precio, 0'75 pesetas.

CAMINO DE PERFECCION, por Carlos Brandt.—Precio, 2 pesetas; en tela, 3'50.

LA GRAMATICA DEL OBRERO, por José Sánchez Rosa.—Precio, 2 pesetas.

LA ARITMETICA DEL OBRERO, por José Sánchez Rosa.—Precio, 1'50 pesetas.

LO QUE TODOS DEBERIAN SABER (*La iniciación sexual*), por el doctor G. M. Bessedé.—Precio, 2 pesetas; en tela, 3'50.

### Novelas - Sociología - Crítica

GANDHI, ANIMADOR DE LA INDIA, por Higinio Noja Ruiz.—Precio, 1'50 pesetas.

COMO EL CABALLO DE ATILA, por Higinio Noja Ruiz.—Precio, 5 pesetas; en tela, 6'50.

LA QUE SUPO VIVIR SU AMOR, por Higinio Noja Ruiz.—Precio, 4 pesetas; en tela, 5'50.

EL BOTON DE FUEGO, por José López Montenegro.—Precio, 3 pesetas; en tela, 4'50.

UN PUENTE SOBRE EL ABISMO, por Higinio Noja Ruiz.—Precio, 2 pesetas; en tela, 3'50.

LA MUÑECA, por F. Caro Crespo.—Precio, 1'50 pesetas.

LA DESOCUPACION Y LA MAQUINARIA, por J. A. Mac Donald. Segunda edición.—Precio, 1'50 pesetas.

LA VIDA DE UN HOMBRE INNecesario (LA POLICIA SECRETA DEL ZAR), por Máximo Gorki.—Un tomo en rústica, con portada a tricromía, 2 ptas.; en tela, 3'50.

CUENTOS DE ITALIA, por Máximo Gorki.—Un volumen en rústica, con portada a tricromía, 2 pesetas; en tela, 3'50.

LA TRANSFORMACION SOCIAL DE RUSIA. COMO SE FORIA UN MUNDO NUEVO, por Máximo Gorki.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas; en tela, 3'50.

ANISSIA, por León Tolstoi.—Precio, 3 ptas.; en tela, 4'50.

¿QUE HACER?, por León Tolstoi.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 ptas.; en tela, 3'50.

LA MONTAÑA, por Eliseo Reclus.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 ptas.; en tela, 3'50.

EL ARROYO, por Eliseo Reclus.—Un volumen de más de 200 páginas, en rústica, 2 ptas.; en tela, 3'50.

EL CALVARIO, por Octavio Mirbeau.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 ptas.; en tela, 3'50.

EL IMPERIO DE LA MUERTE, por Vladimiro Korolenko.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

En tela, 3'50 ptas.

EL DOLOR UNIVERSAL, por Sebastián Faure.—Precio, 3 ptas.; en tela, 4'50.



# Estudios

Revista ecléctica

Publicación mensual

Enero 1933

Año XI : Núm. 113

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

APARTADO 158.-VALENCIA

## Modesta ofrenda y ferviente deseo

Este número de ESTUDIOS pretende ser—la benevolencia del lector suplirá seguramente los defectos que nuestro buen deseo no haya sabido evitar—, como una ofrenda al Ideal Comunista Libertario, y una cordial invitación a cuantos identificados con su finalidad suprema, luchan actualmente divididos y muchas veces en pugna por leves diferencias de criterio, para una reconciliación que determine la unificación necesaria en esta etapa decisiva en que se elabora el porvenir de la humanidad.

Si estas páginas, repletas de inquietudes mentales que interpretan el eco del futuro, merecen el honor de hablar a la conciencia de cuantos luchan sinceramente por una vida sin tiranías y sin odios, su invitación debe ser recogida, debe ser tomada en consideración para provocar una unificación potente e indestructible del esfuerzo revolucionario que haga realizables nuestros más caros anhelos libertarios.

El capitalismo ha llegado, en su larga carrera de injusto predominio, de egoismos y de crímenes, a una encrucijada en donde no hay más que una bifurcación trágica como posibles horizontes: una nueva guerra de crueldad y de horrores incalculables, o una dictadura, llamada también fascismo, que supone igualmente una guerra civil de consecuencias fatales. Por una de estas dos perspectivas sangrientas ha de decidirse, y pronto, para evitar ser aplastado sin remedio por el avance majestuoso de las ideas liberadoras.

La circulación fiduciaria, el intercambio de las mercancías, que son como la circulación sanguínea en los cuerpos vivos, acusan de día en día un descenso rápido, plena demostración de la agonía letal que acaba con el organismo decrepito y su viejo esqueleto estatal. A su primer espasmo agónico, los gobiernos se apresuraron a hacer lo necesario para que el proceso sea más rápido y penoso, aumentando las cargas tributivas y destinando la mayor parte de esos aumentos a armarse, porque en su guerra no atinan sino a conservarse a punta de bayoneta.

Pero pronto la crisis fundamental del sistema ha de llegar al límite en que la disyuntiva se planteará inevitable, inexorablemente. Ninguno de los dos recursos a su alcance evitarán su bancarrota, ni pueden conducirle a otra cosa que a un final siniestro; pero mientras, los pueblos pueden ser lanzados a un abismo sangriento que supondría un retraso, quizá de siglos, en la historia de la liberación humana.

De la unificación de las fuerzas revolucionarias para una acción común, por lo que afecta a España, depende el que ello no ocurra.

Todos los hombres de convicciones libertarias tienen la palabra.

LA REDACCION

# Hacia una nueva organización económica de la sociedad

Higinio Noja Ruiz

## LA LEY DE LA NECESIDAD

Ya hemos dicho que la bancarrota del sistema capitalista impone la necesidad de ensayar nuevas normas de organización social. Ello es tan evidente que no puede negarlo ninguna persona reflexiva, sean cuales fueren sus predilecciones ideológicas y sus creencias, si examina objetivamente y con desapasionamiento las condiciones del medio en que nos desenvolvemos y tiene en cuenta los factores esenciales que determinan la dinámica individual.

Desde que las condiciones físicas del planeta hicieron posible la aparición del hombre sobre la tierra, todas las actividades de éste han estado determinadas por dos impulsos instintivos: el de conservación y el de reproducción.

La sociedad nace y se desarrolla, gracias a las sugerencias de esos dos instintos animales primigenios. Vivir y perpetuarse, es la preocupación predominante en todos los seres animados y esa preocupación preside todos nuestros pasos a través de todos los tiempos, en todas las latitudes y bajo todos los climas.

El hambre, el miedo al hambre, nos empuja al trabajo sistematizado, nos convierte de nómadas en sedentarios, aguja y educa nuestros instintos hasta convertirlos en inteligencia, hace nacer en nosotros el impulso solidario sin el cual son imposibles las agrupaciones humanas, y prepara en nuestro ente psíquico terreno propicio y abonado para que en él arraigue, se alimente y abra el fastuoso cromatismo de su corola la delicada y magnífica flor del sentimiento.

En el decurso de los siglos, la dura ley de la necesidad nos ha espoleado sin cesar hacia adelante.

Así como en el organismo animal la avidez de las células nos guía certeramente en la elección de las sustancias que necesitamos ingerir para la reposición de las energías perdidas, en el orden individual nos empuja al trabajo la necesidad de asegurarnos esas sustancias. La misma sociedad no es otra cosa que un ensayo de cooperación con la mira puesta en la más fácil conquista y más seguro disfrute del alimento indispensable para subsistir.

Se puede afirmar que el hombre no empieza a diferenciarse notablemente de la bestia hasta el preciso instante en que se inclina sobre la corteza terrestre, sobre el duro y áspero suelo, no para buscar la raíz comestible o tomar el fruto en sazón caído del árbol, que

ha de aplacar las exigencias de su estómago desfallecido, sino para depositar en el surco que abrieron sus todavía inhábiles manos, la semilla que había de convertirse en fruto de bendición en los campos, dando mayores seguridades a su existencia atormentada.

Ese primer gesto consciente es el punto inicial de toda una asombrosa serie de experimentos y conquistas que no ha de concluir sino cuando la Humanidad se extinga. Todo lo que constituye la gloria y la ignominia del hombre, arranca de ahí, de ese sencillo gesto, de esa aceptación del deber de trabajar que nos impone la ley de la necesidad.

No ofrece buena cara el trabajo, es verdad. Al aceptarlo se somete el hombre a una esclavitud enojosa y pesada. Mas al aceptarle con el deseo instintivo de pisar el cuello al espectro lívido del hambre, coloca un hito gigantesco que señala el punto de partida de una ruta luminosa que muchas veces mancharemos de sangre y regaremos con las propias lágrimas, pero que cada día nos distancia más de los linderos de la barbarie y nos aproxima a la serena majestad del superhombre.

La ley de la necesidad nos esclaviza al trabajo, hace de nosotros bestias de labor, echa sobre nuestros débiles hombros una carga abrumadora. Pero también da nacimiento en los estratos más recónditos, en las capas más profundas de la subconsciencia individual, a impulsos libertadores, despierta fuerzas dormidas, pone en movimiento y desarrolla ocultas potencialidades que nos arman insuperablemente para la gran lucha. Hay que trabajar para vivir y no se dispone de los más elementales recursos, mas el ingenio humano se despereza, hace acto de presencia y realiza aplicaciones que hacen cada vez más llevadera la carga.

De este modo, la necesidad nos induce a utilizar groseras herramientas que a través de los milenios y tras infinitas modificaciones han de convertirse en esas maravillas de perfección y de fuerza que son las máquinas modernas; nos obliga a observar las condiciones del medio, a estudiar y seguir el curso regular de las estaciones, a buscar la manera de aprovechar las dispersas fuerzas naturales, a modificar o burlar con derroches de energías y de ingenio, cuanto nos es adverso, a crear, en suma, los esplendores de la civilización.

No puede imaginarse epopeya que supere en grandeza mayestática a lo que el infinito poder creador del hombre ha realizado en el mundo desde el momento en que por vez primera removió la tierra virgen para arrojar en ella



unos granos y esperar que se operara el misterioso proceso de la germinación. La imaginación más potente y viva, la más rica en matices, la más perfecta, apenas si podría dar de ello un pálido reflejo.

Pero, si meditamos un poco, veremos en el acto que en el fondo de todas nuestras conquistas y afanes, late el propósito de asegurarnos el alimento cotidiano, garantía única de nuestra conservación. Lo hemos aceptado y lo aceptamos todo, a cambio de que se nos deje ocupar una yacija y devorar un mendrugo. Todo nuestro progreso, todo lo que hasta el presente hemos creado y cuanto crearemos en el porvenir, no obedece a otros móviles que a la necesidad de aplacar el hambre a cambio del menor esfuerzo posible. Dad al hombre facilidades para vivir y pedidle a cambio lo que queráis. Haréis de él, si os place, un héroe o un santo, un granuja o un ser perfecto, un verdugo o una víctima. ¡Qué alturas no escaremos y a qué abismos no descenderemos impulsados por la necesidad de hacernos y conservar un puesto en la vida! El ser humano, la Historia lo dice, puede soportarlo todo siempre que no le falte el parco yantar que para subsistir necesita.

Lo trágico de nuestra época turbulenta, terrible y a la vez magnífica, estriba precisamente en que nuestros desdichados sistemas económicos condenan al hambre sin esperanza a millones de criaturas.

No faltan posibilidades. Organizando las cosas con un elemental buen sentido, haríamos de la tierra un paraíso. Con la renta acumulada del trabajo de innumerables generaciones traducida en el caudal de conocimientos y de aplicaciones prácticas que utilizamos hoy, casi no es necesario el esfuerzo humano para que vivamos todos superando en la realidad los ensueños más atrevidos de los más generosos reformadores. Sólo falta una organización inteligente que no lesione el derecho de los más en beneficio de los menos. Los mismos privilegiados, si fueran capaces de comprender la grandeza de la nueva sociedad cuya aurora esplendorosa se anuncia entre las brumas de la confusión producida por tantos intereses opuestos, verían con claridad que ni siquiera su posición de mimados de la Fortuna es más codiciable, ni siquiera tanto, como el nuevo estado de cosas que la ley de la necesidad, o si se quiere, el grado de evolución de las sociedades humanas, nos impone el deber de ensayar.

Lo maravilloso es que haya todavía quienes no comprendan esto. En el porvenir, cuando las nuevas generaciones educadas en una sociedad justa pretendan representarse nuestra época, no lograrán comprenderla. ¿Cómo la gente se muere de hambre existiendo tantas posibilidades para nadar en la abundancia? ¿Cómo los hambrientos, deseando trabajar para ganarse lo necesario para vivir, perecen en la ociosidad forzosa? ¿Cómo se destruyen los artículos alimenticios mientras millones de desheredados sucumben de inanición? Esta insensatez, esta crueldad fría y esta cobardía inaudita, no pueden caber en la cabeza de los felices mortales que alcancen a vivir en el futuro que preconizamos. Porque ¿cómo han de admitir que el interés capitalista, es decir, el interés de una ínfima parte de la Humanidad, se anteponga a los intereses generales de la raza y cómo aceptar que la mayoría tolere tan enorme iniquidad?

Y es así, sin embargo. Y así será en tanto conservemos el sistema capitalista. Dentro de él no hay solución para el angustioso problema. O se destruye ese sistema, o la Humanidad se aniquila. No hay otro dilema.

Para ayudar al lector a formarse una idea sobre esto, vamos a permitirnos dar algunos datos y cifras harto elocuentes.

«Durante la guerra mundial, 63 millones de trabajadores fueron sacados del campo de la producción para los campos de batalla. Era necesaria la labor de tres obreros en las industrias para sostener a los soldados en los frentes abastecidos de armas, ametralladoras, bombas, aeroplanos, gases asfixiantes y todos los productos de la labor humana que fueron en tan vasta escala consumidos. También debemos tomar en consideración la enormidad de productos que fueron destruidos durante el tiempo de la guerra. En los Estados Unidos solamente millones de obreros se empleaban en la construcción de barcos de madera, fábricas de municiones que nunca hicieron municiones y aeroplanos, aunque al terminar la guerra los Estados Unidos sólo tenían dos aeroplanos de combate en el frente, de fabricación americana.

«Debe tenerse en cuenta que no estamos tratando del costo de la guerra, el cual trae tambaleándose a las naciones al presente, sino del costo de la producción, al que no se ha podido escapar, porque los productos del trabajo humano tienen que ser producidos antes que puedan ser consumidos.

«Las cifras que llevamos dadas nos demuestran que unos 157 millones de trabajadores del mundo fueron sacados de la producción normal del tiempo de paz y mandados a los frentes o empleados en las industrias de guerra. Y sin embargo, estando estos 157 millones de obreros fuera del trabajo de los tiempos de paz desocupados, por lo que a la producción atañe, uno podrá pensar que el resto de los trabajadores estaba trabajando a toda capacidad, que todos los obreros tendrían trabajo, especialmente si consideramos que mientras duró la guerra se logró rebajar la jornada de trabajo en muchas industrias. Mas encontramos que existía la desocupación; que aunque 157 millones de trabajadores habían sido arrancados de sus ocupaciones diarias, todavía quedaban otros millones que vagaban porque no tenían trabajo» (1).

Esta cita, avalada por el interesante informe que acerca de la desocupación en la postguerra presentó el secretario del Trabajo en los Estados Unidos, Mr. Davis, es de una elocuencia aterradora, máxime si se reflexiona que esos 157 millones de trabajadores innecesarios, con sus respectivas familias, representan más de la tercera parte de la población actual del mundo. Esto es, que 785 millones de criaturas humanas se hallan condenadas a morir de hambre porque así conviene al interés de una clase que vive chupando el jugo vital de los laboriosos. Esto sólo bastaría para condenar a un régimen. La monstruosidad que ello significa legítima y hace santas todas las explosiones del descontento de que tan próspera se muestra nuestra época.

(1) Véase *La desocupación y la maquinaria*, de J. A. Mac Donald.

Es un verdadero horror. Durante el ramalazo de locura bélica que asoló a Europa de 1914-18, se ponía el grito en el cielo clamando contra el inmenso derroche de vidas y de producción útil que suponía. La desocupación es infinitamente más costosa y más cruel.

«Kirby Page, en un libro sobre la guerra mundial, dice que el costo total de esa locura mortífera fué de unos 337 mil millones de dólares. Se emplearon cuatro años para gastar esa cantidad en la guerra, la guerra mayor en la historia del mundo. La desocupación cuesta al mundo más de esa cantidad cada treinta y siete semanas» (1).

Naturalmente, el párrafo citado se refiere a lo que suponen los subsidios que se abonan a los obreros en paro forzoso, a lo que éstos dejan de producir y a lo que de lo producido se avería o destruye por falta de consumidores. ¡Y la tercera parte de la actual población del mundo no tiene pan que llevarse a la boca!

De esto se desprende, además de lo monstruoso e insostenible de la actual situación, dos consecuencias inmediatas, desconsoladora la una y altamente esperanzadora la otra. Primera, que nuestro progreso técnico, en virtud de la irracional organización del régimen vigente, genera la miseria de las mayorías. Y, segunda, que por instinto de conservación avanzamos hacia una nueva organización social basada en la equitativa distribución del trabajo y sus productos. Nada podrá detener ese avance. El sistema capitalista se defenderá indudablemente más o menos tiempo, según las grandes masas llamadas a efectuar el cambio se organicen con mayor o menor acierto; pero, de todos modos, sus días están contados. La sociedad nueva habrá de imponerse, no sólo porque responde mejor al grado de evolución de la Humanidad, sino porque así lo determina la ley de la necesidad, madre de todos nuestros progresos.

Esperar solución para los angustiosos problemas de nuestro tiempo sin aventurarse a destruir el sistema capitalista, es absurdo. No hay solución. Cuanto más alto raye la técnica de la producción, más se agudizarán nuestros problemas, si no se logra establecer un orden de cosas en el cual el interés individual ceda la preferencia al interés colectivo. La máquina nos desplaza más cada día de las tareas productoras y aumenta, consecuentemente, el número de los obreros en paro forzoso. Y aunque se hiciera desaparecer el sobrante de mano de obra por cualquier medio violento, el problema continuaría en pie. En la misma proporción que decrezca la población del mundo disminuirán las necesidades de la producción y los resultados serían análogos.

La cuestión debe plantearse en los siguientes términos: ¿Nuestra capacidad productora responde a las necesidades de la actual Humanidad? Si responde —y claro está que responde— hay que poner en claro por qué no vivimos todos con la holgura correspondiente. El resultado de una investigación seria, orientada en este sentido, nos demostraría que no podemos vivir, no porque no seamos capaces de producir y elaborar cuanto nos es necesario para la vida, sino porque existe una casta que indebidamente se ha posesionado de los útiles

de producción y de las fuentes de riqueza, y por conservar ese derecho abusivo no vacila en hundir en la miseria más espantosa a millones de criaturas.

Para ilustrar mejor al lector acerca de lo que ha aumentado nuestra capacidad productora, especialmente a partir del principio de la guerra mundial en que se comenzó a introducir sistemáticamente en las industrias los métodos científicos en la organización del trabajo, vamos a dar algunos datos entresacados del interesantísimo y bien documentado libro de Otto Bauer *Capitalismo y socialismo en la postguerra*, recientemente publicado en castellano.

Según esos datos, en los Estados Unidos, que es donde de modo más perfecto y acabado se han aplicado los nuevos métodos de producción (racionalización, taylorismo, *standardización*), los resultados obtenidos han sido los siguientes:

Si valoramos en 100 el total de lo producido en 1914 por un obrero en una hora de labor, la valoración sería, para 1925:

Industria del automóvil ... ..	310
Producción de neumáticos ... ..	311
Refinerías de petróleo ... ..	177
Industria de la carne ... ..	127
» del cemento ... ..	158
Molinos de trigo ... ..	139
Industria del cuero ... ..	128
Refinerías de azúcar de caña ... ..	127
Industria del papel ... ..	126
Industria del calzado ... ..	117

En 1927, la producción global de las fábricas en los Estados Unidos excedió en un 30'8 % a la obtenida en 1919. En cambio, el número de obreros ocupados en las industrias descendió de 9'1 millones en 1919 a 8'3 millones en 1927, y el de empleados, de 1'7 a 1'5 millones. Es decir, que una producción mayor en un 30'8 % pudo ser obtenida empleando un 8 % menos de obreros.

En lo referente a trabajos agrícolas, he aquí un ejemplo elocuentísimo: la Campbell Farm Corporation en el Estado de Montana, tomó en arriendo una hacienda de 38.000 hectáreas. Se siembra en ella trigo durante dos años consecutivos dejando las tierras un año de cada tres en barbecho. Ni se emplean animales de tiro ni abonos. Los obreros son chóferes y mecánicos que conducen los tractores y sirven las máquinas agrícolas. El empleo del trabajo manual es casi nulo. En la época de la recolección se da ocupación a un obrero por cada 60 hectáreas, y en las temporadas anteriores y posteriores, a un obrero por cada 300 hectáreas.

Tomando en consideración estos datos, no es ninguna maravilla que la población agraria en los Estados Unidos haya disminuido desde 1909 a 1928, de 31'4 millones a 27'7, mientras la superficie cultivada ha aumentado durante el mismo período de tiempo de 300'6 a 353'4 millones de acres.

En lo relativo a la industria, aún puede hacerse más en el sentido de la economía del esfuerzo humano, sólo organizando mejor el trabajo. En la industria americana del calzado se ha calculado que, sin disminuir la pro-

(1) *La desocupación y la maquinaria.*



## Estudios

ducción, se puede economizar el trabajo anual de 75.000 obreros; en la industria metalúrgica, el de 250.000, y en la textil, el de 500.000.

Que no hay la menor exageración en estos cálculos, salta a la vista si se tiene presente que hay fábricas de calzado en las que un obrero produce en un día dos pares y otras en las cuales el mismo obrero produce en el transcurso de la jornada diaria, doce pares; altos hornos en los cuales un trabajador produce una tonelada de hierro en una hora y doce minutos y otros donde para obtener la misma producción se necesitan once horas, y fábricas de aserrar madera en las que la labor por hora es de 15 pies de tablas y otras cuyo rendimiento alcanza a 323 pies en el mismo espacio de tiempo.

Evidentemente, si la economía de esfuerzo y de tiempo que esto representa se tradujera en una disminución proporcional de la jornada de trabajo, no habría problema. Pero eso, que sería lo justo, no conviene al capitalista. De ahí que no quede otra solución que prescindir de él.

Cierto que, de cualquier modo, el sistema actual está condenado a desaparecer. Si las mejoras introducidas en la técnica de la producción hubieran de revertir en beneficio de todos, el capitalista estaría de más. Y que beneficie, como hasta ahora, a unos cuantos, no puede tolerarse, a menos que aceptemos impasibles el aniquilamiento total por hambre de la especie. El decrecimiento que se nota ya hoy en la población de los países más afectados por la quiebra del sistema en vigor, es una anticipación de ese aniquilamiento que sólo puede ser evitado transformando a toda prisa nuestra absurda organización económica.

Antes, cuando las aplicaciones de la técnica no eran tan generales ni tan perfectas, las crisis que afectaban periódicamente a la industria, hallaban solución en la conquista de nuevos mercados. En la actualidad ese recurso no puede utilizarse, porque, con pequeñas variantes, el desarrollo industrial ha alcanzado casi igual grado en la mayoría de los pueblos del mundo. En vano se exprimen el cerebro los economistas de la escuela burguesa para hallar una salida. No la hay dentro de la organización capitalista. Y, naturalmente, cuando estos señores emiten con aire engolado y tono doctoral alguna idea, causarían risa si no suscitaban la mayor indignación. Atribuyen las causas de la crisis a la aparición periódica de las manchas solares, a la moda femenina de la falda corta, a la insuficiencia de circulación fiduciaria, a la carencia de espíritu cristiano en los obreros y a otros motivos análogos. Estos tipos, flor y nata de los economistas, resultan enteramente despreciables. Porque no es concebible que crean en las meces que dicen, y si las creen, su indigencia mental es tan absoluta como evidente.

Sobran productores y faltan consumidores.

La Humanidad ha luchado afanosamente durante milenios y milenios para llegar a la conclusión de que debe morir de hambre porque produce con exceso de todo lo necesario para vivir bien. Esa es la verdad entera y verdadera.

Claro que no seremos tan negados que nos resignemos a sucumbir mansamente. La ley de la necesidad que nos indujo a crear tantas maravillas, nos obligará a cam-

biarlo todo de alto abajo para hacer del solar del mundo, convertido hoy en palenque de luchas fratricidas, la morada decente y agradable del hombre libre y pacífico. Y eso habrá que hacerlo a toda prisa.

El individuo se somete de buen o mal grado a lo que no tiene remedio. Pero la calamitosa situación actual lo tiene y bien sencillo por cierto. Nada más con lo que en nuestros tiempos se despilfarra estúpidamente sin provecho para nadie y con daño para todos los humanos sin excepción, podría asegurarse la vida a la Humanidad entera. Los números cantan.

Lo que cuesta al mundo el paro forzoso se eleva anualmente a la cifra aproximada de 600.000 millones de dólares. Si unimos a esto lo que importan los impuestos de guerra, confesados por todos los países del mundo, y que dan una suma anual de 20.077.220.077 dólares, resultará un total de *seiscientos veinte mil setenta y siete millones doscientos veinte mil setenta y siete dólares* (620.077.220.077). Con el cambio a la par esta cifra se convertiría en *tres billones doscientos quince mil setecientos veinte millones cuatrocientos sesenta y tres mil trescientos diecinueve pesetas* (3.215.720.463.319).

Estas cifras, verdaderamente astronómicas, no pueden ser abarcadas por la imaginación humana, pero podemos hacernos una idea de lo que significan si establecemos algunas comparaciones.

Sólo para contar esta suma, reducida a monedas de cinco pesetas, y suponiendo que un hombre pueda contar cien de ellas por minuto, se necesitarían para contarla, sin descansar ni de noche ni de día, la friolera de más de 12.236 años. Si la convirtiéramos en barras de oro, su peso total sería de 1.240.154.440 kilogramos, y precisaríamos para transportarle 124.015 vagones, o 2.480 trenes de 50 vagones cada uno. Si nos propusiéramos invertir esa cantidad en la creación de escuelas y presupuestáramos para cada una un millón de pesetas, podrían crearse 3.215.720 escuelas y aún sobrarían 463.319 pesetas. Y, por último, si distribuyéramos esa suma entre los 340.000.000 de familias de cinco personas en que puede dividirse la actual población del mundo, correspondería a cada una más de 9.458 pesetas.

Y esto es sólo una parte de lo que se despilfarra, pues ya habrá observado el lector que no hacemos referencias a lo que cobran los centenares de miles de obreros empleados en las industrias de guerra, ni lo que se llevan en todos los países los componentes de la abundante fauna presupuestívora, y los millones de holgazanes que viven sin hacer nada útil y que se llevan, como es sabido, los mejores bocados.

En presencia de esta realidad, es lógico esperar que la Humanidad no se resigna a perecer de hambre y que procure establecer un modo de organización en el cual se procure distribuir mejor esa formidable suma de riqueza que es notoriamente suficiente para colocar al abrigo de la necesidad a todos los seres humanos, aunque éstos se duplicaran.

De otra parte, la necesidad hace la ley.

El sistema capitalista es impotente para resolver la tremenda crisis que atravesamos. Posibilidades, como hemos visto, no faltan. Cada día es mayor el número de los que ante la realidad abren de par en par los ojos

y se preguntan hasta cuándo vamos a soportar un estado de cosas enteramente insostenible. El instinto de conservación hará el resto.

De ahí que sostengamos que la ley de la necesidad, que tan largo trecho nos ha hecho recorrer en el sentido del adelanto y el progreso, nos llevará a seguro puerto.

Lo que necesitamos es prepararnos idóneamente para que el formidable estallido que precederá al cambio que ha de operarse fatalmente, no nos coja desprevenidos. Esa es nuestra misión principal. Va a hacer una era nueva. Procuremos que no se malogre.

# Actualidad

Dionysios

En Cataluña, después de un mes de carnaval, se han celebrado las primeras elecciones para el Parlamento de la región autónoma. Las han ganado los sindicalistas, y la mayoría de los diputados pertenecen a la Izquierda Republicana.

No se vea en esto una contradicción. He aquí la prueba. En las elecciones para diputados de las Constituyentes obtuvo Maciá 120.000 votos. Ahora ha obtenido 70.000. Teniendo en cuenta que más de 20.000 de éstos son de sindicalistas que aún esperan no se sabe qué del parlamentarismo, y que los 50.000 menos son también de sindicalistas que no han votado esta vez, ¿quién ha ganado las elecciones?

A esto le llama *El Socialista*, con su lógica peculiar, fracaso del sindicalismo. ¡Que Dios le ilumine!

No se contenta con hacer esa información; añade: «Fracasado el sindicalismo en Cataluña, se le exporta a Asturias y a Granada, donde todas las posibilidades estaban abiertas para el proletariado.» ¿Qué posibilidades? Para cuantos tienen ojos, sólo una: la del hambre. En Asturias y en Granada y en todo el resto del país. Un hambre como acaso no se había conocido nunca en España. Era menester que los socialistas tuvieran influencia en el Gobierno del país para que se produjera este fenómeno en proporciones desconocidas, aquí donde el que trabaja ha pasado hambre siempre.

Los idiotas dicen: «Pasaremos hambre, pero hemos conquistado la libertad.» Si así fuera, se podría dar por bien empleada. Pero no es así. ¿Quién es hoy libre en España? Los gobernantes y sus camarillas, exactamente lo mismo que antes, exactamente lo mismo que en todos los tiempos.

Siempre fué *El Socialista* un periódico indigno, pero desde que se ha convertido en gubernamental, su indignidad no tiene límites. No creo que haya ni un proletario auténtico que lo lea. Si me equivoco, compádezcose a los trabajadores que lo lean, por su simpleza. Ninguno de los limpiabotas que «logiaban a Primo de

Rivera desde los periódicos puede competir con los redactores del diario de los burócratas, en baja, ante lo estatuido. Todo lo que pueda turbar su digestión les saca de sus casillas. Ningún periodista servidor de la burguesía descendió jamás tanto en la oposición al descontento de los que trabajan. No digamos nada de los que están en paro forzoso, cada vez más numerosos, mientras la República se ocupa con preferencia a todo en aumentar sus instrumentos represivos, con la colaboración del socialismo, vergüenza que únicamente puede compararse con el papel que representó el de otros países en 1914.

Pero volvamos a las elecciones catalanas. ¿No ha leído el lector las declaraciones que ha hecho acerca de ellas el demagogo arrepentido Marcelino Domingo? Le aconsejo, si así es, que las lea. Son algo divertidas. Versan casi exclusivamente sobre las abstenciones. El ministro ha echado mano de una enciclopedia en busca de adjetivos denigrantes, y trata de arrojarlos sobre la cabeza de los que no han votado. Como le sucede a todos los malos escritores —y Marcelino Domingo ocupa en esta categoría un puesto eminente, sea cual fuere la fama de escritor que tuviera antes del advenimiento de la República—, no clava ni una flecha en el blanco. Todos sus adjetivos son muchísimo más aplicables a los que han votado que a los que se han abstenido. Dice: «No cumplen con su deber.» «No merecen la libertad», etcétera. Comentemos sólo esta última frase. ¿Verdad, lector, que merece mucho menos la libertad el que vota, es decir, el que nombra a un mandatario que no tiene otra misión que coartar la libertad?

De la política de la Izquierda Republicana de Cataluña, o sea de la que ha ganado las elecciones sin ganarlas, poco puede decirse que el lector no sepa. Para lograr el Estatuto, que nadie sabe aún lo que es, que no será nada, que no podría ser nada aunque fuese mucho más amplio, porque esas cosas no pueden ser nunca nada, ha pasado por todo, ha votado todo lo que



había que votar, incluso las deportaciones de sus amigos y colaboradores del día antes, incluso la ley de Defensa de la República (Entre paréntesis. Vale la pena de hacer un comentario sobre esta famosa ley. Todo lo que se basa en la entraña del pueblo no necesita ninguna ley que lo defienda: se defiende por sí sólo. Dicen que la República tiene esa base: no debe ser verdad cuando necesita defensa. Dicen también que Azaña, refiriéndose a dicha ley, ha dicho que hay que hacer justicia aunque sea a la fuerza. Dejemos en paz a la justicia, cosa difícilmente hacendera, y mucho más desde el Poder. En cuanto a la fuerza, si nace de una ley así, y toda ley así implica debilidad, no es más que una fuerza aparente, en todo caso transitoria, y sabidos son los frutos de toda fuerza aparente: no justicia, sino injusticia.)

Exceptuando a la minoría socialista, ninguna ha sido más complaciente con cuanto el Gobierno ha querido, que la de Izquierda Republicana de Cataluña. La cosa no es extraña si se atiende a su composición. La toman —y en esto se diferencia bien poco de los demás— unos cuantos pedantes, que entre todos no llegan a una cabeza enterada —conocimiento superficial de los problemas, fraseología, charlatanería—; unos cuantos negociantes metidos a salvadores del pueblo y con resto de hombrecillos que aún han de aprender a leer un libro y a redactar una carta; y cuéntese que entre éstos figuran algunos de los más destacados y populares.

Pero aunque fuesen todos inteligentes de verdad, sería lo mismo. ¿Para qué sirve la inteligencia en las tareas parlamentarias?

Entre los nuevos elementos elegidos por el voto popular para el Parlamento de la región autónoma hay algunos hombres honestos, que no tardarán en dejar de serlo como es fatal en política, y nueva legión de pedantes con la cabeza poco menos que vacía.

Lo más curioso es lo sucedido con Rovira y Virgili, un publicista mediocre que pasa a temporadas por un genio local: nada más que a temporadas; otras se eclipsa su genialidad. (En Cataluña son muy aficionados a los genios locales: hubo un tiempo en que a Eugenio D'Ors se le comparó nada menos que con Platón.)

El señor Rovira y Virgili era candidato desde hacía tiempo siempre que había elecciones. Y siempre, a pesar de su reputación de genio, salía derrotado. Cansado, sin duda, de este desdén de los electores, no ha renunciado a su aspiración de ser representante del pueblo, como podría creerse: ha hecho algo más sencillo. Una vez aprobado el Estatuto y llegada la hora de convocar elecciones para el Parlamento catalán, era evidente que el partido acaudillado por Maciá había de obtener la mayoría, aunque fuese del modo que ha sido y que dejamos consignado. Pues bien; en esa hora crítica, el señor Rovira y Virgili escribió una carta al señor Maciá adhiriéndose a su política. Y ya es diputado. Ninguno de sus supuestos méritos le valieron un acta. Le ha bastado adherirse al partido en auge para obtenerla.

Auge relativo, claro está. De cuanto he dicho se desprende. ¿Cómo, pues, preguntará algún inocente, ha logrado ese partido la mayoría? En primer lugar, por-

que los demás son aún más impopulares; en segundo lugar, porque siempre la logra el que está en el Poder. Recuérdese el turno de los partidos liberal y conservador durante la monarquía. Entraban a gobernar los liberales, y la mayoría de los diputados que salían eran liberales; les sucedían los conservadores, y la mayoría de los diputados que iban a las Cortes eran conservadores.

Si hoy Azaña hiciera unas elecciones, a pesar de que el partido de que es jefe es insignificante, la mayoría de los diputados serían azañistas. Y si mañana le sustituyera Lerroux, serían lerrouxistas.

No siempre se cumple esa regla, se dirá. Unas elecciones derribaron en España una monarquía secular. Prueba —y esta objeción sería digna de *El Socialista*— de que no puede decirse que el voto no sirve para nada.

Sí puede decirse. Unas elecciones derribaron la monarquía, porque estaba ya caída. Ni el voto, ni los republicanos, ni los socialistas, derribaron la monarquía; se cayó ella sola, como se hunde una casa en ruinas.

Unamuno, que haga lo que haga y diga lo que diga, no puede dejar de ser la primera cabeza de España y una de las primeras del mundo actual, lo acaba de decir con frase certera. Los republicanos no fueron los que trajeron la República. Ha sido la República la que los ha traído a ellos.



# La superstición fatalista de la concentración del capital

W. Tchechesoff

Cada época histórica, cada partido político se ha inficionado con una idea falsa y a menudo nociva, admitida, no obstante, por todo el mundo, como una evidencia. Hombres de gran capacidad y talento sufrieron la influencia de semejantes ideas tanto como los espíritus de segundo orden que aceptan las opiniones ajenas sin preocuparse de su valor. Y si por casualidad una de estas falsas apreciaciones se formuló, después de discusión, bajo una fórmula científica y filosófica, entonces su nefasto dominio se extiende sobre varias generaciones.

Existe una fórmula, una ley errónea, en la cual todos los socialistas, sin distinción de escuelas ni de fracciones, hemos tenido una fe ciega hasta el presente. Me refiero a la ley de concentración del capital formulada por Marx y admitida por todos los escritores y oradores socialistas. Entrad en una reunión pública, tomad la primera publicación socialista que a mano os venga, y escucharéis y leeréis que según la ley específica del capital, éste se concentra en manos de un número de capitalistas cada día más restringido; que las grandes fortunas se crean a costa de las pequeñas, y que el gran capital se acrecienta por la expropiación de los pequeños capitales. Esta fórmula tan extendida es la base fundamental de la táctica parlamentaria de los socialistas de Estado. Con ella la solución de la cuestión social, concebida por los grandes fundadores del socialismo moderno en el sentido de una completa regeneración del individuo, así como de la sociedad, desde el punto de vista económico y moral, es cosa muy sencilla y muy fácil... Ninguna necesidad hay de sostener una lucha económica de todos los días entre el explotador y el explotado; ninguna tampoco de practicar desde hoy la solidaridad entre los hombres...: nada, nada de esto precisa. Basta que los obreros voten a favor de los diputados que se dicen socialistas, que éstos aumenten hasta convertirse en mayoría dentro del Parlamento: entonces se decretará un colectivismo o un comunismo de Estado y todos los explotadores se someterán pacíficamente a la voluntad del Parlamento. Ni siquiera intentarán la menor resistencia, pues su número, según la ley de concentración capitalista, habrá disminuído infinitamente.

¡Qué bella y fácil perspectiva! Considérese que, sin esfuerzo, sin sufrimiento, una ley fatal nos prepara un porvenir de felicidad. ¡Es tan atractivo ver las dificultades de un arduo problema a través de sonrientes

colores, sobre todo cuando nos hemos ilusionado hasta el punto de tener la profunda convicción de que la misma ciencia y la filosofía moderna nos enseñan esta verdad consoladora! Y justamente aquella supuesta ley presenta, tal como la expone Marx, todos los atributos de una verdad absoluta de la ciencia y de la filosofía modernas. Oigámosle:

«La apropiación capitalista, según el modo de producción capitalista, constituye la primera negación de la propiedad privada que resulta del trabajo independiente e individual. Pero la producción capitalista misma engendra su propia negación con la fatalidad que preside a las evoluciones de la Naturaleza. Es la negación de la negación...»

(¡Triada absurda de la dialéctica metafísica!)

«La expropiación se efectúa por el juego de leyes inmanentes de la producción capitalista, las cuales conducen a la concentración de los capitales. Correlativamente a esta centralización, a la EXPROPIACIÓN DEL MAYOR NÚMERO EFECTUADA POR EL MENOR, etc... (1). A medida que disminuye el número de los potentados del capital, que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este período de evolución social, se acrecienta la miseria.» (Carlos Marx, *El Capital*, página 342 de la edición francesa.)

Sí, la miseria aumenta, pero no en la burguesía, no en los pequeños capitalistas, sino en los obreros, en los productores.

Desde la publicación de *El Capital*, han transcurrido bastantes años; desde que Marx formuló esta ley que debe obrar «con la fatalidad que preside a las evoluciones de la Naturaleza», han pasado veinte más. Según toda probabilidad, la ley debería estar justificada a lo menos por algún fenómeno económico. Durante ese tiempo la producción y el comercio han tomado un vuelo enorme; han surgido las inmensas fortunas particulares, miles de millones; colosales compañías se han ido desarrollando...: según aquella ley, el número de pequeños capitalistas tendría que haber disminuído. En todo caso, *ningún aumento tendría que haber tenido lugar...*, ¿no es esto? Procuremos ver lo que nos dice la estadística en Inglaterra. Me limito a este país porque es renombrado como

(1) En el texto inglés publicado por Engels después de la muerte de Marx, hay esta frase: «Un capitalista mata a muchos capitalistas.»

un país de producción capitalista y porque el mismo Marx basaba todas sus especulaciones dialécticas sobre el análisis de la vida económica de Inglaterra, sin tener en cuenta otros países.

Se ve que en treinta y seis años el número de contribuyentes que tienen una renta anual superior a 5.000 francos ha cuadruplicado, y relativamente a la población, ha triplicado.

Las cifras siguientes nos demuestran el enorme enriquecimiento de la burguesía; pero volviendo a nuestro tema, nos falta ver si este aumento se ha efectuado en provecho de los grandes y por la ruina de los pequeños capitalistas. Para evitar presentar el menor flanco a las objeciones, me limitaré exclusivamente a los datos suministrados por los cuadros del impuesto sobre la renta, la industria, el comercio y la banca. Comparemos las cifras a veinte años de distancia para que la influencia de la supuesta ley pueda manifestarse mejor. Tomemos el número de contribuyentes en 1868-1869 y el de 1889.

Renta anual en rancos		Número de contribuyentes		Aumento por 100
		1868-69	1889	
Desde 3.750 a	5.000	92.593	162.714	77'7
	7.500	57.650	106.761	
	10.000	24.854	45.133	
	12.500	12.421	18.462	
		187.518	333.070	
	15.000	9.528	11.964	30'4
	17.500	5.485	7.423	
	20.000	3.410	4.671	
	22.500	3.059	3.961	
		21.482	28.019	
	25.000	1.222	1.831	33'6
	50.000	8.959	11.850	
	75.000	2.666	3.562	
	100.000	1.320	1.692	
		14.167	18.935	
	250.000	1.360	1.859	35'0
	1.250.000	740	969	
Por encima de 1.250.000		52	79	
		2.152	2.907	

Aumento de la población durante el mismo lapso de tiempo ... .. 20'0

Del examen de este cuadro resulta una observación que de ningún modo concuerda con la supuesta ley; al contrario.

Ni el número de los «potentados» del capital ni el de

los pequeños capitalistas ha disminuído. El número de los últimos ha aumentado más aprisa que el de los primeros. Mientras que en los ricos hallamos un aumento de 30 %, en la pequeña burguesía el aumento es de 77 %. Esto quiere decir que mientras los socialistas parlamentarios ilusionaban al pueblo diciéndole que el número de sus explotadores disminuía, en realidad este número aumentaba tanto que desde 1850 a 1900 se ha triplicado.

¿Le engañaron, pues, respecto al esfuerzo que esa ley de la metafísica alemana, de esa ley «de expropiación del gran número de capitalistas efectuada por el menor»? ¿Cómo se explica que una ley que obra «con la fatalidad que preside a las evoluciones de la Naturaleza» se manifieste en la vida real con resultados totalmente contrarios a sus prescripciones?

Sencillamente, porque jamás existió semejante ley. El error procede de la influencia nefasta ejercida por la metafísica hegeliana ayudada por el método dialéctico preconizado por Marx y Engels. Y esta influencia ha penetrado tanto en la moral y en el arte como en el socialismo.

Hemos visto que a despecho de la ley imaginaria de la metafísica alemana, el número de los explotadores aumenta. El número de los defensores del orden actual, en lugar de reducirse a un «número decreciente de potentados del capital», se ha triplicado desde 1850 a 1886, con relación a la población. Esta observación resulta del examen de las cifras oficiales suministradas por los *Libros azules*. Pero si consultamos las obras de especialistas célebres, como Mulhall y R. Giffen, que abarcan un período de tiempo mayor, obtenemos también resultados muy sorprendentes. En sus «obras clásicas», estos autores dan cifras precisamente a partir de la época en la cual Engels y Marx comenzaron a predicar el fatalismo económico, la emancipación social por medio del Poder del Estado y el legalismo político en la vida económica.

Según Mulhall (1) y R. Giffen (2), el aumento del número de los propietarios, desde 1833 a 1882, da el cuadro siguiente:

Número de herencias	Valor general	Por cada propiedad
1833 ... .. 25.368	1.372.175.000 fr.	54.000 fr.
1882 ... .. 55.359	3.508.000.000 »	62.000 »
Aumento ... .. 29.991	1.135.825.000 fr.	8.000 fr.

«Vemos —dice R. Giffen— que el número de los capitalistas aumenta; no obstante, forman una minoría dentro de la nación. 55.000 propiedades heredadas por año representan de uno y medio a dos millones de individuos que poseen una propiedad sometida al impuesto.» (Las de un valor superior a 2.500 francos.)

(1) *Dictionary of statistics, 50 years of national progress.*

(2) *Essays on finance.*



Pagaban en forma de impuesto sobre la renta :

Años	De 3.750 fr. a 12.500	Más de 25.000
1843 ... ..	87.946 habitantes	7.923 habitantes
1889 ... ..	333.070 »	21.842 »
Aumento ... ..	370 %	228 %

A partir de 1840, el aumento de las clases poseedoras, según Mulhall, fué cuatro veces más rápido que el de la población en general. Se observa que en 1840 murieron 97.675 individuos poseyendo menos de 2.500 francos, mientras que en 1877 este número descendió a 92.447; sin embargo, la población aumenta en una relación superior a 26 %.

El número de los almacenes y tiendas (Mulhall) aumentaba como sigue :

Años	establecimientos Número de	Rentas en francos
1875 ... ..	295.000	357.000.000
1886 ... ..	366.000	472.000.000
Aumento en once años ...	71.000	115.000.000

Parece, pues, que los grandes almacenes análogos al «Bon Marché» y al «Louvre» no han diezmando a estos mercaderes parásitos, a estos pequeños capitalistas, sobre

cuya suerte los oradores marxistas ~~hazan~~ tan a menudo (pobres víctimas devoradas, según su supuesta ley, por los grandes almacenes) (1).

Respecto a los establecimientos capitalistas por excelencia, los Bancos, vemos el mismo aumento. «En 1886 había en Inglaterra 140 Bancos en sociedad, con un capital de dos mil millones pertenecientes a 90.000 accionistas, sin contar los 47 Bancos de las colonias.» (Mulhall.)

De no importa el lado que se mire la cuestión, siempre y en todas partes el número de los explotadores aumenta. Es necesario ser algo más que cándido para repetir el absurdo de que el número de poseedores del capital se ve reducido por la ley fatalista a una minoría ínfima y que la burguesía se someterá de buen grado a la expropiación votada por un Parlamento. Si en 1848 los burgueses ensangrentaron París combatiendo las reclamaciones socialistas del pueblo, podemos estar seguros de antemano respecto a su conducta futura, pues desde entonces su número se ha triplicado y su ferocidad no ha disminuído. La semana sangrienta de 1871 es de un augurio poco favorable a los optimistas y a los parlamentarios.

(1) No es dudoso que el hecho exista, pero esto no es más que uno de los aspectos de un fenómeno general de vaivén.

## Aviso importante sobre el almanaque de ESTUDIOS

Nos escriben muchos corresponsales solicitando tantos almanaques como ejemplares de la Revista reciben, para ofrecer uno a cada lector.

Estos compañeros deben haber interpretado mal, sin duda, la nota publicada en el número anterior acerca de nuestro obsequio, y ello nos obliga a aclarar que el Almanaque se enviará, completamente gratis, a todos los suscriptores y corresponsales de ESTUDIOS, pero no a todos sus lectores, pues ello representaría un gasto enorme, fuera del alcance de los escasos recursos de esta Revista.

Se entiende por suscriptor aquel que tiene la suscripción abonada anticipadamente por un año a esta Administración, a quien le servimos directamente el ejemplar de ESTUDIOS todos los meses. Estas suscripciones directas son las que verdaderamente benefician a la publicación, hasta el extremo de que sin ellas y sin la venta de libros, ESTUDIOS no podría subsistir, pues cualquiera puede comprender que cada ejemplar de esta Revista, sólo de confección vale más de los 0'40 que el corresponsal paga por él.

Ahora bien; ante la insistente demanda, y con ánimo de complacer a los lectores que quieran poseer dicho Almanaque, hemos decidido ampliar la tirada de los mismos, para servirlos a quien los pida por el precio de su coste estricto, que es el de 0'40 cada uno.

Quede bien entendido pues, que los corresponsales y los suscriptores directos lo recibirán completamente gratuito. Pero los lectores podrán adquirirlo por el precio de 0'40, que es su coste exacto. Pueden pedirlos al mismo corresponsal o Kiosco en donde adquieran la Revista.

Rogamos a los corresponsales nos indiquen el número de almanaques que deseen recibir, para enviarlos tan pronto queden confeccionados.

# La tuberculosis no es contagiosa

Un Médico Rural

Dentro de la Medicina hay tantos prejuicios y errores que combatir, como entre el vulgo. Uno de los más gruesos es este del contagio de la tuberculosis, que lleva a los médicos a aconsejar las más severas medidas de aislamiento para con los enfermos, hasta hacerles la vida desagradable. Apartamiento de los familiares. Supresión del beso. Ponerles cubierto, plato y servilleta marcada con el estigma de apestando. Todo, hasta llegar el pobre enfermo a darse cuenta de que los parientes, amigos y conocidos le huyen como a un leproso. Hasta verse expulsado del taller donde trabaja o del obrador donde se hace explotar, a veces por la presión de sus propios compañeros de explotación.

Se pone toda la actividad preventiva en no beber leche de vacas tuberculosas o beber toda la leche hervida, y en apartarse de los enfermos. Con tal de hacer esto, no importa habitar un tugurio, ni comer piltrafas, ni ser explotado en un obrador infecto, ni reproducirse con la inconsciencia y la abundancia de los conejos.

Es la contagiosidad de la tuberculosis un prejuicio erróneo, fomentado por los sanitarios para exculpar al régimen burgués de fomentador de la peste blanca. Una afirmación sin base, fundada sobre hechos discutibles y que no resisten al menor análisis. Por el contrario, son muchos los argumentos que niegan la contagiosidad de esta enfermedad, y esta tesis está defendida con gran calor y aporte de datos por el doctor Lumière, notable investigador francés.

Es frecuentísimo el caso de un cónyuge tuberculoso con lesiones abiertas y en las condiciones más pretendidamente contagiosas que, a pesar de vivir durante muchos años con mujer o con marido sano, éste permanece sin contagiarse, disfrutando de la mejor salud. El mismo caso se da entre hermanos y entre familiares, obligados a convivir en la misma casa, y hasta en la misma habitación y aun en la misma cama. Frecuentísimo en los médicos y enfermeros, que, a pesar de su diario e íntimo contacto con los enfermos, no se contagian de la tuberculosis.

Las pruebas experimentales, como la inoculación del bacilo de Koch o de productos tuberculosos a los animales de laboratorio, demuestran que la enfermedad que se produce no es la misma que padece el hombre, crónica, prolongada, con períodos de mejoría, alterando profundamente la nutrición y con un largo período de incubación, sino que se produce una infección grave, de curso rápido, que se difunde por todo el organismo y que acarrea en poco tiempo la muerte del animal. O sea, que no ocurre como en otros microbios, que su inoculación produce siempre la enfermedad originaria,

como una semilla, que reproduce siempre la planta que la dió origen.

Esto pone en tela de juicio, o la especificidad del germen tuberculoso, o la contagiosidad de la dolencia.

\*\*\*

En Medicina, como en las otras ciencias en evolución, las ideas están siempre expuestas a ser vueltas del revés cuando menos se piensa, y no se puede pretender, por ello, aferrarse a ninguna concepción actual, tomándola por definitiva, por real y verdadera que nos parezca.

Lo que hoy es posible deducir de los hechos conocidos es lo siguiente:

*Germen tuberculoso.*—El bacilo de Koch, en forma de bastoncito, cuya coloración no desaparece por los ácidos, se considera como la fase final del germen de la tuberculosis. Sólo se comprueba en las formas terminales y muy avanzadas. Se han estudiado otras formas más jóvenes que se destiñen por los ácidos y de forma redondeada, como las formas descritas por Ferrán, y la bacteria de ataque de Pla, para no hablar más que de investigaciones españolas. Hasta ha sido comprobada la existencia de formas originarias del bacilo, imperceptibles a la vista, aun con el auxilio del ultramicroscopio. Estas formas se sospechan, porque, introduciendo productos tuberculosos en un saco de colodión, cuyos poros son impenetrables para los elementos visibles, y colocado este saco dentro del vientre de un conejillo, se logra producir en éste la muerte, después de un período de desnutrición, lo que demuestra, por comparación con animales testigos, a los que se les introduce la bolsa de colodión sin ningún contenido, que la enfermedad y la muerte ha sido producida por el paso a través de la membrana de colodión, de gérmenes tuberculosos.

De estos hechos puede deducirse que el germen originario es un microbio invisible, que puede ser transmitido hasta de padres a hijos por la sangre fetal, el cual logra influir sobre el metabolismo, alterándolo de tal modo, que en él puede constituirse más tarde la enfermedad y evolucionar el microbio o germen originario hasta convertirse en el bacilo de Koch como forma terminal.

Se considera que la edad más receptiva es la de la primera infancia. Y es en esta primera edad cuando la infección tuberculosa, por contagio directo, llega a tener la forma rápida y gravísima que reviste la tuberculosis experimental.

Contagiado en la cuna o antes de nacer, durante la

vida embrionaria, el niño puede desarrollarse normalmente, constituyéndose poco a poco la enfermedad, que empieza modificando el metabolismo o sean los cambios nutritivos, produciendo distintas manifestaciones morbosas y alcanzando su madurez y su explosión de síntomas en la adolescencia o en la juventud, que es cuando se produce la máxima morbilidad y mortalidad estadística.

*Terreno tuberculoso.*—Con una nutrición grandemente quebrantada, con un organismo seriamente atacado por la enfermedad tuberculosa, una madre puede tener hijos sanos, pero también, y en una cierta proporción, hijos enfermos, y en otra proporción idéntica, hijos candidatos a la tuberculosis. De seis hijos, por ejemplo, tres pueden ser normales y sanos y resistentés a la tuberculosis; dos, estarán constitucionalmente predispuestos, con terreno abonado, para la evolución del germen heredado, y uno, morirá en la infancia a consecuencia del contagio de la madre o de enfermedad distinta. Cuando los dos cónyuges son tuberculosos, las condiciones hereditarias del terreno aumentan, siendo predominante el número de hijos con terreno abonado sobre los nacidos con constitución resistente a prueba del contagio materno y del contagio ulterior de sus hermanos tuberculosos.

Se conoce con el nombre de diátesis exudativa esta primera modalidad del terreno abonado para la tuberculosis, y que parece ser debido ya a la infección por un bacilo desconocido, como la forma invisible del bacilo tuberculoso.

Se caracteriza por la predisposición a las infecciones; y la tendencia a que éstas revistan formas crónicas: catarro nasal con mucosidad purulenta; bronquitis crónicas; blefaritis; afecciones exudativas de la piel. Un paso más avanzado de esta diátesis, es el esrofulismo: inflamación de las amígdalas (anginas) y de las adenoides, que terminan por hipertrofia o aumento de volumen de estas glándulas hasta dificultar la respiración nasal; infartos ganglionares que terminan por supuración: úlcera de la córnea, que provoca dolor a la luz; supuraciones de oído, etc. Un paso más, y aparecen las lesiones tuberculosas en los huesos, que tienen su edad propicia en la segunda infancia; tumores blancos, mal de Pott, fistulas y supuraciones permanentes de huesos. La terminación suele ser por tuberculosis pulmonar, enfermedad que tiene preferencias por la juventud desde los quince a los veinticinco años.

Se observan las formas más variadas y múltiples, siendo un hecho frecuente que las formas graves sean las que menos pródromos han tenido, y las que llegan hasta la juventud sin manifestaciones ostensibles, apareciendo la lesión pulmonar del modo más insospechado para los familiares. La meningitis tuberculosa, la más grave complicación de la tuberculosis, aparece en aquellas formas menos intensas, y que apenas presentan síntomas y manifestaciones de agudeza.

Ante el hecho consumado de una tuberculosis pulmonar, ante la *tisis*, que es la fase de la enfermedad en que se traduce por síntomas de desnutrición, de adelgazamiento y mal aspecto, nos encontramos ya frente a un terreno largamente trabajado por la infección microbiana, que ha producido alteraciones profundas en el

metabolismo, sobre todo, en el poder de desintegrar los alimentos y de aprovecharlos, que se traduce por una insuficiencia de las funciones del hígado, que son las más fundamentales en la nutrición, y en la desintoxicación del organismo. Es decir, que en esta fase de la dolencia, que es cuando menos se puede hacer por el enfermo, más que la presencia del bacilo de Koch, hay que temer la profunda alteración del estado general, que traduce una larga evolución del mal.

\*\*\*

La enfermedad se adquiere hereditariamente, por la herencia de terreno, y por la transmisión trasplacentaria del germen, en su forma ultravisible. Se va incubando durante la infancia, trastornando las funciones metabólicas y los órganos defensivos, para estallar en la juventud, cuando parecía pasado todo el peligro, y cuando el desarrollo puberal acerca a la madurez al organismo.

La enfermedad no perdona ninguna edad; existe en la vejez, ataca a todos los órganos y produce las más raras manifestaciones. Si será poliforma y diversa que sólo de su estudio y tratamiento hacen motivo de especialidad y coto cerrado los logreros y vividores de la enfermedad, los médicos tisiólogos, que ponen todo su afán, no en combatir la dolencia, sino en medrar y engordarse a su costa. No hay mal que por bien no venga.

Es hereditaria, aunque no convenga a los moralistas repobladores, y no es contagiosa, aunque lo afirme toda la bambolla de la ciencia oficial, que no tiene inconveniente en servir de puntal a una sociedad que tiene consustancial con ella tal devastadora plaga.

\*\*\*

No os astute el contacto o la proximidad de un tuberculoso. No huyáis de él. No le privéis de vuestra compañía o de vuestro cariño. No lleguéis a considerarlo incompatible con él en el trabajo. No le atormentéis, haciéndole considerarse como un peligro para los suyos. Tiene bastante ya con su mal, para que se lo aumentéis con el suplicio de vuestro apartamiento. No hagáis caso al médico que así os lo aconseje.

Temed, en cambio, que se reproduzcan los tuberculosos y haced cuanto podáis por evitarlo. Enseñadles los medios anticoncepcionales. Temed a la miseria que os condena a desarmaros ante el mal. Temed al taller sin ventilación y a la habitación inmunda que habitáis, y al desaseo, y al alcoholismo, y a la rutina que os aparta de la Naturaleza. Odiad al régimen social, que aporta a gusto este estado de cosas, y a los mercaderes de la Ciencia, que quieren que os fijéis, aterrorizados, en los microbios y no en las causas que los fomentan.

Siendo soldado de la revolución social y subvirtiendo este régimen económico hasta dar a todos acceso al pan, al saber, a la vivienda, al sol, al aire puro y al descanso, y eximiendo al enfermo de la obligación de producir, harás más contra la tuberculosis que todos los sabios en los laboratorios y que todos los tisiólogos al frente de Sanatorios, de Dispensarios y de Ligas Antituberculosas, que no viven para combatirla, sino que la combaten para vivir.



# La guerra social

Luis de Gramont

El siglo xx verá una guerra que será «algo más que civil». *Este oráculo es más seguro que el de Calchas.* No es necesario ser profeta para formularlo. Los síntomas precursores de la tempestad abundan y saltan a la vista; rumores amenazadores se dejan oír; para no oírlos hay que taparse los oídos.

Esta guerra que se prepara es la guerra social, la lucha suprema entre los trabajadores y los capitalistas. ¿Digo que se prepara? Ha comenzado ya. Las hostilidades se han roto hace tiempo. A derecha o izquierda, explotadores y asalariados libran ya combates de vanguardia...

Creo en la caída final, completa e irremediable, del capital. Y creo en ello, porque los proletarios son el derecho y serán la fuerza, porque son el número, un número que aumenta cada día por la carestía creciente de la vida, las cargas, cada vez más pesadas, que pesan sobre las espaldas de los pobres; creo en ello, porque este desenlace está conforme con la ley de transformación, y lo creo, en fin, y, sobre todo, porque las tiranías, todas, están destinadas a hundirse, y jamás tiranía alguna fué tan odiosa, tan cínica, tan impudente, tan aplastante como la del dinero, que actualmente sufrimos. Por todas estas razones, y aun por otras, creo en la derrota inevitable del capital, y creo que nadie, entre los espíritus sensatos y que ven claro, puede dudar.

Pero, de aquí a entonces, ¡cuántos sufrimientos! ¡Cuántos lutos! ¡Cuántas viudas y huérfanos! ¡Cuántos miserables morirán extenuados, sucumbirán en la tarea, reventarán, como perros, en sus tugurios, en las camas del hospital o en la calle, o caerán, con el pecho atravesado por la bala de un fusil, en una sangrienta batalla...

Porque sabido es que hemos tenido lúgubres muestras de estos anticipos, porque el capital no capitulará sino cuando se vea acorralado hasta el extremo. Fundado sobre la fuerza, no cederá sino a la fuerza. Se defenderá ferozmente, con mayor energía que se defendieron los nobles, los privilegiados del nombre, ante aquella revolución, admirable en sus principios, pero que, por una desviación funesta, nos ha conducido a este advenimiento del feudalismo industrial y bancario, de la burguesía bursátil, de la cuenta corriente, explotadora, de nuestra época.

El capital se defenderá. Si estuviera solo, es decir, si no tuviera más que la fuerza inherente al dinero, su resistencia sería relativamente breve y pronto se daría con el modo de hacerle ceder a discreción. Pero tiene a su favor otra cosa: tiene la influencia que ejerce so-

bre el Poder, la ayuda que en toda circunstancia le prestan el Gobierno, los funcionarios, los magistrados y la fuerza armada.

Lo que ocurre cada vez que se produce un choque entre obreros y patronos, demuestra cuán irrisoria es la vieja divisa republicana, cuán ilusorias son las tres palabras que la República se cree obligada a fijar en todas partes, precisamente porque tampoco pone en práctica las ideas que representan.

Libertad, Igualdad, Fraternidad... De este tercer término, no hablemos. En esta edad, no de hierro, sino de dinero, lo cual es mucho peor, en que el hombre nacido en las altas esferas sociales sólo piensa en explotar y sacar el jugo a sus semejantes, esa virtud ya no es de moda.

Allí donde hay un perpetuo antagonismo de los intereses constantemente opuestos, no puede haber fraternidad. ¿Y la libertad? ¿Y la igualdad? Las generaciones que nos han precedido, ¿no lucharon, acaso, combatieron y derramaron a torrentes su sangre generosa para que siquiera fuésemos libres? Y la igualdad ante la ley, ¿no está inscrita a la cabeza de nuestras instituciones? Ahora bien; de esta igualdad y de esta libertad, ¿qué se hace cada vez que entre la burguesía y el proletariado surge un conflicto?

Notad que los dos términos no pueden ir separados, que están indisolublemente ligados uno a otro o, mejor, que deben estarlo, so pena de convertirse en fantasmas, en sombras vanas sin consistencia y sin realidad. Sin igualdad no hay libertad. El obrero, se dice, es libre. ¿De qué? ¿De morir de hambre o agachar la cabeza y aguantar, sin resistir, las reducciones de salario y las exigencias del patrono? Se confesará que es una pésima alternativa. Pero tiene el derecho de coalición, el derecho de huelga... Sea. Esto sería algo si cuando el asalariado recurre a ella, a ese famoso derecho, se le permitiera ejercerlo sin que le pusieran obstáculos. Pero no es así.

Obreros y patronos, debido a sus respectivas situaciones, combaten con armas terriblemente desiguales. El patrono puede esperar, puesto que es el capital, puesto que tiene el dinero. No quiero decir que la huelga no le ocasione perjuicios, que no lesione sus intereses. Fuerza es que sea así, pues de otro modo sería inútil y absurdo, por parte de los obreros, declararse en huelga. No sería más que una manifestación platónica y sin alcance.

Pero, en fin, la suspensión del trabajo no tiene para el patrono, el capitalista, las mismas consecuencias que para los trabajadores que viven, al día, de su salario.

El patrono no pierde bocado, continúa haciendo sus tres o cuatro comidas diarias y no tiene temor alguno de que le expulsen de su casa. Para el obrero, paro forzoso y huelga quieren decir privaciones, ayunos, vientre vacío, y, tal vez, sus pobres muebles, sus cuatro trastos embargados y vendidos, y la mujer y los hijos en el arroyo. A este precio hace frente a las exigencias patronales. Convenid que hay aquí una desigualdad terrible.

No es eso todo. Hay más. Tan pronto como se declara una huelga y amenaza prolongarse, el Gobierno interviene y toma parte, abiertamente, por el patrono, le manifiesta sus simpatías y las apoya desplegando todas sus fuerzas. Los funcionarios juzgan y los jueces funcionan. Al lugar de la huelga se envía fuerza armada que, por un sí o un no, dispara sus fusiles. ¿El pretexto? Hacer respetar la libertad del trabajo. ¿El objetivo social? Intimidar a los huelguistas, o exasperarlos, empujarlos a alguna violencia y aprovecharla para una represión salvaje. ¿Es hacer respetar la igualdad echar en uno de los platillos de la balanza, del lado patronal, todo el peso de la autoridad, el Poder, la ley, la fuerza armada y la magistratura? ¿Es observar esa neutralidad a la cual, por lo menos, los trabajadores deberían poder aspirar?

En Carmaux, hace tiempo, se hizo algo peor aún. Cuando en alguna parte estalla una huelga, como no se puede luchar contra el dinero, sino a fuerza de dinero, se organizan suscripciones, cuyo producto está destinado a subvenir a las necesidades de los huelguistas y de sus

familias, a permitirles prolongar la resistencia. Pero en Carmaux, la caja de los huelguistas fué embargada y declarado que los fondos que contenía eran aplicables a los obreros que habían reanudado el trabajo. Y se hallaron jueces que declararon legal esta desviación del destino del óbolo enviado a los hambrientos por los que simpatizaban con ellos y aplaudían sus esfuerzos. El Imperio no hizo tamaña hazaña; la República burguesa tiene menos escrúpulos que el Imperio. ¿Dónde está la igualdad?

Considero que no se tiene razón, que hacen mal los Gobiernos interviniendo de este modo en las cuestiones obreras, con este flagrante parcialismo a favor de los patronos. Sería mucho más leal, y al mismo tiempo más prudente, en las actuales circunstancias, en este período que podríamos llamar preliminar, por el que atravesamos, encontrar, y cuando se busca se encuentra, un sistema equitativo que permitiera a los trabajadores y a los capitalistas librar los primeros combates con probabilidades de éxito casi iguales.

Pero los gobernantes no oyen tales cosas. En lugar de permanecer neutrales, se pronuncian claramente por el capital contra el trabajo, por el patrono contra el obrero, por el rico contra el pobre. Grave imprudencia, que tendrá por resultado, el día de la derrota de la burguesía, que el proletariado victorioso no tenga compasión. Esto no es una amenaza: no soy quién para amenazar a nadie; es una simple predicción. Y ya veréis como se realiza.

# La inteligencia humana frente al Universo

Prof. Gastón Leducq

El hombre, como resultado de la actividad de su razón, hállese en presencia de dos métodos que le permiten especular en su mundo interior y en el externo, pero no puede aspirar a definirlos. Valiéndose de la sistematización y mediante los conocimientos adquiridos por la experiencia, logra enterarse de un conjunto de cosas que, en su afán inquisitivo, desenvuelve, según la naturaleza de la intuición humana, hasta los máximos límites, lógicos unas veces, rayanos en lo ilusorio y fantasmático, otras.

Por ejemplo, es innegable que poseemos la acción

del tiempo y que quizá influye ahincadamente en ello la imposibilidad en que nos hallamos de apartarlo de nuestro espíritu; por tal motivo hemos de concretarnos a explorar en regiones reducidas y no podemos nunca tener la certeza de alcanzar la verdad absoluta a que aspiramos; ni siquiera nos cabe el consuelo de cerciorarnos de que el camino emprendido sea el que nos ha de conducir al fin anhelado. Y es que el sentido perceptivo humano está imposibilitado de franquear este límite —tiempo y espacio—, y no puede penetrar en el corazón de los problemas fundamentales. Para acer-

## Estudios

caree a ellos ha tenido que recurrir a procedimientos cuyos resultados, si bien en principio parecieron satisfactorios, se ha comprobado que son relativísimos, dado a lo imperfecto de los sistemas y a lo limitado de nuestras especulaciones que no nos permiten adquirir la seguridad de que nuestros razonamientos y juicios descansan sobre una base firme, estable, que conceda cierta infalibilidad a nuestros sentidos.

Resultaría sumamente interesante —pero es imposible enfrascarnos en tal tarea en el reducido marco de un artículo de revista— emprender un minucioso examen psicológico de las fuerzas mentales humanas, a fin de comprobar si realmente el ímpetu espiritual del hombre posee el sentido de viabilidad necesario para llegar a una comprensión aproximadamente adecuada del mundo y de sus fenómenos. Estimamos, sin embargo, que semejante método daría como resultado evidenciar que hay un punto en que las deducciones lógicas y los razonamientos apoyados en pruebas, han de detenerse para dejar libre paso a la imaginación, puesto que el hombre, en el estado actual de evolución en que se halla y a despecho de los adelantos científicos, se ve imposibilitado de descifrar satisfactoriamente el enigma de la «realidad» psíquica y aun de lo fenoménico, en ciertos respectos.

De esta imposibilidad, de semejante limitación humana, nacieron infinidad de errores y teorías que adquirieron auge, y filosofías que crearon escuelas; sustentáronse miles de tesis, divergentes y encontradas a veces, partiendo todas de datos positivos y de especulaciones rigurosamente lógicas, pero ninguna de ellas pudo explicar «satisfactoria y certeramente» el origen de las cosas y la causa de las mutaciones constantes, por cuanto limitáronse —no podían hacer otra cosa— a desarrollar premisas elaboradas por generaciones preteritas, y a construir brumosas suposiciones que, a pesar de su esplendente belleza, han tenido que ser desechadas a causa de los nuevos aspectos que el progreso ha dado al problema.

De un modo abstracto el hombre puede concebir las más perfectas y seductoras soluciones, de igual manera como el matemático discurre acerca de las rectas, las planas y los círculos acabados, sabiendo que en la Naturaleza no existen esas figuras en su cabal perfección y que, por tanto, son meras creaciones de su pensamiento; lo mismo acontece cuando el físico razona acerca de los sólidos y los flúidos perfectos, por cuanto esa perfección, según se desprende de nuestros conocimientos relativos a la materia, no existe; exactamente podemos decir con relación a los cuerpos puros, cuya pureza es absolutamente imaginaria por la sencilla razón de que los cuerpos no pueden alcanzar este «grado». Sin embargo, ha sido preciso crear y adoptar tales hipótesis para realizar la investigación científica, y el mismo artificio ideóse cuando se quiso construir un sistema filosófico-religioso que explicara lo hasta ahora inexplicable.

Así, pues, es evidente que la mayor dificultad intelectual en el hombre surge cuando no hay una relación de comprensibilidad entre su yo y el objeto o idea que forman un mundo o un cuerpo distinto. Nuestros conocimientos no abarcan ni comprenden lo absoluto, puesto

que éste consiste en la armonización de lo objetivo y lo subjetivo, y ya que nuestros conocimientos no son el resultado positivo de la comprensión cabal, segura, de cuanto nos rodea y aun de lo lejano.

Es evidente, empero —y el inextinguible afán por alcanzarlo atestigua esta suposición—, que la evolución del pensamiento humano y los conocimientos adquiridos, habrán de permitirnos, algún día, rebasar los límites que actualmente encadenan nuestra inteligencia, para llegar a identificar los efectos y las causas y desentrañar, así, el secreto que la Naturaleza, cual la simbólica esfinge de los egipcios, guarda impasible en sus entrañas. Mientras llega este instante —que será el del gran triunfo de la Ciencia—, es conveniente recordar, de vez en cuando, que nuestros conocimientos halláanse constreñidos a determinados límites, y que incluso la Ciencia, cuando ha querido salirse de ellos, ha debido apoyarse en bases arbitrarias. Toda explicación, pues, que se aparte de la realidad y recurra a la intervención divina para explicar el Universo, ha de merecer el desprecio de toda persona culta. Tan sólo la razón y la experiencia podrán elevarnos hasta la cúspide de la Sabiduría y nos permitirán descubrir la Belleza y la Verdad.





*Un trabajo de 1850,  
que sigue siendo  
de actualidad*

# Prohibición

*Federico Bastiat*

El señor Prohíbiliccionista consagraba su tiempo y sus capitales a convertir en hierro el mineral de sus tierras. Como la Naturaleza había sido más pródiga con los belgas, éstos daban el hierro a los franceses más barato que el señor Prohíbiliccionista, lo que significa que todos los franceses, o Francia, podían obtener una cantidad dada de hierro *con menos trabajo*, comprándolo a los honrados flamencos. Así, pues, guiados por su interés, veíase todos los días a una multitud de fabricantes de clavos, carreteros, mecánicos y herradores ir ellos mismos, o sus intermediarios, a proveerse a Bélgica. Esto disgustó muchísimo al señor Prohíbiliccionista.

Al principio se le ocurrió cortar este abuso por sus propias fuerzas. Es lo menos que podía hacer, puesto que él tocaba las consecuencias. «Cogeré una carabina, me pondré cuatro pistolas en el cinturón, llenaré la cartuchera y así equipado me iré a la frontera, y al primer herrero, mecánico, carretero que tope conmigo, le mataré para enseñarle a vivir.»

Pero en el momento de partir, el señor Prohíbiliccionista reflexionó, y su ardor bélico sufrió un descenso de temperatura. Se dijo: «No es absolutamente imposible que los compradores de hierro, mis compatriotas y enemigos, tomen a mal la cosa, y que en lugar de dejarse matar me maten a mí. Además, aunque arme a todos mis criados, no podríamos guardar todos los caminos. Por añadidura, el procedimiento me costaría muy caro, mucho más caro de lo que valdría el resultado.»

El señor Prohíbiliccionista estaba a punto de resignarse a ser libre, ni más ni menos que todo el mundo, cuando un rayo de luz vino a iluminar su cerebro.

Recordó que en París hay una gran fábrica de leyes. «¿Qué es una ley? —se dijo—. Es una medida a la cual, una vez decretada, buena o mala, todo el mundo tiene que conformarse. Para mantenerla en vigor se organiza una fuerza pública, y para constituir esta fuerza pública se sacan de la nación los hombres y los dineros necesarios.»

Si yo pudiera obtener de la gran fábrica parisiense una pequeña ley que dijera, poco más o menos: «Queda prohibida la entrada del hierro belga», conseguiría los siguientes resultados: el Gobierno sustituiría los criados que yo quería enviar a la frontera por unos veinte mil hijos de cerrajeros, herreros, fabricantes de clavos, mecánicos y demás recalcitrantes que compran el hierro belga; luego, para que estos veinte mil aduaneros no se murieran de hambre, les distribuiría veinticinco millones de francos sacados de aquellos mismos fabricantes de clavos, forjadores, cerrajeros, mecánicos

y demás. La guardia estaría mejor montada que la mía; no me costaría nada; no me vería expuesto a la brutalidad de los contrabandistas; vendería el hierro al precio que me conviniera y disfrutaría el dulce placer de ver a nuestro gran pueblo vergonzosamente burlado. Esto le enseñaría a no llamarse incesantemente precursor y promovedor de todo progreso en Europa. Nada, que el timo vale la pena de intentarlo.»

Así, pues, el señor Prohíbiliccionista se fué a la fábrica de las leyes. Otro día tal vez os cuente la historia de sus sordos manejos; hoy no quiero hablar más que de sus gestiones ostensibles. A los señores legisladores les hizo valer esta consideración:

«El hierro belga se vende en Francia a diez francos el quintal, lo cual me obliga a vender el mío a igual precio. Yo quisiera venderlo a quince, pero no puedo, a causa de ese hierro belga, que Dios maldiga. Fabricad una ley que diga: «Queda prohibida la entrada del hierro belga en Francia.» Una vez promulgada, yo subo el precio del mío cinco francos y he aquí las consecuencias:

»Por cada quintal de hierro que venda al público, en lugar de recibir diez francos, recibiré quince: me enriqueceré más pronto, daré más extensión a mi industria y emplearé más obreros. Mis obreros y yo haremos más gastos, con gran satisfacción de nuestros proveedores a cien leguas a la redonda. Estos, teniendo más venta, harán más pedidos a la industria, y unos tras otros haremos que la actividad gane todo el país. La bienaventurada moneda de cinco francos que haréis caer en mis arcas hará, como una piedra arrojada a un lago, radiar a lo lejos un número infinito de círculos concéntricos.»

Encantados de este discurso, y más satisfechos aún de aprender cuán fácil es aumentar legislativamente la fortuna de un pueblo, los fabricantes de leyes votaron la Prohibición. «¿Quién habla de trabajo y de economía? —se decían—. ¿De qué sirven esos penosos medios de aumentar la riqueza nacional, cuando un decreto basta?»

Y, en efecto, la ley produjo todas las consecuencias anunciadas por el señor Prohíbiliccionista; sólo que, al mismo tiempo, produjo otras no previstas. Hagámosle, de todos modos, justicia: no hizo un razonamiento falso, sino incompleto. Reclamando un privilegio, señaló los efectos que se ven, pero dejó en la sombra los que no se ven. No presentó más que dos personajes, cuando en la escena hay tres. Toca a nosotros reparar este olvido, involuntario e premeditado.

Sí, la moneda de cinco francos, desviada legislativa-

mente de este modo hacía la gaveta del señor Prohibicionista, constituye una ventaja para él y para todos aquellos cuyo trabajo debe estimular. Y si el decreto hubiere hecho caer la moneda de cinco francos de la luna, estos buenos efectos no podrían ser equilibrados por ningunos malos efectos compensadores. Desgraciadamente, la misteriosa moneda de cinco francos no sale de la luna, sino del bolsillo del herrero, del forjador, del fabricante de clavos, del mecánico, del labrador, de Juan Buenhombre, que hoy la da sin recibir un miligramo de hierro más que cuando pagaba diez francos. Al primer vistazo nos damos cuenta de que esto cambia, desde luego, la cuestión, puesto que, evidentemente, el beneficio del señor Prohibicionista se compone de la pérdida de Juan Buenhombre y que todo lo que el señor Prohibicionista puede hacer de esta moneda de cinco francos para estimular el trabajo nacional, podría hacerlo Juan Buenhombre mismo. La piedra no se arroja a un lago, sino porque legislativamente se ha prohibido arrojarla a otro.

Por tanto, lo que no se ve compensa lo que se ve, y hasta aquí queda, por residuo de la operación, una injusticia, y, cosa muy de lamentar, una injusticia perpetrada por la ley.

Y esto no es todo. Ya se ha dicho que se dejaba en la sombra el tercer personaje. Es necesario que yo lo saque a la luz, a fin de que nos revele una segunda pérdida de cinco francos. Entonces tendremos el resultado de la evolución entera.

Juan Buenhombre es poseedor de quince francos, fruto de sus sudores. Estamos aún en los tiempos en que era libre. ¿Qué hace de sus quince francos? Compra un artículo de moda que le cuesta diez francos, y con este artículo de moda paga (o el intermediario paga por él) el quintal de hierro belga. Le quedan aún a Juan Buenhombre, cinco francos. Claro que no los tira al río, sino que (y esto es lo que no se ve) los da a un industrial cualquiera a cambio de un disfrute cualquiera, por ejemplo, a un librero que le vende el *Discurso sobre la Historia universal*, de Bossuet.

De este modo, en lo que concierne al trabajo nacional, queda estimulado en la medida de quince francos, a saber:

Diez francos que van a parar al artículo de moda;

Cinco francos que van a parar a la librería.

En cuanto a Juan Buenhombre, obtiene, por sus quince francos, dos objetos necesarios, a saber:

Primero: un quintal de hierro;

Segundo: un libro.

Aparece en escena el decreto.

¿Qué cambio se opera en la condición de Juan Buenhombre? ¿Qué es de la del trabajo nacional?

Entregando Juan Buenhombre sus quince francos, hasta el último céntimo, al señor Prohibicionista, por un quintal de hierro, no puede disfrutar más que de este quintal de hierro. Pierde el disfrute de un libro o de cualquier otro objeto equivalente. Pierde cinco francos. Todo el mundo convendrá en esto; no se puede dejar de convenir en ello, porque cuando la prohibición eleva el precio de las cosas, el consumidor pierde la diferencia.

Pero, se dice, el trabajo nacional la gana.

No, no la gana, porque después del decreto no está estimulado sino como antes, en la medida de quince francos.

Sólo que, después del decreto, los quince francos de Juan Buenhombre van a parar a la metalurgia, mientras que antes del decreto se repartían entre el artículo de moda y el librero.

La violencia que por sí mismo ejerce el señor Prohibicionista en la frontera, o la que hace ejercer por la ley, pueden ser juzgadas muy diferentemente desde el punto de vista moral. Hay gentes que piensan que la expoliación pierde toda su inmoralidad con tal de que sea legal. Yo no sabría imaginar una circunstancia más agravante. Sea como fuere, es lo cierto que los resultados económicos son los mismos.

Dad vueltas a la cosa como queráis, pero tened la vista perspicaz y veréis que nada bueno sale de la expoliación legal o ilegal. No negamos que para el señor Prohibicionista o su industria sale un beneficio de cinco francos. Pero afirmamos que salen asimismo dos pérdidas, una para Juan Buenhombre, que paga quince francos por lo que antes tenía por diez, y otra para el trabajo nacional, que no recibe ya la diferencia. Escoged de las dos pérdidas la que os plazca para compensar el beneficio que confesamos. La otra no dejará de ser una pérdida seca.

Moraleja: Violentar no es producir, es destruir. ¡Oh! Si violentar fuese producir, nuestra nación sería más rica de lo que es.



# La gigantanasia social

*Crítica del socialismo, desde el punto de vista del individualismo y del humanitacismo*

Eugen Relgis

La revolución económica es necesaria. Buen número de intelectuales lo reconocen. Pero no consiste todo en esto, pues ello es solamente un punto de partida. Los socialistas creen que la nueva era de la Humanidad está totalmente realizada con la simple victoria del proletariado; que las guerras desaparecerán entonces y que, por consiguiente, el pacifismo no es útil por sí mismo. Según ellos, los pacifistas mantienen la confusión en el gran combate que se libra entre el capitalismo y el proletariado y ya se hallan en un campo o ya en otro. Muchos socialistas creen también que a consecuencia de la victoria proletaria se abrirán todas las puertas de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad; algunos fanáticos llegan incluso a proclamar que el hombre será moral, discreto y tolerante cuando obtenga todo el beneficio de su trabajo y cuando tenga asegurada la vida...

Pero la medalla tiene un reverso. El marxismo, tal como lo ha fundado Marx, como lo han desarrollado Engels, Bebel y Kautsky, y como lo han aplicado Liebknecht, Trotsky y Lenin, nos parece de una extremada sencillez. En primer lugar, un dualismo riguroso, dividiendo a la Humanidad en explotadores y en explotados. La lucha de clases que se impone por razones de orden táctico, no tiene para los socialistas más que capitalistas —burgueses— y proletarios. Según ellos, la mayoría de los hombres forma parte de su campo; por consiguiente, si los agricultores, comerciantes, funcionarios e intelectuales no quieren unirse a ellos, están necesariamente «del otro lado de la barricada» y contra ellos. Considerando el problema económico como un postulado, los socialistas han visto en él todas las causas y todos los efectos. Obstinándose en no ver en la vida social más que el lado económico, han hecho del problema económico —tan sencillo para ellos— una especie de nudo gordiano que solamente puede cortarse, y esto por medio de una revolución.

Lo repetimos: la revolución económica es necesaria; pero no es cierto que traiga espontánea e inevitablemente la emancipación total. Lleva, por de pronto, a la liberación de bajo, el yugo del salario. Las demás libertades hácense posibles después de la instauración de aquélla. Estas posibilidades hállanse condicionadas por la concepción y por la estructura del orden socia-

lista, del propio modo que lo están actualmente por el orden capitalista.

El proletario no es la Humanidad ni tampoco el tipo integral del «hombre medio». Los socialistas ven al *productor* explotado, no ven al *hombre*, que no es solamente el explotado de los capitalistas, sino que soporta también el terrible yugo de la guerra —y el del sexo—, que se halla en estrecha relación con la concepción actual sobre la familia y la moral social. El hombre moderno soporta también el yugo de cierta educación y lleva aún en sí las huellas de los yugos de otros tiempos; desde el canibalismo hasta la institución de la esclavitud, y desde el fetichismo religioso al culto de la fuerza y al culto de la mayoría...

Todas estas servidumbres no son resultado tan sólo de la época capitalista. Esta no es la causa de todos los males, pues contiene también la mala herencia del feudalismo medieval y de la esclavitud antigua. Y contiene asimismo las buenas herencias de las épocas anteriores, y no puede negarse que la era capitalista no haya ejercido efectos positivos sobre la evolución social de la Humanidad. La burguesía liberal del siglo XVIII aportó principios que, con su victoria, significan un progreso evidente sobre la monarquía absoluta y la inquisición de la Iglesia. Las ciencias, la técnica, las artes, la filosofía, se han desarrollado vigorosamente en la fase capitalista, y una nueva civilización ha brotado en el árbol milenario de la cultura.

Pero el capitalismo ha evolucionado; como toda realidad social y como todo ser viviente, ha progresado continuamente, llegando a la *gigantanasia*, fenómeno conocido en la Naturaleza. La gigantanasia produce monstruos que acaparan el sustento y que destruyen el medio necesario a los seres «inferiores» y más numerosos. Al concentrar el capital en sus manos, el capitalismo ha llegado a la explotación del trabajo y de los medios de producción. Ha entrado en su fase culminante, en virtud de la tendencia al crecimiento ilimitado. Mas a causa de la resistencia de los demás factores, ha comenzado una lucha entre las dos tendencias de conservación: la del capitalismo reaccionario y la del proletariado. En vez de reconocer la fatalidad de su evolución hacia el socialismo, el capitalismo se obstina en una resistencia armada que impone a los proletarios la lucha de clase.



Así, pues, la fase socialista de la Humanidad será una consecuencia de la evolución social. Apoyándonos en las enseñanzas de la Historia, podemos decir que el socialismo será sólo una fase y no el estado social permanente de la Humanidad. Es ésta una verdad esencial que debe ser repetida y de la cual deben persuadirse los propios socialistas. Sabemos muy bien que hay circunstancias que exigen concepciones limitadas y una acción implacable; sabemos bien que el hombre es con mucha frecuencia «una máquina de olvidar» o más bien un animal inteligente que tiene necesidad de un horizonte restringido para poder orientarse y de algunos puntos indicadores para mantenerse en medio de los antagonismos de todo género. Los ideales del hombre no pueden ser aún sino fragmentarios.

No por esto dejaremos de proclamar nuestra convicción: a lo largo de la historia humana, hallamos la aspiración, más o menos consciente, hacia un ideal integral, cumbre de la escala en espiral que es el progreso humano, y cuya expresión tangible es la *individualidad, la libre personalidad del hombre*.

El socialismo es un peldaño de esta escala e incluso uno de los más importantes. A consecuencia de la complejidad de la cultura y de la civilización, y a causa principalmente del *acrecentamiento numérico* de la Humanidad, el lado económico de la vida acusa preponderancia en la hora presente.

Pero en la base del socialismo, sólo existe el imperativo material. Existen también las aspiraciones conscientes de la mayoría de los trabajadores hacia la libertad y la justicia y las aspiraciones menos conscientes de una parte de los trabajadores a la cultura y a la vida espiritual. El pueblo tiende a crearse por sí mismo su destino social: quiere ser dueño de la tierra que labora, de las máquinas con las cuales fabrica y de los productos de que tiene necesidad. Pide la libertad de decidir de su *vida* y de sacrificarla voluntariamente por ideales propios. Pide la igualdad económica y asimismo esa «igualdad» que le permita beneficiarse de los tesoros de la civilización y de desarrollar sus facultades —que, fatalmente, no son iguales— en todas las instituciones culturales. Aspira, también, a esa fraternidad que hoy se halla confinada en el cuadro estricto de la nación, de la «raza», de la clase, y principalmente en el cuadro de los *intereses* materiales.

Sostienen algunos que no existe el desinterés y que todo se halla fundado sobre el *interés*. Esto es lo que tenemos que admitir si queremos tener en cuenta la naturaleza humana. El mismo Jesús ha dicho: *Ama a tu prójimo como a ti mismo*. Desde el punto de vista biológico y social, el altruismo se halla tan justificado como el egoísmo. El egoísmo del individuo puede concordar con el interés de la mayoría. Y el altruismo no es, en realidad, más que la armonización de los intereses individuales con los de la colectividad.

El interés socialista, por así decirlo, es de orden material y económico. Pero hay intereses superiores que nosotros llamaríamos intereses *humanitarios*. Estos son relativos a la evolución biológica de la especie humana y a las tendencias de orden técnico y cultural de la Humanidad.

Repitamos la verdad enunciada: el socialismo no es más que una fase en la historia social de la Humanidad. Considerando su doctrina y sobre todo su táctica, podemos decir que, de igual modo que para las demás fases sociales, su advenimiento es dificultoso, aunque está sólidamente sostenido por el fanatismo de los iniciadores y las lentas aspiraciones de las multitudes. El socialismo se presenta con la aureola pura de una ideología avanzada y como una fase de progreso llena de promesas. En su período de realización, sostiene una lucha que es una serie de victorias y de derrotas; una lucha cada vez más viva que divide al mundo en dos campos. Por el hecho de la resistencia armada de la minoría, la fuerza se convierte también, naturalmente, a la aliada de la mayoría, que tiene la justicia de su parte. «La lucha de clases» está inscrita sobre banderas rojas, como «Patria» y «Armonía social» están inscritas en los estandartes de la reacción. Los dos campos pretenden combatir por ideales generales humanos, pero lo que interesa, es en primer lugar la victoria con cualquier clase de armas, y es la revolución económica, socialista, la que triunfa al fin...

Por lo general, las antiguas instituciones han quedado derruidas y se procede a la erección de los edificios socialistas sobre bases nuevas a veces y sobre bases antiguas con la mayor frecuencia. Primeramente, se levanta el edificio económico. Puede verse hoy en Alemania, y, sobre todo en Rusia, cuán difícil es aplicar el método nuevo sin los viejos medios. Pero no vamos a discutir aquí estas cuestiones. Observemos simplemente que en algunos países y en muchas instituciones antiguas que han quedado intactas, se han sentado jefes socialistas en las poltronas del Poder que hasta entonces ocupaban los capitalistas.

Debido a que la revolución no ha podido ser una finalidad normal de la evolución, sino en gran parte una anticipación sobre ésta, ha sido sangrienta; ha empleado —y conserva todavía— las mismas armas que los adversarios: la fuerza y la intolerancia. En el ardor del combate, no se discute y se lucha para resistir y para vencer. Así el socialismo funda su advenimiento con los mismos métodos del capitalismo. ¿Es esto una fatalidad? En todo caso, es una necesidad impuesta por la reacción. No hay más que observar lo que ocurre en Hungría, en Alemania, en Francia, en Italia y en otros países: el flujo y el reflujo del combate: terror blanco, terror rojo, dictadura de la minoría, dictadura del proletariado, dictadura militar...

Fueren cuales fueren las vicisitudes actuales, el socialismo gana terreno continuamente. Hoy se realiza por medio de la revolución y no por el de la evolución. Continuará con sus principios iniciales y con su táctica rigurosa. Aun cuando en algunos países esté comprometido con la burguesía, su objeto final sigue siendo el mismo: imponer el nuevo orden a los restos del mundo antiguo, a la población agrícola, a las de las ciudades, así como a los intelectuales.

Imponer; pero, ¿de qué modo? ¿Por la simple persuasión ideológica? En el ardor de la lucha, esto es una cosa imposible. Así, pues, ¡por medio de la dictadura! Afirman los socialistas que ésta es transitoria y que no debe durar más que «hasta el establecimiento

definitivo del régimen socialista». No podemos olvidar, sin embargo, las enseñanzas de la historia. *Todo orden establecido por la fuerza y la intolerancia se mantiene por la fuerza y la intolerancia.* Los socialistas han hecho uso de la fuerza fatalmente y han empleado la intolerancia de manera indudable, toda vez que proclamar el postulado económico y la lucha de clases, es imponer cierta concepción y un método restrictivo, sin tener en cuenta las *tendencias naturales* de la individualidad y los intereses generales y permanentes de la Humanidad, considerada como un organismo en el tiempo y en el espacio.

Podemos anticipar lo que será la era socialista. Se establecerá con las mismas armas que el capitalismo, pero sobre principios superiores, a pesar de todo, a los del régimen actual, puesto que se hallan más en consonancia con el interés de la mayoría productora. No obstante, el antiguo dualismo: explotadores y explotados, se mantendrá en una forma inversa y artificiosa. Ahora bien, todo dualismo implica el combate. Los restos de la reacción no depondrán su combatividad: sacarán provecho de los descontentos nacidos de las desilusiones inevitables: la guerra y la revolución. ¿No han acumulado ruínas que tendrá que allanar el nuevo régimen? El mundo debe ser reconstruido sobre nuevas bases económicas, y esto exige largos y dolorosos esfuerzos. No podrán evitarse las vacilaciones, los períodos de retroceso ni las restauraciones efímeras del antiguo régimen. Por otra parte, ¿es necesario precisar también que la presión igualitaria del socialismo —que es por esencia autoritario— provocará una inmensa efervescencia anarquista?

Si la guerra cesara entre las naciones —lo que no es aún cosa cierta— continuará en el seno de una misma nación: guerra civil, lucha de clases. Por el simple hecho de su victoria, el socialismo no suprime las clases; por el contrario, las mantiene con su método imperativo y *creará nuevas clases.* Y quien dice clases, dice intereses adversos. Con todo, de igual manera que la victoria de la burguesía liberal del siglo XVIII marcó una nueva etapa en el camino del progreso, ya que proclamó los «Derechos del hombre» y determinó una nueva extensión de la civilización, del propio modo, el triunfo del socialismo determinará la realización de ciertos ideales de la *antigua* burguesía y de los nuevos ideales del proletariado: en primer lugar, la emancipación económica.

Podrá salvarse la civilización. El nivel de la cultura general se elevará, pero en esos mismos progresos se hallan contenidos los gérmenes de nuevos peligros. Como el capitalismo, el socialismo tenderá a la gigantantasia. La Rusia soviética es un ejemplo bastante penitente de esto.

No creemos que sea forzar la ley biológica de la gigantantasia el aplicarla en el dominio social. La tendencia al crecimiento ilimitado es tan evidente para las células y para los organismos naturales como para los individuos y para los organismos sociales. En su *Biología de la guerra*, Fr. Nicolai nos demuestra, sin embargo, que hay tres límites a esta tendencia al crecimiento continuo: 1.º El límite *osmótico* de los unicelulares. 2.º El límite *mecánico* de los pluricelulares

—individuo—. 3.º El límite *energético* de las sociedades —grupos de individuos—.

Estos tres límites pueden aplicarse con mucha verosimilitud al proceso de crecimiento del individuo, de la nación, de la clase y de la sociedad. No es este el lugar de hacerlo. La ley de la gigantantasia puede explicarnos, empero, numerosos fenómenos sociales e históricos.

De igual modo que el plesiosauro y otros gigantes prehistóricos que han desaparecido, con frecuencia bruscamente, por el juego natural de los límites impuestos por el medio, de la misma manera han perecido las «monarquías universales» antiguas y las clases parasitarias, y las épocas llamadas en historia absolutistas, feudales, eclesiásticas, etc., han muerto en el momento en que llegaban a la fase culminante de su desarrollo. No han perecido de repente, como los monstruos de la Naturaleza, por razón de la ORGANIZACIÓN social del instinto de conservación; han tratado de sostenerse por medio de la opresión: la reacción es, por tanto, un efecto de la gigantantasia social.

En la gigantantasia moderna, el capitalismo, se encuentran también huellas del feudalismo y de la teocracia. Del mismo modo que éstos, el capitalismo se desvanece por las mismas causas. Marx, que ha previsto su desaparición —consecuencia del acaparamiento incesante de los productos y de los medios de producción— habría podido hallar en la ley de la gigantantasia un argumento fundamental para su doctrina del materialismo histórico.

Podemos y debemos aplicar también al socialismo esta ley permanente. Posee la misma tendencia al crecimiento ilimitado, puesto que no comprende a *toda* la Humanidad, sino tan sólo una clase que no tiene la mayoría absoluta. En tanto existan otras clases sociales (que tengan también tendencia al crecimiento ilimitado), el proletariado hallará obstáculos en su desarrollo continuo. Si el crecimiento del socialismo se hace con detrimento de las demás clases productivas —artesanos, intelectuales— y con detrimento del individuo, llegará a una fase culminante que ocasionará su rápido hundimiento, como ha ocurrido con el feudalismo y como acontece con el capitalismo.

En lugar de ser simplemente el instrumento realizador de la revolución económica, el proletariado es un objeto por sí mismo, y, por su preponderancia, fundada siempre en la fuerza y en la intolerancia, tiende a aplicar a la Humanidad *entera* su método y sus concepciones. El ideal socialista es sólo una parte del ideal de la Humanidad. El socialismo puede facilitar la realización del ideal superior humanitario, pero la cultura permanece autónoma: sus condiciones de progreso son interiores y nada del exterior puede ejercer influjo en su esencia. No pueden influenciarse más que sus frutos: la civilización. Lo mismo que el capitalismo reaccionario, vulgarmente materialista, ha degradado a la civilización mercantilizándola hasta el exceso, de igual modo el socialismo podrá ejercer un mal influjo sobre la civilización, si no corresponde a las tendencias naturales *integrales*, de orden biológico y cultural del individuo y de la Humanidad.

Por encima de la sociedad, ya fuere capitalista o

socialista, está la Humanidad, el *genus humanum*, cuya célula es el individuo. ¿Tiene en cuenta el socialismo la evolución de la especie y la ley de lucha por la individualidad? Muy poco, puesto que el mantenimiento del dualismo: proletariado por una parte y burguesía e «intelectuales» por la otra, es una negación del organismo de la Humanidad y de su célula: el individuo. El pacifismo y el internacionalismo socialistas sólo concuerdan a la «clase proletaria»...

La evolución del socialismo será, por tanto, semejante a la de las demás épocas sociales. La gigantomanía social tiene efectos nocivos en la misma clase que dicta. El capitalismo gigantesco de una ínfima minoría ha hecho sufrir también a la mayoría de los capitalistas menores y a la burguesía. El socialismo tendrá una fase de reacción, de igual modo que el capitalismo. La minoría socialista dirigente que forme la nueva «oligarquía» política, luchará contra la mayoría siempre por medio de la fuerza y de la intolerancia; luchará contra los mismos proletarios —véase el comunismo en Rusia—, contra la población agrícola, cuyos ideales son muy otros; contra los intelectuales, que tienen ideales superiores de cultura; contra los individualistas y los anarquistas, siempre más numerosos, y contra los *humanitaristas*, que proclamarán el ideal supremo e integral de la Humanidad.

¡Estas perspectivas no tienen, por cierto, nada de atraente! No son, desafortunadamente, resultado tan

sólo de la deducción lógica y es la realidad presente la que nos las ofrece. El que tenga la valentía y la sinceridad de mirar de frente al caos actual, en los países capitalistas y en los países socialistas, igualmente ensangrentados y hambrientos, verá en ellos cómo la reacción y la revolución tratan de crear un «mundo nuevo», con los mismos métodos autoritarios, más terribles aún: la opresión oficial, el ejército, el terror general...

¿Debe manifestarse la evolución social de la misma forma en todas las épocas? ¿Se cernirá siempre la maldición de la guerra y de la tiranía sobre esta Humanidad trágica, y no obstante «divina», por su arte, su ciencia y su filosofía? ¿Veremos siempre al mismo dualismo feroz imponer a la Humanidad la dictadura, ya de una clase, ya de la otra?

No podemos admitir que sea esto una fatalidad. No es tan sólo a nuestra conciencia moral, desde el punto de vista individual, a quien repugna esta perspectiva, sino también a la conciencia de la especie y del individuo comprendido en el organismo de la Humanidad... Tan sólo volviendo a la realidad primordial: el individuo célula y la Humanidad organismo (realidades que se confunden y que se armonizan) es como podremos tomar pie firme en el caos de los antagonismos sociales.

Bucarest.

(Traducción de E. Muñiz.)

## Una hipótesis que es un sueño de perfección

*Macía Lacerda de Mouca*

El estudio de la acústica muestra, con frecuencia, en los laboratorios de Física, las figuras llamadas de Cladni sobre las placas de resonancia, o la formación de dibujos geométricos por medio de las vibraciones. Dichas figuras se forman por medio de arena y son efecto de la vibración de un arco de instrumento en la placa de cobre o de vidrio donde se hubiese colocado la arena.

La señora Watts Hugues estudió las formas de la vibración de la voz, y de todas las investigaciones se deduce que el sonido tiene forma. Las vibraciones pueden transformarse en figuras geométricas. De suerte que la forma y la precisión de los contornos dependen de la intensidad de la vibración.

Pues bien, todo en la Naturaleza es vibración: el átomo,

la fuerza, la electricidad, el magnetismo, etc. Y lo demuestra aún más el que puede captarse y conservarse el sonido en los discos de gramófono.

No sé a qué altura han llegado las pesquisas científicas relacionadas con la captación del pensamiento —que también debe tener una forma— según su naturaleza, cualidad e intensidad; pero creo que siendo, como es, materia, estará sujeto a las propiedades de la misma.

En este respecto parece que se ha llegado a establecer que, científicamente, el pensamiento forma parte de las grandes fuerzas motrices del Universo.

La Asociación Internacional Biocósmica, compuesta por prestigiosas personalidades de la Ciencia, entre las que puedo mencionar al sabio profesor mejicano Herre-



ra, que es ateo; Barbedette, profesor en Luxeuil, y ateo también; J. Comas y Solá, astrónomo, de Barcelona; Víctor Marguerite, el célebre literato; Albert Mery, biólogo, de París; Víctor Delfino, de Buenos Aires; Foveau, de Courmelles; Félix Monnier, Jacquemin, Jawonski, Pierre Lariviere, etc., etc., y muchos otros, cuyos nombres siento no recordar, hombres de ciencia eminentísimos, ateos, y nada sospechosos, admite el principio de que los errores de los hombres influyen en las condiciones atmosféricas de nuestro planeta, e incluso pueden influir en las capas atmosféricas de otros planetas vecinos del nuestro.

Y no se diga que esto es credulidad ciega, superstición, espiritismo ni metafísica... Todo lo contrario; abran la revista científica *La Vie Universelle*, que publica la A. I. B., y comprueben, por sí mismos, las observaciones de los grandes científicos contemporáneos. Verán ustedes como no me alejo de la realidad. Los más modernos aparatos cinematográficos registran las curvas y las formas de las vibraciones emitidas por las voces de los artistas.

No es, pues, descabellado afirmar que la Ciencia, dentro de poco, podrá establecer el sistema que permita captar el pensamiento humano de manera positivamente definida, quizá revistiendo formas coloreadas o luminosas.

Por otra parte, la A. I. B. publica interesantísimos estudios en demostración de que, tanto los humanos como los animales, somos parásitos de la Tierra, y tal vez parásitos incómodos porque ocasionamos guerras y revoluciones con su inevitable secuela de locuras: gases asfixiantes, explosivos, nubes de humo artificial, etc.; explosiones de minas soterrañas y submarinas, trincheras y demás actividades destructoras; todo lo cual ocasiona un enorme desequilibrio del planeta y produce perturbaciones en la atmósfera. Tal es la locura humana que atenta contra su propio bienestar.

Admitida esta hipótesis sería posible suponer que la lucha, en el Universo, y, más especialmente, en nuestro planeta, proviene de los sentimientos opuestos que se atacan y chocan produciendo explosiones más o menos violentas.

Además, ya es sabido que hay épocas de suicidios y de crímenes, los cuales van en aumento por efecto de la sugestión, y que éstas coinciden con determinadas manchas solares, ciertas estaciones del año y también según las horas del día. Sabemos cuál es la influencia de la luna en las mareas e incluso en los períodos femeninos... De manera que es innegable que existe reciprocidad de atracciones entre los astros y los seres humanos...

Así, pues, si dejamos que nuestro pensamiento revolotee en torno a semejante hipótesis, sus deducciones pueden llevarnos, también, a establecer que la violencia es el desequilibrio y que solamente la ley del Amor es la ley del Universo.

Llegaríamos a conclusiones completamente opuestas de las que sentaran multitud de propagandistas revolucionarios, y en especial de las que propagan los comunistas autoritarios —error en que caen, desgraciadamente, no pocos anarquistas—. Entonces podríamos afirmar que la violencia de los hombres es la que provoca lo que hemos dado en llamar «violencia de la Naturaleza».

Y ya envueltos por esta visión benéfica y sedante, po-

dríamos decir, como Han Ryner, haciendo hablar a Anaxágoras, e invocando al Sueño:

«Procura, ¡oh, Sócrates!, divinizarte por completo, a fin de que en el mundo haya, por lo menos, un poco de pureza divina.

»Trata de llegar a ser, todo tú, una conciencia, si quieres que brille en alguna parte un conocimiento claro. En la Naturaleza, caos de inúmeros cosmos vagamente comenzados y perennemente oscilantes, puedes ser tú un cosmos firme, estable y sin caos alguno.

»Después, si ello constituye un placer para ti, podrás pensar en que tu salud puede llegar a ser, algún día, contagiosa como una enfermedad.»

Ó, si lo preferimos, repetiremos, como el propio Ryner, dando nueva vida y nueva palabra a Zenón de Citio, creando un neo estoicismo:

«Oh, Cleanto; oh verdadero Dios, es decir, si tienes valor e inteligencia para comprenderlo, verdadero Sferos, dóblate sobre ti mismo y crea, por fin, un ser que no esté dividido consigo mismo, crea, en síntesis, una armonía, un cosmos mediante el cual podrás gozar de la serenidad y que causará la admiración de algunos individuos. Tan sólo de esta suerte puedes ayudar a cuantos escuchan tus palabras y contemplan tus acciones; les auxiliarás, apoyándoles para que logren, también, a trocarse en armonías. Si llegara un día en que cada ser humano se transformase en una depurada belleza interna, que tan sólo irradiase sabiduría y bondad, no sólo sería armónica la Humanidad entera en sí misma, sino que lo sería igualmente todo el Universo... ¡Oh, prodigiosa esperanza! ¡Oh, poema y sueño divinos!

De manera que, para nosotros, y repitiendo la frase del maestro, todos los revolucionarios «se llaman Sísifos».



Pierre Termier

Miembro del Instituto

Los geólogos, durante mucho tiempo, hasta fines del siglo XIX, aproximadamente, estuvieron considerados como hombres extravagantes y ridículos. El vulgo tenía-los por inofensivos maniáticos. ¿No recordáis un dibujo de Tœpffer, publicado en las *Nouvelles genevoises*? Figura a tres personajes que el autor dice haber encontrado en el curso de una excursión por los Alpes, muy atareados: uno de ellos, armado de martillo, da golpes sobre un guijarro que ha recogido; el segundo, con ayuda de un lente descomunal, examina atentamente una piedra; el tercero, impreca a los otros dos. Los tres están desaliñados, descompuestos; dan la impresión de ser gente poco sociable. Por toda explicación, al pie del dibujo se hallan escritas estas simples palabras: *Estos señores son geólogos*. La vista de esta imagen fué mi primer contacto con la Geología.

Desde hace veinte o treinta años, la Geología es juzgada con menos severidad. Hoy ya es generalmente estimada. Pero no por su mérito intrínseco, sino por la utilidad que ella ofrece. Ahora sábese que sirve para algo. El geólogo goza, en el público, del género de consideración que se concede a los adivinos, a los hechiceros, a los ocultistas, en una palabra. Es el hombre que conoce las piedras, el que sabe interrogarlas y comprende sus respuestas; el que tiene el don singular y envidiable de dar —iba a decir de oler— con los lugares que guardan celosamente materias útiles: agua, sales potásicas, carbón, petróleo, minerales metálicos; él es capaz también de decir si un terreno es sólido, si tal desfiladero se presta para construir un dique —de un dique que contenga el agua y cuyo pantano pueda llenarse— y si, en tal montaña, es posible, sin grandes riesgos, emprenderse la abertura de un túnel. El prestigio del geólogo aumenta con sus éxitos, del todo como la reputación del médico; se admira en él al hombre que puede crear la riqueza y extraer oro de piedras viles.

En el fondo, esas dos formas de interpretar la Geología, la de Tœpffer y la del gran público, son inexactas. El geólogo no es un maniático, ni un ocultista, ni un empírico con suerte; es un investigador aplicado en descubrir la tierra para conocerla y darla a conocer a sus semejantes; toda la tierra, tal como está, y su historia penetrando cuanto le es posible en su pasado. Hay pocos estudios que sean tan atractivos. Mi experiencia personal, de más de cuarenta años, me ha enseñado que basta con hablar de Geología, de su objetivo, de sus enigmas, ante un auditorio de jóvenes, para excitar su curiosidad, suscitar su entusiasmo y despertar en muchos si no la vocación real del geólogo, al menos la ilusión pasajera de esta vocación.

¡ Reflexionad un instante! La tierra es la patria de todos, nuestra gran patria, el astro al que estamos ligados y que nos lleva a través del espacio; el astro sobre el que, hace unos cientos de millones de años, quizás mil o mil quinientos millones de años, brotó la vida... Conocer la historia de este globo tan pequeño en el Universo, extrañado, al parecer, entre el inmenso agrupamiento de astros, pero grande por el incomparable privilegio de transportar hombres; saber qué guarda en sus entrañas; saber cómo, en el curso de los siglos, su faz se ha modificado y cuáles han sido las variaciones de la Geografía; saber cómo ha evolucionado la vida, y cómo, y desde cuándo, término de esta larga transformación, el hombre ha surgido entre los vivos; intentar vaticinar cómo acabará la tierra que sueño.

Los geólogos se han dividido la labor total que rebasearía de mucho las fuerzas de un solo hombre. Unos aplican sus esfuerzos al conocimiento de los minerales y de las rocas: son los mineralogistas y los petrógrafos. Otros, que mantienen contacto con la biología, estudian los fósiles, los restos o huellas dejadas en las piedras por los antiguos organismos vivos; son los paleontólogos. Otra tercera categoría comprende a los que se interesan por las deformaciones sucesivas de la corteza terrestre, por el origen de las cordilleras, deformaciones y origen explicados por los detalles de la estructura: se llaman tectónicos.

Hay los geólogos sin epíteto que, recogiendo los estudios de todos los especialistas, prueban a reconstituir la historia del globo, historia cuyo orden cronológico lo determinan las transformaciones de la vida. Existen otras clases: los volcanólogos, cuyo nombre ya indica la función; los sismólogos, que se ocupan de los temblores de tierra y que se sirven de esos accidentes para informarse sobre el estado de las profundidades terrestres; los prehistoriadores, en fin, que toman como motivo de estudio todas las cuestiones que plantean el origen y la historia del hombre, asociándose, por un lado, a los paleontólogos, por otro, a los arqueólogos y a los historiadores. Cae de su peso que no existe límite preciso entre esos diversos campos de la Geología y que, si la especialización es, en esto como en todo, cada día más necesaria, la inteligencia entre los especialistas diferentes, la coordinación de sus esfuerzos, la interpretación de sus descubrimientos por espíritus más vastos y de cultura más enciclopédica, es de desear infinitamente.

El profeta, ha dicho el poeta, es el hombre que predice el futuro. Podemos cambiar la definición y decir simétricamente: el geólogo es el hombre que profetiza el pasado.

(Traducción: F. Ocaña.)

# Razón y misticismo

Prof. S. Velasco

Existe un estado de debilidad intelectual, que origina el ansia de lo imposible, al que se denomina «misticismo», y que es una disposición mental enfermiza frente a cualquier objeto o fenómeno. El carácter íntimo del misticismo constituye una tortura subjetiva ocasionada por una aspiración constante a la irrealidad, que sofoca al pensamiento con la angustia de la desesperación. El aspecto externo, visible, cambia según los tiempos y las civilizaciones, en cuanto a sus características de expresión, pero conserva siempre, incólumes, sus caracteres esenciales, consistentes en un indefinible afán por exonerarse de las responsabilidades vitales, atribuyendo, cuanto a ellas se refiere, a una divinidad, idea abstracta o entealiqua cualquiera.

Partiendo de semejante definición, que, por lo concisa, dista mucho de abarcar todo el conjunto de síntomas místicos, no resulta difícil aun al menos experto, descubrir en sus semejantes el temperamento místico e, incluso, analizarlo en sus distintas manifestaciones.

Pero no vamos a indicar, ahora, los procedimientos para lograrlo ni nos enfrascaremos en el análisis de esta anomalía. Tan sólo señalaremos brevemente los estados anímicos de quienes se hallan sujetos a tal abulia, así como las evoluciones y modificaciones que puede experimentar la mente mística.

Impulsado por un egoísmo casi siempre manifestado, el hombre, antes de ascender a las elevadas regiones de la razón pura y encaminarse a la conquista de las más sólidas concepciones éticas y de las más fértiles inspiraciones ideológicas, dedica un tiempo más o menos dilatado al cultivo, en cierto grado morboso, de la Sentimentalidad, no sólo por complacerse en el delirio de los sueños brumosos, sino porque resulta en extremo cómodo atrincherarse tras lo abstracto para justificar actitudes a veces carentes de lógica. Por tal motivo, no resulta difícil convencerse de que el ente místico es, casi sin excepción, sensitivo, emocional, impresionable, y, en cierto modo, abúlico moralmente, puesto que no puede o no quiere reaccionar contra la atmósfera que le envuelve, aunque, en no pocas ocasiones, su espíritu háyase desenvuelto en un ambiente saturado de la más rigurosa austeridad intelectual.

Pero si, por casualidad, en un esfuerzo poderoso de la razón, el místico logra contemplar el derrumbe de lo que fuera su paladión y se asoma, plétórico de afanes, a los aires del pensamiento que se llevan, una a una, las creencias que fueran el refugio y el caparazón de su necesidad de misterio, se da cuenta, entonces, del valor que atesoran las cualidades éticas de los grandes pensadores que lucharon por la dignidad de la conciencia y por la emancipación mental, y, arrebatado por un entusiasmo que contrasta con su primera esta-

bilidad, entrégase a un laboreo entusiasta, rayano en el fanatismo.

Quien no haya dedicado marcada atención al estudio de los fenómenos psíquicos, no puede concebir la sorpresa que siente el alma mística, que viviera sumergida en sus contemplaciones visionarias, al producirse el choque de su inmóvil ensoñación con el vertiginoso y arrollador ímpetu del razonar sereno, puro y noble, que, lejos de reprocharle con viveza su posición anterior, le envuelve en una diáfana y cristalina atmósfera de voces llenas del más profundo respeto hacia todos los sentimientos de abstracción que se manifiestan franca y espontáneamente.

De esta suerte, cada nueva armonía que el individuo, libre de brumas y cendales, logra descubrir entre las reconditeces de su espíritu, antes ignoradas, constituye, para él, motivo de alborozada alegría; en cambio, experimenta agudísimos dolores cuando advierte rozamientos, por insignificantes y leves que sean, entre la antigua creencia y los nuevos módulos de enjuiciamiento intelectual. Así, paulatinamente, el sentimiento místico deja paso al goce inefable del filosofar libre y baña al ser en las delicias del enfrentarse con las preocupaciones más esencialmente humanas que informan y pilotan al vagar del intelecto aun en aquellos instantes en que la brújula del pensamiento humano tiende hacia un vago pesimismo.

Pero aquellos temperamentos fundamentalmente místicos, que no pueden darse por satisfechos con las soluciones que aporta la Ciencia y la Filosofía, precisan ineludiblemente, ya de manera irremisible, proyectar la mirada en el «más allá». Necesitan explorar, aunque sea montados en el corcel de la conjetura, las regiones en que reside, según ellos, ese algo misterioso, que no se pesa ni se mide, pero en cuya existencia creen, porque, sin esa esperanza, la vida sería para ellos insostenible.

Para éstos, de nada sirve la labor del sabio, los trabajos de laboratorio ni las construcciones lógicas; todo se reduce, para su ansia de azul y de fragilidad, en creaciones fantasiosas y nebulosidades de fervor; que éstos son los únicos caminos que les es dado recorrer y merced a los cuales, acuciados por el ansia de rasgar el velo de lo ignoto, esperan arribar a esa meta que todos los días se aleja porque es una interrogante perenne, a esa inagotable cantera de anhelos que nadie logrará extinguir. Por esto, las creaciones del pensamiento genuinamente místico fueron siempre construcciones brumosas, ideales fortalezas de un deseo inconcreto, en las que se mezclaba lo verdadero con lo falso, lo sensato con lo descabellado.

Mas, a pesar de esto, el espíritu que se siente do-



minado por la preocupación constante, moral y metafísica, del más allá, no es, forzosamente, aun a despecho de toda su levedad, un alma impermeable y cerrada a todos los vientos de la innovación, sino que, en multitud de casos, trátase, sencillamente, de una modalidad temperamental —sensitiva, dijimos antes— que acicatea al individuo para enfrascarle en el estudio de lo ultrarreal olvidando lo terreno. Pero es innegable que, dejando de lado los innúmeros crímenes del fanatismo religioso, esa búsqueda del origen o de la causa fundamental ha quintaesenciado, en múltiples ocasiones, el intelecto humano, llevándole a desentrañar buen número de enigmas que otrora permanecieron oscuros y que hogaño se nos revelan como síntesis de perfectibilidad.

Por lo expresado, compréndese que un místico puede

ser, debidamente encaminado, un factor positivo para el progreso humano. Lo indispensable —y siento no poder desarrollar más extensamente la tesis— es esforzarse a fin de llegar a una depuración de las corrientes místicas —laicas o no, puesto que también los laicos pueden ser místicos— y elevar a los seres que han quedado sumergidos en las profundidades de la incompreensión hasta el rango de igualdad que les corresponde, es decir, colocarles en la cumbre meditativa desde donde puedan recibir la sacudida animadora y remontarse hasta la esfera de la emoción que crea y esculpe la belleza. En tal cometido hemos de persistir hasta lograr que las disquisiciones humanas formen un conjunto armónico que labore incesantemente en pro de la fraternización y siembre a manos llenas la bondad y la justicia.

## De la amistad y de los amigos

Renzo Novatore

Un «hombre» me ha dicho: «No comprendo tus ideas, y tu manera de pensar me desagrada. Pero no te creo absurdo.»

Sin contestarle me he apartado de él y he continuado mi paseo por otra acera.

¿Por qué?

Sencillamente, porque he comprobado una vez más que todavía no ha llegado el tiempo en que un amigo pueda decirle a otro: «No me importan tus ideas ni tus pensamientos. Pero admiro y aprecio el complejo misterio de tu individualidad.»

Cuando el hombre sepa pronunciar con la voz de la sinceridad éstas u otras palabras, para expresar diáfana y sin velajes, su pensamiento, se habrá trazado el camino que nos conducirá al reino de la amistad y del amor.

Nuestra época lo es de odio encubierto y de guerra baja e insidiosa; todas las palabras de amor y de amistad son perfumados velos que ocultan arteramente el envenenado acero que ha de herirnos.

Aquel «no te creo absurdo» de mi interlocutor demostraba, con toda evidencia, lo que escondía tras su aparente benevolencia. Por ello he dejado al individuo sin respuesta y me he apartado de él.

Porque creo que, cuando no puede depositarse la amistad en un ser, lo menos que puede hacerse es declararse su enemigo.

Aprecio sinceramente a aquellos que, rechazando la acogida de mi corazón, se hacen dignos de mi espada. Porque yo, fuerza es decirlo, tengo un corazón y una espada. Y tanto uno como otra gustan prodigarse.

Cierto día díjome un «amigo»: «Cuanto escribes o dices me importa sólo relativamente, en cambio me interesa en absoluto apreciar lo que sientes. Pero colijo que para expresar tus sentimientos van a faltarte las palabras... Y aunque encontraras la manera de exte-

riorizarlo, tengo la seguridad de que nadie te comprendería.

No hables, pues, y deja que te mire a los ojos: en ellos leeré tu intimidad y trataré de adivinar lo que sientas.»

Naturalmente, entorné los párpados a fin de que no lograra penetrar en lo profundo de mis transparentes pupilas ni pudiese ojear el fondo de mi alma. Porque conozco, por experiencia, la peligrosidad de las adivinaciones. Y en lo secreto de mi cerebro pensé que, «posiblemente», aquel día acababa de perder un «amigo».

Hoy, cuando deambulaba en busca de algunos dispersos fragmentos de mí mismo, he hallado... un amigo. Pero, ¿puedo creer en que será duradera esta amistad?

Semejante interrogación no es corriente en mí, y menos contestarla. Pero se me ocurre ahora pensar que, seguramente, si mientras yo avanzo él permanece quieto, muy en breve dejará de ser amigo mío.

El amigo es algo tan tenue y quebradizo, algo tan escaso, que casi encuentro justificado que algunos individuos renuncien a buscarlo.

¿Tildaremos al tal de «misántropo»?

No. En todo caso es un solitario.

Y yo soy de éstos, porque odio a los hombres que precisan vivir en comunidad. En cambio aprecio a los que saben estar solos.

El sentimiento de la soledad es el más elevado de todos los sentimientos humanos. Pertenece al mismo tiempo a la fuerza y a la belleza. Además, los solitarios son los hombres que más beneficios han derramado sobre la Humanidad.

¡Tal vez por esto la Humanidad, «agradecida», les desprecia!

En síntesis, el solitario tiene pocos amigos, porque le repugna la hipocresía y la mentira.

# El periodismo y la criminología

Santiago Valentí Camp

## I

La prensa cotidiana cumple una de las funciones primordiales de su existencia informando ampliamente a la opinión pública, ofreciéndole una sucinta reseña de los principales hechos registrados durante las veinticuatro horas del día. Algunas veces, la referencia de determinados acontecimientos resiéntese de excesiva prolijidad. Se relatan con demasiada minuciosidad pormenores que, desde el punto de vista ético, sería preferible condensar en breves términos.

Es evidente que el reportaje, cuando se lleva a cabo con perspicacia, veracidad y sentido crítico, reviste indudable trascendencia social. Constituye una manifestación de cultura porque «llega a ser el pan espiritual de cada día», según la feliz expresión del insigne pedagogo Ignacio Valentí Vivó, mi adorado padre e inolvidable maestro. Realmente, la información noticiaria es el alimento intelectual de las muchedumbres, que, por lo mismo que carecen de sagacidad y de finura de percepción para situarse en la vida, no comprenden ni pueden columbrar lo doloroso que habría de ser para ellas el no poder disponer de la hoja volandera, que se ha trocado en la guía espiritual de nuestro tiempo, porque nutre el pensamiento y orienta y dirige la conducta de todas las clases sociales, y, especialmente, de las llamadas humildes y menos cultivadas.

Añadía Valentí Vivó, con su sorprendente clarividencia, que la inmensa mayoría de las gentes sencillas y que viven confiadas y retraídas, no son víctimas de su propia desesperanza, porque no temen ni calculan los siniestros efectos que habría de producirles «el hambre de mañana», refiriendo el refrán a la mentalidad, antes que a la mera satisfacción de las necesidades orgánicas y las apetencias vegetativas.

El gran público, decía Valentí Vivó, dueño y señor, monstruo multiforme, imita a Saturno, devorador de la prole, o sea al tiempo, «Cronos», que destruye mientras crea, y deja vivir los seres conocidos de nuestro planeta en relación con el todo cósmico. No obstante, la voracidad de la muchedumbre que por la mañana y por la noche aguarda la ración cotidiana informativa —*victus ratio*— exige imperiosamente manjar abundante, recargado de condimentos, con salsas estimulantes y famosos recursos culinarios, que si no abrea el apetito normal, agujijonean el deseo de sentirlo como si lo fuera de verdad.

De ahí la división de las informaciones periodísticas

en veraces, fiel trasunto de los acontecimientos, y en hinchadas repletas de pormenores truculentos y escritos empleando una fraseología ramplona, o con el solo propósito de conmover a los lectores ingenuos. La narración sobria tiene un valor positivo, viene a ser un anticipo de la Historia. En cambio, los relatos de un suceso, llenos de amplificaciones, muchas veces fantásticas, son perniciosos, porque no sólo se apartan de la verdad y deforman los hechos, sino que contribuyen a forjar las leyendas y las consejas, que desvían a los pueblos de la trayectoria que han de seguir para cumplir sus fines, acomodando su actuación a una norma racional.

En el aspecto en que resulta más funesta la gestión de una parte de la Prensa, es en lo relativo a describir los sucesos sensacionales: crímenes, robos, estafas, etc. El reportero, al narrar los hechos, paga demasiado tributo a los convencionalismos, y, por esto, en vez de tender a la objetividad, procurando reconstituir las circunstancias del hecho, se inmiscuye en los problemas teóricos y científicos, para lo cual le falta preparación, técnica y aun léxico.

La divagación superficial no puede jamás equipararse a la disquisición honda y reflexiva. Por esto es preferible la reserva prudente y discreta a la afirmación rotunda, cuando se trata de los complejíssimos problemas psicológicos y psiquiátricos, como los concernientes al determinismo de las pasiones, las leyes de la herencia morbosa directa y remota; la influencia que ejerce el medio ambiente en el ánimo individual y otros factores que influyen en la delincuencia. Prejuizar las cuestiones, cuando no se posee una documentación bien seleccionada, no conduce a fin práctico alguno en la lucha contra el vicio y el crimen. Está desprovisto de todo sentido prospedéutico declararse optimista o pesimista ante los estragos del morbo social. Y en este sentido no es el parecer individual lo que debe guiar al espíritu público, sino el conocimiento que se tenga de la fenomenología del organismo social, en sus manifestaciones patológicas.

La Psiquiatría es, actualmente, la rama de la Psicología fisiológica que en estos últimos lustros ha contribuido más poderosamente a rectificar la noción que se tenía del crimen. El creciente empleo de la violencia, recurriendo los agresores a los más audaces y seguros procedimientos para perpetrar los actos criminales, modificó el concepto que hasta comenzar el siglo actual predominó en lo relativo a los resortes que posee el Poder público para afianzar la llamada «defensa social».

Las causas determinantes de la criminalidad son ahora más complejas que a fines de la centuria pasada. Las afinidades entre los espíritus protervos, alucinados y fanáticos, han dado mayor auge a la delincuencia sectaria, que reviste nuevas formas. El contingente de los sujetos apasionados, viciosos, degenerados, se ha decuplicado porque los gérmenes de descomposición de la sociedad favorecen el desarrollo de las enfermedades de la personalidad, que tan admirablemente estudió Th. Ribot hace aproximadamente cuatro décadas.

La curiosidad del público por conocer, no sólo la actual morfología de la agresividad, sino las causas generadoras de la profunda crisis moral de que nos toca ser testigos, es legítima. Una enorme masa de lectores busca afanosamente en las columnas de los grandes rotativos el origen y la génesis de los hechos delictuosos, porque no comprende, aunque las intuye, las causas de desviación de los sentimientos efectivos, y si bien las halla en la Psicología del odio, que tan magistralmente esbozó Pablo Mantegazza en un libro célebre, no acaba de convencerse de que la conducta de miles de hombres no tenga otro móvil que el deseo satánico de producir el mal. Mudan los tiempos y, con ellos, varían y se modifican los factores que intervienen en el dinamismo de las comunidades nacionales, así en lo que concierne a la prosperidad y a la cultura, como en lo que atañe a la amoralidad y la abyección. Por eso el interés que se advierte ahora por averiguar las concausas de la agresividad está plenamente justificado. No obedece a un propósito malévolos, como creen algunos escritores que juzgan los movimientos populares a la ligera, y califican errónea y atropelladamente las más nobles intenciones de los sectores de opinión que alcanzaron un mayor grado de desenvolvimiento mental.

Es natural, y ello responde a una exigencia del espíritu, que el público semilustrado aspire a inquirir en los orígenes de cada transgresión, a fin de saber si en el reportaje se mezclan la utilidad y el daño. No debe olvidarse que el periódico, como afirmaba acertadamente Valentí Vivó, es una cátedra ambulante. El pueblo, al dejar de ser plebe, ansía seleccionar los datos que le ofrece en tropel y confusamente la relación de un parte dado por una oficina de policía, porque, aunque sea tan sólo de oídas, conoce la existencia de una disciplina, que se denomina Criminología, que analiza tales hechos según un criterio racional y humano.

A los espíritus cultivados no se les oculta que estudiar esta rama de la cultura contemporánea en la crónica de los sucesos y en los sueltos de gaceta es tarea imposible. La analítica de las perturbaciones del carácter no puede compararse a ninguna otra tarea psicológica. La conducta de los hombres, por lo mismo que no obedece a reglas inflexibles, sino que prescinde a menudo de las normas, carece de estabilidad, y, por eso, el examen constituye una labor espinosa. Aunque sean muchos, como hacía notar Valentí Vivó, los progresos grafimétricos, realizados en las últimas décadas, de que se sirven el perito forense y el crítico experto, conocedores de los métodos antropométricos, necesitase, no obstante, una enseñanza biopsíquica especial, ya establecida en algunas naciones de Europa y los Estados Unidos. Nos referimos a los Institutos-Laboratorios

de Criminología, en donde cursan los médicos, juristas y funcionarios públicos, que adquieren, así, singular competencia para conocer las anomalías y trastornos psíquicos de los delincuentes, las prostitutas, los enfermos de la voluntad, etc. En tales centros pedagógicos se adquiere la competencia precisa para ser intérpretes fieles de la ley escrita, capacitándose, además, para ejercer de guías del Derecho objetivo, que habrá de convertirse, en un futuro próximo, en precepto legal. Los literatos y periodistas concurren, también, a dichas instituciones docentes para completar su formación intelectual.

En casi todos los países, menos Inglaterra, Estados Unidos y la Argentina, las empresas periodísticas adolecen de graves deficiencias, debidas, más que a desconocimiento de los problemas de nuestro tiempo, a falta de sentido de modernidad en la confección de los periódicos y en la manera de organizar las secciones. La fuerza de la costumbre, en este respecto, como en otras cien cosas, sigue prevaleciendo. Atribúyese más importancia al noticierismo bursátil, teatral, deportivo y político, que al sanitario, cultural, educador, etc.

Rara vez la Crónica de los Tribunales que a diario ofrece materiales útiles, pulcramente escogidos para llegar al conocimiento de la criminalidad, describe los focos de infección moral, existentes tanto en los bajos fondos como en el gran mundo elegante de las urbes populosas. Las notas informativas, por carecer de sólida documentación y ser poco precisas, no permiten al lector forjarse un concepto claro de los hechos, sirven de poco, y su utilidad, en el sentido corroborante, no es tan provechosa en resultados como sería de desear. Algunos periódicos, los que cuidan de acomodar sus informaciones al ambiente callejero, sin pensarlo, sirven de órganos de difusión de los ejemplos nada edificantes, pues ofrecen tan sólo tristes experiencias de la llamada por Nicéforo y Sighele «mala vida», extendiendo el radio de acción de los casos de perversión moral. Estas enseñanzas, afirmaba Valentí Vivó, son funestísimas, especialmente para los menores de edad y para los adultos débiles de ánimo, fáciles a todas las sugerencias, sobre todo las perniciosas. Conviene muchísimo oponerse a la difusión de detalles de aquellos hechos delictuosos, en los cuales la perversión y el vicio revisten formas atrayentes. Cuando ofréncense conjuntamente la lujuria y la amoralidad, escribía Valentí Vivó, precisa evitar la divulgación de escenas en que se ponga de manifiesto el impudor, por dos razones de ética: la primera, por conmiseración filantrópica, y la segunda, en evitación de que, cundiendo el mal ejemplo, se enseñará indirectamente a delinquir. No son, sin embargo, éstas las únicas causas de envilecimiento colectivo, pero por lo mismo que se considera que ejercen mayor influencia que las demás, debería proscribirse en absoluto toda exhibición de los actos licenciosos.

Los altos intereses de la sociedad, que halláanse en peligro inminente, exigen la intensificación de las campañas profilácticas y preventivas; lo demandan a un tiempo la salud social, el decoro público y el porvenir de las razas de la Europa occidental, ya muy agotadas por la sensualidad.



# Piedras preciosas

## LAS FINANZAS

El negocio, y sobre todo el agiotaje, son actualmente modos de adquirir que se parecen mucho a las empresas de aventureros de los tiempos bárbaros, las cuales daban también, a cambio de un poco de fuerza y de mucha astucia, el poder y la riqueza. «¡Arrebate quien pueda, conserve quien pueda!» Tal era la divisa de los conquistadores. ¿Acaso no es igual la de la industria mercantil de nuestros días? ¿A quién concede ésta los mayores beneficios? ¿Acaso al negociante que transporta realmente los diferentes productos de uno a otro extremo del mundo, al que desempeña hábilmente una función útil? No. La fortuna continúa siendo aquella ciega divinidad de los paganos: no mide sus dones al trabajo y al mérito, sino que los saca a subasta en los pasillos de la Bolsa y el más temerario es el afortunado que gana los mejores lotes.

La riqueza es aún el premio destinado a los aventureros. Los detentadores de la mayor parte de los capitales móviles son los judíos, agiotistas y usureros, esos usurpadores astutos de la riqueza de las naciones. Un gesto suyo, un ligero fruncimiento de cejas, bastará para agitar todos los mercados del mundo; y no es solamente la riqueza presente la que han tenido la habilidad de encerrar en su portamonedas, sino que son propietarios de una gran parte de los productos del trabajo futuro, han hipotecado, por medio de los empréstitos, las generaciones que aún han de nacer: los grandes agiotistas de la hacienda no son trabajadores, sino aventureros.—EUGENIO BURET.

## LOS DEFICIT DE LA APROPIACION

Cierto número de hombres cree que es ventajoso apoderarse del bien del semejante, pero muy pocos se imaginan que es ventajoso abandonarle el bien propio. Debido a esto se toma un conjunto de medidas para preservar la propiedad de los ataques del vecino: cerraduras, arcas de hierro, muros espesos, guardianes, señales eléctricas, etc. Para preservarse del fraude, hay las actas de toda clase, los timbres, los contratos, etcétera.

El hombre ha creado un material inmenso para preservarse del robo y del fraude. Por su lado, los Gobiernos han creado una organización provista también de todo un material muy complejo para prevenirlos y castigarlos: la policía, los tribunales, las prisiones, etcétera.

Estos mecanismos privados y públicos y esta organización exigen gastos colosales. Por otra parte, el temor

a ser robado y engañado produce un despilfarro de tiempo verdaderamente prodigioso. Piénsese tan sólo en la legalización de las firmas, en las formalidades necesarias para validar un contrato o los títulos de propiedad. El número de asuntos y trabajos que podrían realizarse en igual tiempo habría tal vez decuplicado si todos los hombres procedieran de buena fe. Un simple memorándum para recordarse las cláusulas estipuladas podría reemplazar todos los innumerables legajos bajo cuyo peso sucumbimos actualmente.

Las pérdidas causadas por el robo y el fraude deben cifrarse por miles de millones. Los beneficios que impiden realizar deben cifrarse también por miles de millones más numerosos. ¿Cuánto? Sabemos que es mucho, pero carecemos absolutamente de datos para indicar una cantidad. Vamos a arriesgar una. He aquí nuestra hipótesis. Nos parece que el despilfarro causado por el robo y el fraude no puede ser menor de veinte jornadas de trabajo por año. Que el lector piense un poco en su propia existencia. ¿Es que no gasta este tiempo para garantizar la propiedad? Cada noche cierra la puerta de su casa. Supongamos que requiere esto dos minutos. A cada instante tiene que cerrar sus cajones. Contemos medio minuto para esta operación. Pues bien; dos minutos y medio por día hacen quince horas por año; una jornada y media de trabajo. Quedan, pues, dieciocho días para todo el resto: gastos soportados para la seguridad pública, los tribunales, las formalidades judiciales, los procesos, etc. Me parece que no exagero. Ahora bien; veinte días de trabajo para la Humanidad entera representan 10.760 millones de francos por año. Tal es probablemente la suma que nos hacen perder el robo y el fraude.—J. NOVICOW.

## LOS APACHES

### Y LAS GENTES HONRADAS

...Todos los jefes de Estado se abrazan, se acarician y no pierden ocasión de asegurarse mutuamente que son verdaderos amigos. Es increíble lo que se aman. Y cuando se visitan es para enseñarse lo bien armados que están para darse porrazos.

Los Estados europeos no difieren sensiblemente de nuestros apaches ordinarios. Parece que entre los principales miembros de éstos se encuentra siempre que se les detiene una rica colección de armas ofensivas y defensivas. Exactamente como entre nosotros. Y hasta presumo que cuando estos apreciables sujetos se visitan, deben enseñarse orgullosamente su arsenal y, entre sorbo y sorbo, decirse:

—Ya sabes, querido compadre, que soy tu amigo para siempre. Pero no me quieras mal si algún día de estos te jeringo. Será sin mala intención.

Porque, y esto es muy serio, los apaches se batían entre sí. Exactamente como las gentes honradas.—HENRI MARET.

## EL ESCLAVO DE AYER Y EL PROLETARIO DE HOY

El proletariado moderno está más sujeto que el antiguo esclavo al yugo de los ricos.

El uno, feudal, era responsable de la vida del siervo; se preocupaba y cuidaba del pobre siervo lo mismo, por lo menos, que a sus animales domésticos; vigilaba su salud y le curaba cuando estaba enfermo, y el esclavo, seguro del mañana, libre de toda angustia, daba en su trabajo un esfuerzo moderado.

Actualmente todo ha cambiado: el proletario siente en torno suyo, encarnizado sobre él, un poder de extorsión despiadado, muy sutil, tanto más pernicioso cuanto que está admirablemente disimulado.

La sanguijuela obra sobre el obrero de modo tan diverso, chupa con tanta delicadeza, tiene tantos intermediarios, está tan alejado el ocioso del trabajador que vive de su trabajo, están tan bien escogidas las posiciones, que la succión se efectúa sin rebeldía, porque es sin contrato.

Y el productor, continuamente despojado por unas manos invisibles cuya existencia apenas sospecha, trabaja más, se ingenia, se dobla sobre el trabajo, pone en tensión todos sus nervios, sus músculos, despliega toda su inteligencia, vibra en un paroxismo de seguridad y de energía...

Y la clase ociosa, que vive de él, queda maravillada, se felicita por haber emancipado este admirable instrumento creador de riqueza, y comprende que le da el céntuplo de lo que habría podido esperar de él si hubiera continuado siendo esclavo.—JUAN REVEL.

## EL GOBIERNO DE LOS PEORES

Según los defensores del Estado, sin el Poder gubernamental los malos violentarían a los buenos y les dominarían, mientras que actualmente permite a los buenos dominar a los malos.

Pero al afirmar esto, los defensores del actual orden de cosas deciden de antemano la indiscutibilidad del principio que quieren demostrar. Al decir que sin el Poder gubernamental los malos dominarían a los buenos, consideran como demostrado que los buenos son los que hoy están en el Poder y los malos los que se someten. Y esto es precisamente lo que habría que probar.

Para adquirir el Poder y conservarlo, es necesario amar al Poder. Y la ambición no va de acuerdo con la bondad, sino, al contrario, con el orgullo, la audacia y la crueldad.

Sin la exaltación de sí mismo y la humillación de los demás; sin la hipocresía y la astucia; sin las prisiones,

las fortalezas, las ejecuciones, los asesinatos, ningún Poder puede nacer y sostenerse.

Dominar quiere decir violentar; violentar quiere decir hacer lo que no quiere el individuo violentado, lo cual, ciertamente, tampoco querría soportar el que violenta; por consiguiente, estar en el Poder quiere decir hacer a los demás lo que no quisiéramos que se nos hiciera, es decir, hacer el mal.

Someterse quiere decir preferir la paciencia a la violencia, y preferir la paciencia a la violencia quiere decir ser bueno o menos malo que los que hacen a los demás lo que para ellos no quisieran.

Por consiguiente, según todas las probabilidades, no son los mejores, sino los peores, los que siempre han ocupado el Poder y lo ocupan actualmente.—TOLSTOI.

## Poema • Vivir

Georgette Ryner

¡ Vivir, arrancar flores del camino y formar con ellas ramos olorosos, respirar su penetrante y embriagador perfume al par que el aire puro, sentirse penetrado por los primaverales effluvios y deleitarse al contacto de la dulce caricia del sol... !

¡ Y de improviso, dejar de ser !

¡ Vivir, caminar de cara al viento que hincha nuestro pecho como un hálito de amor; mirar todas las cosas con nuestros propios ojos, admirar las montañas y los valles, escalar las cumbres, saltar y correr de una a otra roca, ascendiendo todos los días más alto, hacia las cimas, para acercarnos al cielo y aproximarnos a la blanca inmensidad... !

¡ Luego, un día, detenerse para siempre bajo la tierra !

¡ Vivir, sentir como late nuestro corazón, amarlo todo y no sentirse jamás saciado de amor: por los pájaros, las flores y la Naturaleza; los niñitos adorables de graciosas actitudes y divina sonrisa, a quienes quisiéramos tener siempre en nuestras rodillas sin que crecieran, amar a los desdichados, llorar con su miseria y... amar, amar infinitamente... !

¡ Y, por fin, dejar de amar para siempre !

¡ Vivir y anhelar comprender; vivir y querer saber; vivir y ansiar creer; inclinarse, atentamente, hacia todas las fases y aspectos de la existencia, hacia todos los problemas angustiosos; sentirse fuerte, dispuesta a resolver, tal vez, uno de los enigmas de la terrible esfinge y exclamar, henchida de gozo: ¡ Lo encontré ! ¡ Lo comprendí ! ¡ Lo creé ! ¡ Lo vencí !...

¡ Luego, desplomarse, anonadada, no pensar ya, no indagar, dejar de ser !

¡ Vivir, vivir y, después, morir !

# Moral católica • La confesión

Han Ryner

El abate Sourdoulaud es uno de los pocos sacerdotes que realmente creen en los postulados del catolicismo. Su celo en la defensa de Jesús hase manifestado en distintas ocasiones de manera evidente, puesto que sostuvo controversias públicas con ateos y librepensadores. Pero nunca había tenido ocasión de comprobar la falta de riqueza espiritual de la religión que profesaba. Sin embargo, un día...

Tocábale al abate el turno en el de confesar y permanecía preocupado en el desentrañamiento de encontradas ideas que le asaltaban sin lograr interesarse por los ridículos pecados y el parloteo insulso de las beatas, a las que, en determinados instantes, ni siquiera oía. De improviso, volvióle a la realidad una ola de sutil perfume, que le envolvió gratamente, al tiempo que una voz fresca y juvenil, decía:

—Padre, soy la señora Troussillet.

Sourdoulaud recuerda, sobresaltado, que éste es el nombre de su más encarnizado contradictor, del ateo más recalcitrante que jamás hallara, y se pasma. Pero aquel perfume sutil y penetrante, al par que deleitable, y aquella voz murmurante que le emocionaba como el arrullo de una tórtola, hácenle olvidar a su rival para ver tan sólo la triunfal belleza rubia de esa nueva penitente. Un instante llega en que una voz interior le susurra: «Si tuvieras derecho al amor, amarías a esta mujer.» Mas el sacerdote se irrita contra sí mismo, y aun contra ella. Y, bruscamente, dice:

—No le he preguntado a usted su nombre. El apellido de una persona no es un pecado.

Con dolorido y emocionante acento, la interpelada se disculpa. Por fin, enmudece.

El confesor la ordena:

—Diga la primera parte del «Me confieso».

La penitente, entre una risita reprimida y alegre, establece un juego de palabras, y exclama en alta voz:

—Confieso que no sé siquiera qué es eso del «Me confieso». Nunca supe oración alguna y es la primera vez en mi vida que acudo a lo que ustedes llaman el Tribunal de la Penitencia. Y lo he hecho cediendo a un deseo que he estado combatiendo durante días y más días. Porque luchaba contra mi marido y porque la gracia de Dios me ha arrojado a vuestros pies con ímpetu casi brutal, no he podido prepararme. Ahora comprendo, sin embargo, que debí haber estudiado el Catecismo.

Y añade, con naturalidad:

—Los libros de misa no se han hecho para los perros.

Advirtamos al lector que Susana hablaba de buena fe. Nunca se preocupó por asuntos religiosos, pero la

palabra elocuente del sacerdote a quien oyera en dos controversias, y, tal vez más poderosamente todavía, el fanatismo negativo de Troussillet, la habían inclinado a creer lo contrario de lo que sostenía el ateo. Y acudía a la Iglesia, más en busca del consuelo del sacerdote Sourdoulaud, que en pos de la gracia divina.

El sacerdote, enormemente sorprendido, exclama:

—¿En realidad, es la primera vez que se confiesa usted?... ¡Dígame antes, por lo menos, si está bautizada!

—Sí, lo estoy.

—¿Y no ha hecho aún la primera comunión?

—No, señor abate.

—Tiene usted que llamarme Padre.

—Cuando murió mi madre yo no tenía más que cinco años, Padre, y mi padre era librepensador...

Pero no pudo terminar la frase porque le ahogaba la risa al advertir la casual conjunción de los dos *padres*.

El sacerdote, para animarla, va a contarle la parábola de «El hijo pródigo», pero ella le ataja:

—La sé, Padre. He leído los Evangelios y admiro sinceramente a Jesús, aunque, desgraciadamente, parece que jamás existió.

—¿Qué está usted diciendo, hija mía? ¿Cómo puede conciliar semejante duda con el acto que realiza en este instante?

—Padre, no he intentado conciliarlos. Y le ruego encarecidamente no me pida usted que me sujete a la lógica. Estoy de lógica hasta la punta de los cabellos y profeso verdadero odio hacia esta disciplina.

A pesar suyo, el sacerdote se sonríe, como mecido por la venganza, al recordar que Troussillet, su contradictor, es un enamorado de la lógica. Pero, reponiéndose, exclama:

—Hija mía, antes de que pueda oír tu confesión, el ritual exige que recites el «Confiteor» que, al afirmar que crees en «la virgen María», te induce a que adores a su divino hijo.

—Repetiré lo que usted me dicte, Padre.

—Con los labios, pero no de todo corazón.

—¡Ah! —dijo Susana suspirando—, no sabe usted cuán importante papel desempeña el corazón en mi actitud de hoy. El espíritu tal vez no está del todo convencido. Pero el corazón me ha traído aquí para que usted dirija mi pensamiento y mi conducta.

El sacerdote recuerda las recomendaciones de Pascal acerca de las prácticas rutinarias que doblan al espíritu por medio del hábito, y conducen, a ojos cerrados, hacia la fe. Pero en este instante semejante método inspírale una a modo de aversión.



Sin embargo, no puede negarse a aplicarlo. Y se decide a hacer repetir las palabras litúrgicas: «Me confieso con Dios Padre omnipotente...»

Terminado el preámbulo que impone el rito, dice:

—Ahora puedes confesarte, hija mía, y decirme todos los pecados de que te acuerdas espontáneamente. Cuando no recuerdes más, yo te preguntaré con método, principiando por los mandamientos de la Ley de Dios, pasando a los de la Iglesia y terminando por los pecados capitales.

—Le contestaré con toda sinceridad, Padre.

—Si no me dices toda la verdad cometerás el pecado más grave que pueda concebirse: un sacrilegio. Si no estás decidida a confesarlo todo refrate sin comenzar una confesión que habría de ser incompleta y, por tanto, criminal.

—He depositado toda mi confianza en usted, Padre.

—Tu confianza solamente puedes depositarla en Dios.

—¿Prohíbe Dios que me confíe al mejor de los sacerdotes y que sienta por él un afecto sincero?

—Tal vez, hija mía, habría sido más prudente que buscase usted otro confesor. ¿Cuál es su parroquia?

—No lo sé. Lo único que puedo decirle es que si no me confieso con el abate José María de Sourdoulaud, es decir, con usted, no voy a confesarme con nadie.

—Ten presente, pues, que para ti, como para todos, soy tan sólo un ministro del Dios de misericordia.

—Así como elijo al médico que ha de cuidar de mi salud corporal, he elegido a quien debe atender a la salvación de mi alma.

—La comparación es absurda, hija mía. La eficacia del sacramento no depende en modo alguno del saber ni de la moralidad del sacerdote.

—Me parece mal, pues.

—Nada de eso; lo que pasa es que en nuestra santa religión todo es admirable, maravilloso, sobrenatural. Pero no vamos a emprender una catequesis en el confesonario. Comienza tu confesión.

—Excepto matar, robar y engañar a mi marido, habré cometido, indudablemente, todos los pecados. Pero quizá sería mejor que le contara a usted mi vida.

—No... no, hija. Te complacerías profana y excesivamente en hablar de ti misma. Voy a interrogarte, pero, cuando vuelvas, inspeccionate antes tú misma de acuerdo al plan que vamos a seguir. A esto se le llama «examen de conciencia» y constituye la indispensable preparación para confesarse.

El interrogatorio, al principio, fué rápido. Si tuviéramos en cuenta sus respuestas, casi todas negativas, llegaríamos a la conclusión de que Susana era un modelo de mujeres. Tan sólo le faltaban las virtudes cristianas. Nunca hizo mal a nadie; rebosaba de bondad y dulzura, no se enfadaba; nada, lo dicho, era un modelo. ¿Que si había mentido? Sí, algunas veces, por caridad, con fines humanos, para que la verdad no hiriese a su prójimo. Si el confesor no la hubiese interrumpido, habría confesado mejor las faltas de Troussillet, su marido, que las suyas.

Pero llega un momento en que el sacerdote se escandaliza y la considera como una pecadora irreden-

ta porque vive con un hombre sin estar casada «por la Iglesia».

—Tampoco lo estamos por lo civil, aclara ella misma.

Lamenta Susana que la Iglesia esté tan oscura, porque, de lo contrario, el sacerdote habría podido ver cómo el rubor coloreaba sus mejillas y hubiese admirado la belleza de su rostro.

—El matrimonio civil no tiene importancia alguna, declara con frialdad el confesor.

—Troussillet me dijo que, si me empeño está dispuesto a transigir con la ceremonia del juez. Pero en cuanto a la Iglesia, ni pensarla.

—Si os casarais civilmente con intención de evitar el sacramento, vuestro pecado sería más abominable.

—Entonces, Padre, ¿qué he de hacer?

—Cuando desees sinceramente reconciliarte con Dios; cuando quieras de veras que un sacerdote te absuelva, dejarás de vivir en perpetuo estado de concubinato.

—Fácil es el consejo, pero difícil la ejecución...

—Dios exige, a menudo, cosas difíciles. Sin contar que, en no pocas ocasiones, las cosas son difíciles por nuestra propia culpa.

—Padre, he de decirle que, en este caso, parece-me que Dios exige varios crímenes.

—Arrepíentete, hija mía, del sacrilegio, y explica respetuosamente qué quieres decir con ello.

—¿No le parece a usted criminal abandonar a un hombre que me ama con delirio, y al que mi huida arrojaría indudablemente en la desesperación y tal vez al suicidio?

—Si de veras te ama tanto, te complacerá y se sacrificará.

—Está dispuesto a complacerme si se trata de ir al Juzgado. Pero usted le conoce tanto como yo y sabe que es irreductible en cuanto a entrar en la Iglesia.

—Si tu abandono puede inducirle al suicidio, la amenaza podría hacerle arrodillarse ante el altar. Aun para el más empedernido de los sectarios, la Iglesia resulta menos odiosa que la muerte.

—Señor sacerdote, ¿me está usted aconsejando una especie de chantaje?

—Señora; no aconsejo nada. Explico solamente las condiciones indispensables para que un sacerdote pueda absolverle. Sin tal requisito, ninguno se atreverá a ello.

—Bien; supongamos que me separo de Luciano y que no se suicida, o que mi conciencia no pueda acusarme de haberle sumergido en la locura; ¿ha pensado usted, Padre, en lo que sería de mí? No tengo oficio alguno y carezco de recursos pecuniarios.

—No tengo que examinar este aspecto.

—Muy bien, señor de Sourdoulaud. Deliberada o inconscientemente, me está usted empujando a la prostitución.

—Me estremece usted, señora. Sin embargo, mi religión y mi carácter sacerdotal me obligan a hablar como he hecho...

—Confiese, pues, que tanto su religión como el sacerdocio tienen un fondo inhumano.

—Sobrehumano, señora...

—¿Le parece superhumana la prostitución?...

—Creo, señora, que será mejor demos por terminado un diálogo que a nada práctico conduce, dado lo opuesto de nuestras tendencias.

Pero ella insistió:

—Desde hace unos instantes usted me llama señora y yo a usted señor. A pesar del lugar en que nos hallamos y de las actitudes que éste impone, hemos dejado de ser una penitente y un confesor para pasar a la realidad y trocarnos en un hombre y una mujer. Como hombre, pues, interroge usted a su conciencia, no a sus prejuicios de católico y de sacerdote y vea que su consejo no era adecuado.

—Señora, no puedo aceptar tales distinciones. Co-

metería un pecado mortal si pensara y hablara olvidando que soy un sacerdote.

—¿Y no es pecado empujarme a la prostitución? Y si, al realizar los consejos de usted, ocasionara la muerte de Luciano, ¿no sería peor todavía? ¡Ah!, tiene razón mi marido, no poseen ustedes corazón ni sentidos, nada tienen de humano. Para llegar a ángel, de acuerdo con la frase de Pascal, os animalizáis. A fin de no dejar de ser sacerdote en todos sus pensamientos y palabras, se convertiría usted, fríamente, en un asesino y en un proveedor de burdeles.

Y, sin aguardar respuesta, levantóse asqueada y abandonó el antro del catolicismo, en donde se aconsejaba la perfidia y la traición en beneficio de una organización sacerdotal, asfixiante y deformadora.

# Matrimonio y adulterio

Leonardo

No de ahora, sino de algún tiempo a esta parte, varios autores de reconocido mérito han afirmado que la institución matrimonial, por sus fundamentos artificiosos, por las restricciones que lleva aparejadas y por ese sentido de «servicio obligatorio» que se le ha dado, estaba en franca decadencia.

Es innegable, en efecto, que el matrimonio, cuya función teórica consistiría en la comunión de dos afinidades unidas por el amor, y cuyos mutuos goces no excluyeran el placer de la variedad, hase convertido, por obra y gracia de las religiones, de los códigos y de las conveniencias, en un instrumento de dominio para el hombre y en un yugo insoportable para la mujer.

El matrimonio, tal como se entiende en la actualidad, instituido por las escuelas —religiosas o laicas— que ejercieran, o aspiraran a ejercerlo, el dominio, y sostenido con un andamiaje de fórmulas inconsistentes, todas ellas contrarias al amor, ha llegado a un estado tal de descomposición íntima, que nos es forzoso, imprescindible, declararlo abiertamente en quiebra.

Para sostener a toda costa esta institución social, que va muriendo paulatinamente, los entes retardatarios —fósiles morales— han recurrido a la ley del divorcio, que no pasa de ser un paliativo, relativamente eficaz a veces, que prolonga la escasa vitalidad del vínculo matrimonial. Han echado mano, también, a la respiración artificial de «las buenas costumbres», que, en definitiva, no lo son tanto como se pretende, puesto que exigen de la mujer —casada o soltera, pero con más

insistencia de aquella— sacrificios sin cuento y multitud de renunciamentos desgarradores.

La sociedad, amparándose en lo que se ha dado en llamar «buenas costumbres», tortura abominablemente a la mujer y la obliga a renunciar en absoluto al principal motivo de perfeccionamiento y de dicha que posee. Para mantener la estabilidad de los dogmas sociales, hase creído necesario el sacrificio de la personalidad femenina y se ha llegado a negarle los más elementales atributos de humanidad. De esta manera, la virtud se ha convertido en un holocausto que nos habla, quedamente, del martirio constante y pertinaz de la mitad del género humano, sometida, arbitrariamente, a la esclavitud matrimonial...

Si nos fuese dado penetrar en lo más recóndito del sentimiento de las mujeres que sufren el tormento de no querer a sus maridos, nos daríamos perfecta cuenta de que son seres cuyo corazón, poco a poco, va agotándose en la inútil, pero constante, lucha entre su instinto —que las impele hacia otros amores— y el falso deber, mero convencionalismo, que las retiene, a pesar suyo, en el tálamo del dolor.

Así, en la plenitud de la vida, la mayoría de ellas se sienten incapaces de los gozosos estremecimientos de la feminidad libre y expansiva y han de resignarse a ver transcurrir los días, los meses y los años en la inacabable monotonía de un hogar sin calor y sin vitalidad, sujetas a los caprichos de un hombre que, para ellas, nada significa ni representa, puesto que entre am-

bos no hay un lazo de amor, o, a lo sumo, sólo existe el recuerdo de un idilio fugaz que desapareció para no volver.

\*\*\*

Los enemigos de la emancipación sexual femenina no cesan de lanzar, repetidamente, envenenados dardos contra los pocos propugnadores de la tesis pluralista —quienes reconocen a ambos sexos la máxima libertad de disponer de su vida sexual— y afirman, en su afán de desprestigiarnos, que tanto la poligamia como la poliandria son depravaciones horribles del amor.

Nosotros, por el contrario, invocamos la ley natural, no escrita, pero intuída, que induce inconscientemente a todo hombre y mujer a sentir inclinación, simpatía o atracción —formas todas de un dormido deseo genésico— hacia un determinado ser del sexo opuesto, para demostrar que toda traba puesta a la manifestación espontánea y libre del amor acarrea, necesariamente, una reacción —rebelión— que se traduce en una exigencia irrefrenable de vulnerar lo preceptuado.

Además —por lo expuesto y por otras razones que podríamos aducir—, afirmamos que es mezquino vivir toda la vida limitados a un mismo ser. Entiéndase bien, sin embargo, que glorificar el amor libérrimo no es destruir la belleza de los amores únicos. Reconocer la necesidad de pluralización, en muchos, no es negar la necesidad que otros sienten de permanecer unidos siempre al mismo ser. Nuestra aseveración presupone, única y exclusivamente, el deseo intenso de ver cómo el sexo, cual águila majestuosa, extiende sus alas y se remonta a las alturas inmarcesibles, donde nada ni nadie pueda manchar la pureza de su libertad, entera, amplia, integral.

Si los pensamientos y las acciones llegan a plasmar así, en esta comprensión armónica que facilitará la convivencia humana y la realización de los más fervientes postulados éticos, la especie podrá estar de parabienes y el amor sin trabas habrá realizado el prodigio.

Pero, al embriagarnos con las mieles de este triunfo, no olvidemos nunca que por encima de todas las consideraciones, de todas las conveniencias, está la dicha de amar y ser amado, que no puede negarse a nadie, que no debe, en ningún caso, constituir una excepción.

Y mientras llega la hora de ver realizadas éstas, que algunos llaman utopías, pensemos —como dijo magistralmente el poeta argentino— «en los hogares donde los besos no tienen la armonía de los gorjeos amorosos del nido». No olvidemos que son a millares los matrimonios que viven en el infortunio de no comprenderse, que se debaten en el infierno del desamor. La vida en común, en estos casos, es la vida triste y casi miserable —aun entre las mayores riquezas— bajo un cielo tormentoso en donde únicamente el niño —el hijo— logra enhebrar, a veces, un rayo de sol entre dos nubes...

Y, ante semejante calvario de dolor y de hastío, decíme si no es justo, si no es santo rebelarse contra la cadena de las «buenas costumbres» que consagran, enaltecen y glorifican la injusticia de vivir así.

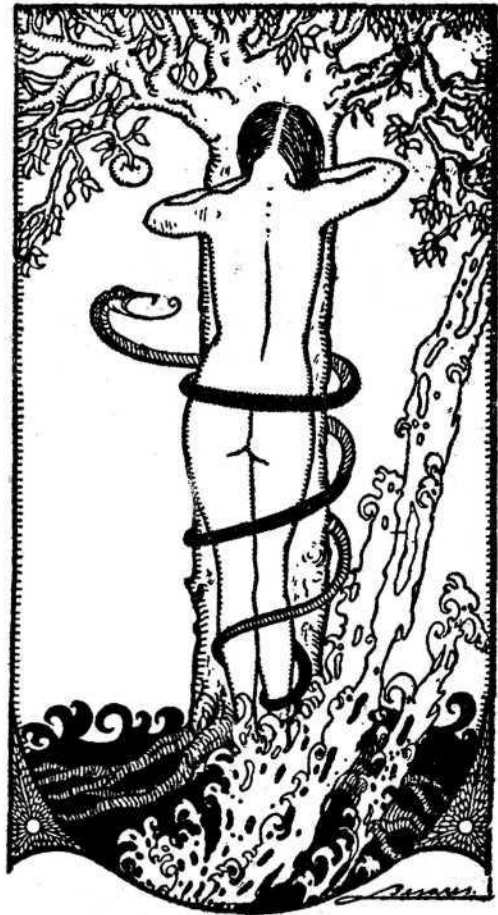
No es de extrañar, pues, que frente a este martirio lento, de todos los días, de todas las horas y de todos los minutos de la mujer, haya surgido una fórmula que

ha venido a ser como un bálsamo aliviador: el amor ilegal.

La mujer ideó amar a despecho de toda ley social, religiosa y moralista, es decir, se arrojó en brazos del adulterio, porque no halló en el matrimonio la esperada dicha del amor. Porque, en lugar de encontrar en esta institución legal la plena satisfacción de sus deseos, de sus sueños y de sus aspiraciones de fémina, encontró despotismo, obligaciones, sumisión y, lo que es aún peor, incompreensión.

Sólo un medio existe para salvar el hogar y para evitar el adulterio, y este medio es la libertad sexual. Todos los sistemas a que se recurra —fuera del citado— están condenados al fracaso y no lograrán otra cosa que prolongar los estertores de una agonía ya de por sí cruenta y dilatada.

Porque el amor es una función personalísima, ética, por sí misma, que, al modo de ciertos animales, muere en el cautiverio... y vive, se desarrolla y crece en la más amplia libertad.





# El problema sexual

Isaac Puente

Fuente fecunda de dolor y de infelicidad para el individuo, constituye el problema sexual, una complicación del problema económico, que sólo puede ser resuelto con una profunda subversión de la sociedad. Sobre él, y en lo que llevamos de siglo, se han escrito cientos de volúmenes, que han contribuido poderosamente a madurar el espíritu para las rebeldías emancipadoras. Es interminable la lista de tratados voluminosos, como los de H. W. Ellis, los de Iwan Bloch, los de Van de Welde, de Augusto Forel, de Hardy, de Marestan, de Lorulot, de Mayoux, los de la doctora Stopes, los de Lindsey, etc., etc. Dedicados, todos estos libros, a remediar la profunda ignorancia en que siempre ha estado envuelta la sexualidad, inspirados en una sana finalidad y al servicio de una misión científica, nada tienen que ver con la peste de libros pornográficos, escritos con un fin mercantil, y que si resultan nocivos, no es por la dosis de perversión que encierran, sino por el hambre sexual y la lujuria insatisfecha de las manos en que caen.

La hipocresía social en que vivimos no se escandaliza de que la miseria reine en los hogares, sino de que se manifieste en la práctica de la mendicidad. Con tal de que permanezca oculta, no le importa la existencia de una monstruosidad, aunque revista las proporciones de ésta que vamos a analizar aquí. En nada como en esto hemos aprendido el arte del disimulo y la táctica de la ocultación, y el mal quedaría en el secreto del individuo, si la necesidad no obligara a contárselo al médico y la ofuscación no llevara con frecuencia las cosas hasta el escándalo público.

Hasta aquí, la moral dogmática, que tenía en sus manos todos los resortes del Poder, ha estado basada en la negación del instinto sexual, en considerarlo como un pecado horrible y vergonzoso, que sólo es tolerable a la sombra del matrimonio y cuando va dirigido a la reproducción de la especie. Hasta el parto era como una mancha, de la que debía lavarse la mujer, acudiendo a la iglesia, en su primer salida de casa, para ser purificada, mediante la luz de una vela y la murmuración de unos latines.

Pero el instinto primario, imperioso y vital, ineludible y avasallador, ha venido jugando la pieza a la moral, convirtiéndola en tapadera de los más turbios pensamientos y las más torpes desviaciones. Los jóvenes han escondido siempre su vicio solitario, como un delito vergonzante y monstruoso capaz de desatar las iras vengadoras del dios barbudo del Génesis. Pero el deseo

ha sido más imperioso que su débil voluntad y la vida ha terminado por afirmar sus imperativos, imponiendo lo que no puede negarse. En los internados religiosos, los padres han confiado a sus hijos, con la confianza de quien espera sustraerlos a todas las tentaciones de la carne. Mas la carne derrumba las débiles barreras y se adueña de las juveniles voluntades, corrompiéndolas en el contagio mutuo de desviaciones y en la práctica de muchas perversiones. La misma escuela de perversión sexual es el cuartel, el campamento y el presidio, en tanta mayor medida, cuanto más severa es la prohibición y el apartamiento del otro sexo.

Se educa a los jóvenes en la más espesa ignorancia. No se les ilustra sobre el menor peligro, ni se les da un consejo que pueda serles útil. No se les deja otra salida que la prostitución, en la que acechan terribles enfermedades, incurables en su mayor parte, porque se esconden como una vergüenza más, como la patente de un delito.

Así llegan con una tal ceguera, con ideas equivocadas, o con perversiones o enfermedades de matute, al matrimonio, donde esperan saciar sus apetencias sexuales y donde cosechan lluvia de hijos y un yugo del que nunca podrán desunirse.

Nadie como el médico ve toda la magnitud de los estragos que produce esta moral. Perversiones sexuales, desequilibrios genitales, trastornos mentales, enfermedades venéreas, hijos defectivos, reproducción de enfermos y anormales, un océano infinito de dolor evitable.

Después de la época ominosa de la Dictadura, que entorpeció la exposición de estas ideas y tuvo animadversión manifiesta hacia cuanto pugnaba con la moral, el advenimiento de la República, viendo en sus puestos destacados a hombres que combatieron en favor de las nuevas ideas sexuales, concebimos ciertas ilusiones. La misma Liga Internacional para la Reforma Sexual, que interpreta este movimiento mundial en favor de la emancipación sexual, creímos tendría en España su núcleo de avanzada, su sede adoptiva. Pero en el transcurso de año y medio de República, nos da el siguiente raquítico balance: Aprobación de una ley de divorcio, tímida y restringida, que precisa de un largo expediente para rendir eficacia en los casos en que es aplicable. Abolición de la reglamentación de la prostitución, lo que desde hace cincuenta años propugnaba, por compasión hacia la hetaira, Josefina Butler. Castigar como delito el contagio venéreo y obligar, bajo multas, a su curación. Creación de una Liga Española para la Reforma

Sexual sobre bases científicas, de la que ya nos hemos ocupado, para zaherirla, en estas páginas.

No podemos estar satisfechos, ni menos aún confiar en lo que paso a paso puedan ir haciendo estos hombres que figuraron en la avanzada de las reivindicaciones sexuales y que llegaron a escribir libros que hubimos de elogiar en su tiempo.

En el tercer Congreso Panamericano de Ciencias, celebrado en Lima el año 1925, el profesor Luis Jiménez de Asúa, el actual presidente de la Comisión de Códigos, mentor de la República en la Reforma Penal, se atrevió a defender, no sabemos si por alarde de sus ideas progresivas, una ponencia sobre el «aborto autorizado», que consideraba legítimo en éstos tres casos: 1.º, de orden jurídico, cuando «colisionan» la vida de la madre y la del feto en un parto difícil; 2.º, eugenésico, cuando se trata de embarazos de mujeres idiotas o dementes, o debidos a uniones incestuosas, y 3.º, sentimental, cuando se refiere a mujeres violadas, en forma tan trágica y dolorosa, que el aborto es el solo medio de reparar el tormento moral de la embarazada. Han transcurrido siete años, en la legislación rusa se ha legalizado la práctica del aborto, lo que ha resonado en el mundo entero, predisponiendo a las gentes para la Reforma, y don Luis Jiménez de Asúa ha patrocinado la aprobación por las Cortes de un Código Penal, que en su título 9.º, capítulo III, tratando del aborto, dice:

«Artículo 417. El que de propósito causare aborto, será castigado:

»1.º Con la pena de prisión mayor, si ejerciere violencia en la persona de la mujer embarazada.

»2.º Con la pena de prisión menor si, aunque no la ejerciera, obrase sin consentimiento de la mujer; y

»3.º Con la de arresto mayor, si la mujer lo consintiera.

»Cuando a consecuencia del aborto resultase la muerte de la mujer embarazada, se impondrán las penas respectivas en su grado máximo, siempre que hubiere mediado imprudencia y no correspondiese mayor pena, conforme al artículo 558.

»Artículo 418. La mujer que causare su propio aborto o consintiere que otra persona se lo cause, será castigada con arresto mayor.

»Artículo 419. Cuando la mujer causare su aborto o consintiere que otra persona se lo cause para ocultar su deshonra, incurrirá en la pena de arresto mayor en su grado mínimo.

»Artículo 420. El facultativo que abusando de su arte causare el aborto o cooperase a él, incurrirá, respectivamente, en las penas señaladas en el artículo 417 y, además, en multa de 2.500 a 25.000 pesetas.

»El farmacéutico que, sin la debida prescripción facultativa, expendiere un abortivo, incurrirá en la pena de multa de 500 a 5.000 pesetas.»

Como se ve, el Código Penal se pone a tono con la mentalidad dogmática de los médicos, que en el Congreso de La Coruña declaraban inmoral la práctica del aborto en todos los casos. Pero la torpeza del Código tiende, más que a evitar el aborto, a evitar que los médicos sean quienes lo practiquen, pues a éstos se les castiga, además de con prisión o arresto, con multa, lo

que dará por resultado el que la mortalidad y el estrago causados por esta operación se aumenten. Ya que la práctica del aborto es inevitable, y puesto que está demostrado que la penalidad no logra restringirlo, lo racional y lo prudente sería procurar, como lo hace la legislación rusa, que sean los médicos, y aun mejor los ginecólogos, quienes lo lleven a cabo, ya que esto es la mejor garantía contra el peligro de mortalidad y de invalidez genital que el aborto lleva consigo.

Esto es cuanto podemos esperar de los hombres de avanzada intelectual, metidos a políticos.

Con esto, y la promesa de reformas sucesivas llevadas a paso de cangrejo, se quiere que nos conformemos, y a cada paso se nos recuerda la época dictatorial para que la tomemos por contraste. A tanto equivale pretender que el hambriento se sacie con un mendrugo, y oponer al crecimiento progresivo de su apetito la consideración de las privaciones que padeció. Se nos quisiera tan agradecidos, que, a cambio de una pequeña concesión, renunciáramos a todas nuestras reivindicaciones.

Las leyes son siempre reaccionarias, se encaminan a frenar el progreso, a detener las exigencias de la vida, a acompasar la marcha evolutiva del espíritu humano. No podemos confiar en ninguna mejora que nos llegue por su conducto. No podemos reducir nuestras aspiraciones a que queden grabadas en los códigos, lo que supondría que estábamos dispuestos a esperar hasta que estuviesen superadas. Debemos pugnar por que las leyes y los códigos dejen de obstaculizar la marcha evolutiva de la Humanidad y el despertar emancipador de los pueblos.

El niño y el adolescente se revolverán en su ignorancia sexual en tanto confiemos en la mediación de las disposiciones legales, en tanto no se decida cada padre y cada educador a tomar la iniciativa en la educación sexual.

El joven no tendrá acceso a la satisfacción sexual en tanto predominen la moral y las leyes, en tanto la sociedad no revolucione por completo su organización y su mecánica.

La prostitución, legalizada o no, existirá mientras la mujer encuentre más cómodo, o más lucrativo, vender su cuerpo que alquilar sus brazos. Y las enfermedades venéreas se propagarán en tanto perdure la ignorancia sexual y en tanto subsistan los imperativos económicos que hoy restringen la curación. Los médicos no aprenderán a curar estas enfermedades porque la ley imponga multas de 500 a 5.000 pesetas al enfermo que abandone el tratamiento sin estar curado.

La mujer tendrá que hacerse valer para resolver su problema económico en el matrimonio, y en tanto carezca de independencia económica, no podrá emanciparse de su esclavitud secular al macho, ni del bárbaro prejuicio de la honra en la donceller.

Ni el derecho al aborto, ni el derecho a la información y a los medios anticoncepcionales, los pueden dar las leyes, ni los regímenes políticos, sino que han de tomárselo los individuos, derruyendo todas las instituciones que esclavizan al hombre, negándole hasta el derecho a conocer determinados conocimientos. No puede merecer ningún respeto una democracia y un libe-

ralismo que mantienen el *ocultismo* respecto a determinados conocimientos, como una ofensa y un insulto a la dignidad humana.

Y el problema sexual no podrá ser planteado plenamente en tanto otros problemas previos más fundamentales y urgentes, como el social, no logre ser resuelto por la implantación de un régimen como el comunismo libertario.

Entretanto, los extremistas seguirán sacando de quicio a los conformistas, llevando, hasta el desnudismo, su protesta contra la moral rancia, y difundiendo por todos los medios los conocimientos que la sociedad capitalista pretende mantener ocultos.

De este régimen político, en cuyo advenimiento pudimos concebir ilusiones acerca de posibles reformas del problema sexual, no tenemos nada que esperar. Ese modo de reprimir el aborto es lo bastante para juzgar de la mentalidad de los legisladores y de los frutos que pueden dar en adelante. Como el problema social, el sexual, que no es más que una consecuencia, será resuelto por la acción directa de los revolucionarios y de los extremistas, sin dejarlo en las manos prestidigitadoras del político.

#### EL OCULTISMO CIENTIFICO EN EL ABORTO

Incluso los libros de texto y los tratados científicos carecen de un estudio detallado de los medios abortivos, siendo difícil de adquirir en ellos, aun para el médico, el conocimiento preciso para aconsejar y obrar en los casos en que su práctica se nos impone por motivos terapéuticos, por razones eugénicas o por consideraciones sentimentales. Se hace, por lo tanto, de estos conocimientos, motivo de ocultismo, considerándolos como pecaminosos y repudiables.

La razón no puede amparar con ningún argumento que determinados conocimientos científicos deban sustraerse al conocimiento, haciendo como en la fábula del Génesis: un árbol prohibido que nadie debe tocar, bajo pena de condenación. Tal conducta no puede reposar en la razón humana. Cuando la moral religiosa imperaba en la Universidad y regía los destinos de las naciones, era disculpable y lógica tal condenación, que sólo en la moral dogmática y en el fanatismo religioso puede reposar. Lo que nadie puede concebir es en nombre de qué argumentos o en virtud de qué sofismas puede sostenerse en un Estado laico la inmoralidad del aborto, el ocultismo científico en que se le envuelve y la penalidad con que se le castiga.

Sólo puede sustentarse en el dogma repoblador. En la necesidad para el Estado de evitar el descenso de la natalidad y por ello la disminución de la población, con la consiguiente disminución del cupo militar, que es lo que, en definitiva, preocupa. Pero en la misma argumentación y con la misma lógica debe considerarse inmoral y perseguirse el anticoncepcionismo, puesto que conduce a la misma disminución de natalidad, y aun en mucha mayor medida. En nombre de este dogma de Estado puede perseguirse el aborto, inscribiéndolo como

un delito en el Código, pero lo que no puede hacerse, si no es pisoteando toda la tradición liberal y renegando de las luchas emancipadoras del espíritu, es la ocultación cuidadosa de estos conocimientos, sustrayéndolos, no sólo al pueblo, que sufre y paga, sino al mismo profesional médico.

Pase que se proscriba la práctica del aborto y hasta que se persiga su práctica por los peligros que encierra para la salud y la vida de la mujer embarazada. En esta postura, la única justa y defendible, no podemos menos de estar de acuerdo, pese a nuestra disonancia con todo el tinglado de la sociedad presente. Nos declaramos contrarios al aborto:

1.º Porque es fácil prevenirlo por el uso de los medios anticoncepcionales; y

2.º Porque representa un serio peligro para la vida y un origen de muchas afecciones genitales.

Pero al mismo tiempo, reconocemos que no es modo eficaz de evitarlo, sino, al contrario, de fomentarlo, la táctica seguida hasta aquí de ocultismo de los conocimientos anticoncepcionales y de ocultismo de los conocimientos que deben rodear la práctica del aborto; de castigarlo con sanciones duras; de fulminarlo en nombre de la moral; de anatematizarlo en nombre del dogma de Estado.

Nadie practica el aborto por deporte, ni lo hace en malas condiciones, pudiéndolo hacer en buenas, ni lo deja de practicar por miedo a todos los peligros reales e imaginarios.

Si el aborto resulta peligroso, no lo es por ser tal, sino por las condiciones desastrosas de clandestinidad y de ignorancia en que se realiza. Precisamente, por la ocultación en que se tienen los conocimientos científicos y el abandono en que lo dejan los profesionales. Su riesgo, que debe ser siempre menor que el de un parto, y que sería casi nulo llevado a cabo en clínicas operatorias y por especialistas, no se evita, castigando —como lo hace el nuevo Código Penal— en mayor medida al médico que al profano, ni haciendo escrúpulos morales ante su práctica, sino decidiéndose a autorizarlo y a ponerlo bajo el control y la seguridad médica.

Del número de muertes que acarrea el aborto y del número de enfermas y de inválidas genitales que deja, no es responsable la mujer que se ve obligada a recurrir a él, como el naufrago a agarrarse a una tabla salvadora, para huir de mayores males. La responsabilidad es para la profesión médica, que no sabe reivindicar su práctica, y para los Poderes constituidos, que necesitan incurrir en la arbitrariedad de su proscripción.

No hay por qué mirar al aborto, en cuanto causa de muerte frecuente y de enfermedades del aparato genital, de distinto modo que a la blenorragia o a la sífilis, o que a cualquier otra causa de dolor humano. La Medicina debe esforzarse en conocer sus causas, el modo de prevenirlo y los procedimientos para disminuir sus peligros y combatir sus complicaciones, instituyendo el tratamiento más adecuado, que siempre será el más científico. Lo mismo que pensaríamos de quienes castigarán al enfermo de venéreo a curarse por charlatanes y curanderos, considerándole, como se hizo en algún tiempo, reo de un delito, debemos pensar de la Medicina, que



## Estudios

ante la realidad amenazadora del aborto, decide cruzarse de brazos y condenar a quienes se ven abocados a él como apestados morales. Abandonado a la impericia y a la ignorancia, el aborto es de un peligro enorme y de una trascendencia lamentabilísima, como lo sería cualquier otra enfermedad.

La conducta adoptada por la Ciencia y la profesión médica, no evita un aborto. Pero hace, en cambio, que

tenga una resonancia inhumana, patológica y aun fatal. He aquí lo contraproducente y absurdo de la condena moral y del ocultismo científico en que se abandona al aborto.

Las consecuencias las sufren principalmente los desheredados. A los ricos nunca les falta un especialista de renombre que, a cambio de unos miles de pesetas, renuncie a su rectitud de conducta y a sus escrúpulos.

# La personalidad

L. Barbedette

Todos los hombres tienen conciencia de que forman una personalidad, porque se sienten distintos de cuanto les rodea y porque relacionan a un centro único la totalidad de sus estados mentales. Considérase a sí mismo y a sus estados, no como dos porciones independientes de la existencia, sino como una sola realidad vista bajo dos aspectos: uno, que le presenta al sujeto como unidad idéntica, y otro, el de sus fenómenos múltiples y cambiantes. Hase sostenido que el niño no tenía conciencia de su personalidad. Luys asevera que «los niños hablan de ellos mismos en tercera persona, como si se tratase de otro individuo, y manifiestan sus emociones o sus deseos de esta manera: «Pablo quiere esto», o «Pablo tiene dolor de cabeza.» Solamente de modo paulatino, y a causa de los incansables esfuerzos de una repetición constante, el niño logra comprender que el conjunto de su personalidad, constituida en estado de unidad, puede aparentar otra forma abstracta que aquella de un nombre propio, y que su módulo equivalente representase por las palabras «yo y mí». Es innegable que el niño habla de sí mismo en tercera persona, pero ello no quiere decir que carezca de personalidad, porque tanto sus peticiones enérgicas como sus lloros evidencian un egoísmo profundo y el invencible apego que tiene a su «yo».

Cualquier animal, por inferior que sea, manifiesta su voluntad de ser; y, según la acertada expresión de Lotze, el gusano que aplastamos opone su «yo» doloroso a todo el resto del universo. El egoísmo de los niños no es más que una forma del instinto de conservación: biológicamente, empero, es indispensable. Necesítase de una evolución lenta y gradual para que este sentimiento se precise y se trueque en la conciencia de la personalidad. El niño considera, en un principio, a

cuerpo, como una realidad distinta de las demás que le rodean. Y mientras que las sensaciones referentes a los objetos externos varían constantemente, las orgánicas son duraderas y siempre actuales. Cuando trasladase a un niño de una habitación a otra se da cuenta de que los muebles son diferentes, pero continúa viendo sus propios miembros y siente sensaciones internas y musculares idénticas. Desempeñan un papel importantísimo en el descubrimiento de su cuerpo las sensaciones dolorosas y táctiles: constantemente surgen obstáculos que se oponen al libre desenvolvimiento de sus músculos y provócanle sufrimientos; si toca cualquier parte de su cuerpo experimenta una sensación doble: nota que toca y que le tocan; en cambio, cuando se trata de un objeto exterior, la sensación es simple. Si añadimos a lo dicho la particularidad de que los demás cuerpos tan sólo podemos conocerlos por medio del nuestro, comprenderemos el estado de ánimo infantil.

Al comienzo, para el niño, los límites de su persona son los de su cuerpo. Nada tan interesante como estudiarlo recién nacido, cuando mueve sus manecitas, las mira fijamente o las introduce en su boca; y cuando procede de igual suerte con sus pies; a veces se muerde, estira violentamente su pierna o sus dedos. Así va conociendo, en una exploración meticulosa, su propio cuerpo. Luego se apercibe de que su propia actividad modifica los objetos que le rodean. «Por ejemplo — escribe Preyer —, a los cinco meses, el niño descubre que al rasgar un pedazo de papel se produce un ruido especial. Y aunque en tan tierna edad no puede formarse una noción clara de la causalidad, sabe, por propia experiencia, que puede producir una percepción visual y auditiva a la vez, puesto que, al rasgar el papel, éste disminuye de tamaño y produce ruido. La

**paciencia con que se entrega, después, a romper y rasgar se explica por la satisfacción que siente al ser causa de una modificación, y por la que le proporciona el transformar un periódico entero en pedacitos que son obra de su propia actividad.»** Más tarde, con el desenvolvimiento de la vida mental, modificase sensiblemente la idea que tuviera de su personalidad. Y al llegar a la adolescencia vuelve a modificarse, al igual que al alcanzar la edad adulta, puesto que el concepto de personalidad varía y evoluciona durante toda la existencia. Así llegamos a la conclusión de que nuestro verdadero «yo» lo forman nuestros estados psicológicos: alegrías, tristezas, deseos, ideas, juicios, etc.

Desde el punto de mira fisiológico, la personalidad se revela, sin embargo, como un resultado de la individualidad orgánica; es la traducción consciente de la misma, su representación mental. Ribot asegura que el sentido de la vida es, en cada animal, «la base de su individualidad psíquica». Sobre este principio de individuación, tan buscado por los doctores escolásticos, descansa, directa o indirectamente, todo lo demás. Podemos considerar como verosímil que a medida que se desciende en el estudio de los animales inferiores, el sentido del cuerpo va preponderando más y más, hasta el punto de que se convierte en la única individualidad psíquica. Y, en la medida de imperfección a que ha de sujetarse la individualidad orgánica, la personalidad psicológica es imprecisa: «Si dos seres, a partir del período fetal, hállanse parcialmente fusionados, pero sus cabezas, órganos esenciales de la individualidad humana, permanecen perfectamente diferenciadas, sucede lo siguiente: cada organismo deja de estar completamente limitado en el espacio y no es ya distinto de todos los demás; hay una parte indivisa común a ambos; y si, de acuerdo a lo que sostenemos, la unidad y la complejidad del «yo» no son más que la expresión subjetiva del unicismo y de la complejidad del organismo, debe haber, en tal caso, de uno a otro «yo» una penetración parcial, una parte de vida psíquica común, que no es privativa de un solo «yo», sino que es de «nosotros». Así lo confirma la experiencia.» En la vida animal, el progreso de la individualidad psicológica es paralelo al de la coordinación orgánica. La aparición de una conciencia agrupadora, favorecida por la división del trabajo y la vida nómada, en las colonias de individualidades inferiores, es ya el primer paso hacia una organización más perfeccionada.

El desarrollo del sistema nervioso, coordinador por excelencia, tiene capital importancia. Pero, en las especies inferiores, no hace más que operar una centralización imperfecta. «Entre los anélidos, los ganglios cerebroides que van de los nervios a los órganos de los sentidos parecen desempeñar las mismas funciones que el cerebro de los vertebrados. Pero no ha podido centralizarlas por completo, puesto que es evidente la independencia psicológica de los diversos anillos. Se ha comprobado que algunos «eunices» que pueden alcanzar hasta un metro y medio de longitud, muérdense la parte posterior de su cuerpo sin que parezcan sentir dolor alguno. La individualidad en estos casos es tan poco precisa, que puede verse entre algunos anélidos asexuados, compuestos de unos cuarenta anillos, for-

marse una cabeza de individuo sexuado al nivel del tercer anillo, la cual se provee de antenas y tentáculos, desprendiéndose finalmente del individuo para vivir a su antojo... En cuanto a los animales superiores, no precisa insistir, puesto que es sabido que la individualidad, tal como la entendemos vulgarmente, está constituida en ellos mismos y la representa el cerebro... Cuando ésta alcanza su mayor grado de elevación, localízase; acapara una parte del organismo, la que, por esta sola función, se erige en representante de todo el cuerpo. Por una prolongada serie de sucesivas delegaciones, el cerebro de los animales superiores ha logrado encerrar en sí la mayor parte de la actividad del agregado celular.»

Por lo que al hombre atañe, el cerebro se nos aparece como un coordinador de todos los centros secundarios, y el «yo» consciente antójasenos un eco psicológico de la unidad orgánica. Que así debe ser, lo demuestra el que las agitaciones y desasosiegos de la personalidad van ligadas a alteraciones de la cenestesia o de la fuerza motriz e incluso a anestias cutáneas. La histeria, que acarrea desórdenes marcados en la sensibilidad, determina, con frecuencia, el desdoble de la personalidad.

La memoria desempeña en las individualidades un señalado papel. Si el «yo» posee la noción de que es duradero, débese a que gracias al recuerdo, el pasado revive en el presente. Todos tenemos una historia que está compuesta por los acacimientos de los años pasados. A partir de los cuatro años de edad, el niño recuerda con complacencia algunos hechos pretéritos; y dice a menudo: «Cuando era pequeño.» El anciano, a pesar de las transformaciones experimentadas por su personalidad y por el medio ambiente, sabe que fué un muchacho a quien reñía y mimaba su madre, recuerda que vivió una adolescencia febril y atormentada. Las revoluciones más bruscas y profundas habrán podido modificar completamente su vida intelectual o sentimental, pero su personalidad no se ha roto; la memoria ha ido registrando y archivando todas las etapas y los cambios y agrupa alrededor del nombre los innumerables recuerdos de lo que fué. Se dan casos, especialmente entre los niños y las personas ambiciosas, en los que la representación de lo que serán más adelante, mejor dicho, de lo que quisieran ser, constituye, asimismo, un elemento importantísimo de la personalidad.

---

*Hay algo superior a la cultura y al arte: el artista mismo, que es el representante de la humanidad en todas sus aspiraciones. El poeta, que tiene el deber de dar forma a los sentimientos más delicados y de reducir los aspectos más extraños del espíritu humano al tipo primitivo, debe conocer a fondo todo lo que se refiere al alma y al espíritu, pues sólo después de haber almacenado en sí al universo podrá dar en sus obras una imagen de él. Goethe era una enciclopedia, y Shakespeare, una fuente de la Historia de Inglaterra.*

Bernard Shaw

No es generalmente la educación más que un pretexto bajo el cual los padres se libran de la perturbación, la vigilancia, el ruido y las preguntas incesantes de los niños. Por su parte, los que realizan este servicio persiguen casi siempre sólo fines particulares: los clérigos y los sectarios hacen prosélitos entre las generaciones futuras, las clases superiores, dividir y corromper a éstas; los maestros, ganar dinero.

Pero lo peor de todo no es que los padres traten de librarse de las molestias que les proporcionan sus hijos; lo peor de todo es la indiferencia que muestran por los métodos que emplean los maestros para librarles de esa perturbación.

¿Qué es lo que suelen hacer los maestros? Simplemente aprisionar al niño, tratándole como a un siervo sin derechos. Pero el maestro no se limita a ser un simple guardador de niños; además les hace aprender ciertas cosas, sean éstas juegos o lenguas muertas.

Y para enseñar estas cosas hay dos caminos: uno, la enseñanza; otro, el castigo. Este último es el procedimiento más fácil, y, por lo tanto, el más usado. Gran parte de la poca estimación que se tiene todavía al maestro y al profesor nace del abuso con que emplean los castigos, incluyendo en ellos los corporales.

Claro es que al niño no se le debe librar artificialmente de la coacción física como para hacerle creer que vive en un vacío moral; pero de esto, a obligar a los niños a que aprendan con golpes, hay una distancia considerable.

Es necesario, para remediar esto, elevar la preparación del magisterio y pagarle mejor. Un buen maestro está hoy, socialmente, tan bien considerado como un médico o un abogado.

En cuanto a los sistemas empleados en las escuelas secundarias inglesas de reservar la aplicación de los castigos corporales al director de aquéllas, o —según el sistema de Arnold— a los compañeros del alumno castigado, tienen estas desventajas: la primera, que el director aparece como una especie de verdugo supremo; y la segunda, que hace maestros perezosos y sin actividad.

La guerra ha revelado una ignorancia asombrosa en las clases gobernantes de Inglaterra. Y no sólo son ignorantes, sino que hacen frecuentemente un uso perjudicial de sus inteligencias.

Los alemanes han demostrado en la guerra tener tan malos métodos escolares como los ingleses; pero al menos respetan la educación y tienen una concepción intelectual de ella, mientras que los ingleses prefieren a los ignorantes e insolentes jóvenes bárbaros que mantienen

la reputación de ciertos colegios de Oxford y Cambridge.

La educación cívica no es posible sin discusión y controversia; con el maestro dogmático, con su libro de texto autoritario y su argumento de la palmeta o la imposición y sujeción, no hay nada que hacer aquí.

Se dice que en las escuelas sostenidas con fondos públicos no pueden enseñarse las materias de controversia, y esto hace que no se enseñe a los niños seriamente nada sobre Filosofía, Religión y Ciencia política.

...No es posible establecer una barrera entre la educación espiritual y temporal, como tampoco es posible hacerlo en el alma del hombre. Ahora bien; esa educación no puede ser dogmática, sino basada en la controversia. El estudiante debe ser informado de que hay, por ejemplo, una discusión entre weismanismo y bergsonismo, y después de oír los argumentos de ellos, debe adoptar una actitud frente a uno y otro.

La tolerancia, la libertad de conciencia y de expresión no son reconocidas por las personas que desconocen la Historia. Todos profesamos el más profundo respeto por la libertad; pero tan pronto como cualquiera quiere ejercerla, todos declaramos con horror que somos partidarios de la libertad, pero no del libertinaje.

Uno de los principales fines de la educación es prevenir al pueblo para que no destruya su propia civilización al no querer tolerar las novedades y herejías que la Historia muestra que se debían tolerar. Por consiguiente, es de una importancia extraordinaria que todos los ciudadanos sean educados en la libertad y la tolerancia.

La conclusión es que la educación técnica elemental y la educación cívica deben ser obligatorias; pero que la última debe tener carácter de controversia; y que la educación general, «liberal», debe ser voluntaria, aunque la comunidad debe proveer el material y las condiciones necesarias para ella.

Si el pueblo no tiene interés o capacidad cívicos, y, por consiguiente, no puede ser educado cívicamente, es absurdo concederle el voto o hacerle asequible a los cargos públicos responsables, como lo sería dar dinero a un niño incapaz de manejarlo...

...Y la educación cívica no significa la educación con ciega obediencia a la autoridad, sino la educación con controversia y con libertad, con buenas maneras y con valor, con escepticismo, con descontento y con afán de mejora, moderados no por el miedo de castigos manufacturados artificialmente, sino por las consecuencias genuinas, naturales, para ser afrontadas o evadidas, según el caso, a la luz de la benevolencia, del buen humor y del sentido común.



Gerardo de Lacaze Duthiers

La calumnia es una de las formas que toma la insignificancia para hacerse la ilusión de que existe, aunque es esta su apariencia más baja y peligrosa. Los hombres calumniaron siempre a sus semejantes por interés, por pasión y aun, en ocasiones, por placer, especialmente cuando los calumniados se hallan en un nivel superior por su inteligencia privilegiada o por su genialidad artística. Por lo general, la calumnia surge del envidioso, de aquel que no puede decir, inventar ni crear nada, el cual, para dar una sensación de actividad, dedícase a remover el cieno, se agita y arma escándalo. Cree que por este sistema va a interesar al Universo entero en sus proezas; se cree una parcela de autoridad, un fragmento de la justicia, una piedra miliaria del Templo de la Belleza, cuando en realidad, el calumniador, es tan sólo un *subhombre*.

Quien no tiene nada en el corazón ni en el cerebro es un ente dispuesto a realizar los quehaceres más repugnantes con tal de que con ello pueda salir de la oscuridad y encaramarse en el pináculo de la notoriedad. Toda la legión de imbéciles que pueblan la tierra se preocupa constantemente por ser «algo»; tiene interés en que se hable de «ellos» sea por los medios que fueren.

Los individuos, en lugar de tener como norma la sabiduría, el amor y la sinceridad, déjanse conducir por el interés, la maldad, el deseo de perjudicar y difamar al prójimo, a fin de realizar una labor nefasta desde todos los puntos de vista. De esta suerte hacen que la vida sea insoportable, que la sociedad se asemeje a un infierno y que las almas generosas sientan náuseas ante tal espectáculo y se decidan a aislarse cada vez más, renunciando incluso a la actuación atenuada.

La calumnia es un arma que está al alcance de cualquier majadero. Cualquier personaje ignaro puede ocasionar los peores desastres morales. Puede deshonorar a un hombre honrado e incluso inhabilitarle para la propaganda si los demás creen a ciegas el infundio. Un advenedizo cualquiera puede llevar a cabo una labor deprimente, incluso sembrar la desconfianza y la duda alrededor de un individuo probo y recto, con sólo emponzoñar la conciencia de los entes pasivos habituados a aceptar, sin previo control, las más absurdas y fantásticas especies.

Es corriente que el calumniador actúe en la sombra, pero, a veces, surge a la luz si ello ha de reportarle beneficios, por ejemplo: cuando puede proporcionarle un nombre y hacerle aparecer como un *paladín de la justicia*, cuando se sabe apoyado y alentado por los

aplausos de unos cuantos satélites, en fin, cuando es el altavoz de una camarilla. El calumniador quiere hacerse interesante a los ojos de los incautos, ejecutando acrobacias ante un público predispuesto a la truculencia.

La calumnia es la obra de gente de baja estofa. Es una venganza que se toman los ignorantes para aniquilar a los pensadores, a las personalidades que tienen un valor positivo. La única preocupación del rebaño, que, por lo general, se compone de ociosos, tontos y canallas, es calumniar. Además, los comunistas, al servicio de Moscú, han hecho de la calumnia un arma contra los más preclaros y rectos propagandistas ácratas, y, en no pocos casos —tanto en Francia como en otros países—, los propios anarquistas han prestado oídos a tamañas monstruosidades. Lo cual prueba que el comunismo realiza una política de rebaño y que bastantes libertarios hállanse al mismo nivel.

Siempre hubo calumniadores, individuos que con el fin de sembrar la discordia en campo ajeno procuraron arrojar la sospecha sobre aquellos individuos que no pensaban lo mismo que ellos o que habían realizado campañas contra la tendencia del calumniador. Y cuando la víctima —el calumniado—, sintiéndose fuerte y puro, se ha negado, con un gesto de desprecio, a desvanecer el «bulo», la plebe ha creído que su silencio equivalía a otorgar. Pero es que la multitud ingenua y los interesados en divulgar una calumnia ignoran que la sonrisa indulgente del hombre libre, su indiferencia y su arrogancia, son la expresión del desprecio que siente por quienes inventaran o propalaran la falsía, y, por tanto, no precisa defenderse. Por esta causa, aunque los calumniadores se ceban también en las personalidades fallecidas, prefieren atacar a aquellos que aún viven, y se arrojan sobre los débiles para vanagloriarse con una victoria fácil, o sobre personajes de renombre o de cierto valor intelectual, a fin de darse el gustazo de mortificarles y envolver el nombre del rival odiado en un marco de lodo.

Preciso es no confundir la sátira con la calumnia. Poner en la picota a los políticos farsantes y a los imbéciles que se creen hombres ilustres, no es calumniar. Perseguir, por medio del sarcasmo, la ironía y la crítica a quienes se rotulan representantes de los obreros con el fin de esquilmarlos, no es calumniar. A eso se le llama realizar una obra de justicia. Juvenal, en sus diatribas, no calumnia, sino que fustiga y corrige, saneando el ambiente. Hay que distinguir entre el crítico y el arribista. El primero es un artista, el otro es un despreciable político.

Avergonzar al calumniador, despreciándole, es la mejor actitud que puede adoptarse. Ponerle frente a su ignominia y descubrir los verdaderos móviles que le impulsaron a la bajeza es una labor útil.

El calumniador es aquel que acusa basándose en meras apariencias, sin pruebas concretas, tan sólo por deducciones arbitrarias y caprichosas, a veces por coincidencias insignificantes, que su mala fe o su odio aumentan en proporciones; y, con tan risibles datos, grita y gesticula, afirmando que posee pruebas aplastantes de la infamia del adversario. El calumniador, en vez de facilitar la obra justiciera, embrolla los asuntos y envenena las cuestiones. Es un maníaco que se pierde en detalles sin importancia, movido por un exclusivismo obsesionante, pero, en realidad, ve visiones.

\* \* \*

El calumniador sabe a ciencia cierta —cuando ha inventado él la especie— que aquel a quien acusa de las peores traiciones nada tiene que reprocharse, no ha caído en ninguna de las faltas que le acumulan; aunque hay calumniadores que «calumnian de segunda mano», es decir, basándose en lo que otro les dijera y en lo que su imaginación añade a los falsos informes sugeridos.

Beaumarchais pone en boca de Basilio esta célebre frase, ya por demás sabida: «Calumnia, calumnia, que algo queda.»

Y el cardenal de Retz, en sus *Memorias*, dice: «Este débil murmullo se trueca en ruido.» Queriendo decir con esto que para el profesional de la difamación lo interesante no es sólo dar origen a lo falso, sino darle proporciones gigantescas y transformarlo en batavola ensordecedora.

La calumnia inventa cuanto puede y procura siempre adicionar a sus falaces creaciones todas aquellas cosas que tienen apariencia de verosimilitud y pueden inducir a los demás a tomar en serio los más groseros absurdos. Esta mala cualidad la distingue de aquella otra plaga social que se llama maledicencia, que, sin llegar a la bajeza de la calumnia, cuida de divulgar y hacer público, repitiéndolo incansablemente a cuantos quieren oírlo, todos los datos que ha podido recoger acerca de las imperfecciones o debilidades del prójimo.

Diderot afirmaba que «la lengua del calumniador es más cruel y mortífera que el puñal de un asesino». Y ello es cierto, porque, por entereza moral que posea el atacado, la calumnia produce en su ánimo una herida de difícil curación. Otras variedades de la calumnia son la «emboscomanía» y la «espionitis», dos epidemias que causan verdaderos estragos entre los agregados sociales. Sus víctimas son tan numerosas, que renuncio a contarlas, y el daño que causan es, asimismo, inmenso.

¿Castigar al calumniador? ¿Desenmascararlo?... ¿Para qué? Por lo general el calumniador —refiérome al que inventa la especie, no al que la propaga, a menudo de buena fe y movido por un celo desmesurado— carece de conciencia y es imposible hacer que ésta condene sus acciones. Desconoce los remordimientos y no se hace ningún reproche. Y así, cuando se intenta demos-

trarle su falsía, lejos de reconocer su mala acción, se sumerge todavía más en la infamia, inventando nuevas especies.

Así, la solución adecuada parece ser la que recomendara nuestro inolvidable amigo Ossip-Lourié: «No defenderse.» Porque, como dijera con gran acierto Emilio Girardin: «La calumnia pasa, pero la verdad queda.» Mas, a pesar de esto, y aunque las personas sensatas desprecian tanto la calumnia como al calumniador, y aunque quien ha de sufrir sus consecuencias tiene la seguridad de que por sí misma habrá de desaparecer, esta plaga se ceba en no pocos individuos, causando estragos. Aniquila multitud de espíritus viriles y almas generosas; aísla a individualidades de mérito cuyo concurso a la obra progresista sería altamente benéfico. Y aunque el porvenir se encargue de desmentir al calumniador, y la pureza de los individuos resplandezca tarde o temprano, lo cierto es que, por desgracia, la calumnia nos amarga el presente.



# Al día con la Ciencia

J. M. Martínez

## LA EDAD DE LA TIERRA

No pasa día sin que la Ciencia pregunte a la Tierra: ¿Cuál es tu edad? Pero la madre Tierra guarda su secreto más celosamente que algunas mujeres guardan el suyo.

Pasó el tiempo en que la edad de la Tierra era cosa sabida y hasta el día y detalles de su nacimiento carecían de misterio. ¿Acaso el Dios creador no lo había revelado por medio de sus intermediarios los profetas y sacerdotes? Pero no todos los hombres quedaron satisfechos con una explicación tan simple, ni contentos con tener una madre tan jovencita de seis mil abriles. Y estos hombres, herejes y descontentos, comenzaron a interrogar a las rocas, a las estrellas y a las nebulosas... y pronto los seis mil años de la historia sagrada se convirtieron en millones.

En el siglo pasado, Lord Kelvin, generalmente considerado como autoridad en matemáticas y física, llegó a la conclusión de que la Tierra no podía tener más de unos cuarenta millones de años. Lord Kelvin basó sus cálculos en el tiempo necesario para su enfriamiento. Más tarde revisó sus cálculos aumentando la edad a la respetable cifra de cien millones de años.

Pero los geólogos que opinaban que Lord Kelvin se había quedado corto en su primer cálculo no quedaron tampoco satisfechos con el segundo, pues insistían en que la Tierra era todavía más vieja que todo eso. Sin duda las últimas afirmaciones del profesor Einstein debe haberles alegrado.

Hace un par de semanas que el profesor Einstein, en una conferencia que dió en Berlín, afirmó que la edad de la Tierra se elevaba a la friolera de 10.000.000.000 (diez mil millones) de años, basando su afirmación en la teoría explosiva del universo, según la cual nuestro universo se está expandiendo a una gran velocidad.

Como era de esperar, la afirmación de Einstein ha sido acogida con reserva. Para algunos científicos, la Tierra no está recibiendo muy buen trato a manos del famoso matemático y opinan que son demasiados años.

En resumen, la edad de la Tierra continúa siendo un secreto. Una cosa es cierta y positiva y en la que están de acuerdo todos los científicos, geólogos, físicos y astrónomos: y es que la Tierra no es una pollita de seis mil abriles, sino una matrona bien requetevieja.

## BIOLOGIA

Al parecer, los libros de texto de fisiología tendrán que ser corregidos de nuevo. Hasta ahora se nos había enseñado que los corpúsculos rojos eran los únicos por-

tadores del oxígeno, pero parece ser que tienen ayuda en su tarea.

El profesor Otto Warburg, ganador del premio Nobel y profesor de Biología en el Kaiser Wilhelm Institute, en Berlín, afirma haber descubierto otro fermento que también lleva el oxígeno a los tejidos.

## FISICA

En su lucha contra el misterio el hombre se ha visto limitado y estorbado por la debilidad de sus sentidos.

Querer arrancar a la Naturaleza sus secretos con sus sentidos desnudos, es como querer excavar la roca de Gibraltar sin otra herramienta que los dedos.

Ante este dilema, el hombre comenzó por construir aparatos que agrandasen sus sentidos.

Así nació el telescopio, el microscopio y otros aparatos que lo han provisto con ojos de gigante y con oídos más finos que la Naturaleza ha dado a ningún animal.

Entre los aparatos que la inventiva imaginación del hombre ha construído, hay uno que, aunque el más desconocido, ha sido bautizado por los científicos con el nombre de «Llave Maestra del Universo». Este maravilloso aparato es el espectroscopio. En su forma más simple, este aparato no es más que un prisma que descompone la luz del sol o de cualquier otro objeto en sus componentes colores. El arco iris, por ejemplo, es el espectro del sol. En este caso la descomposición de la luz solar es llevada a cabo cuando la luz del sol atraviesa las gotas de lluvia, las cuales actúan como otros tantos innumerables prismas, mostrándonos los más bellos colores allí donde nuestros ojos no perciben más que una luz sin color.

Hace cincuenta años que Lockyer, después de estudiar el espectro del arco eléctrico y sus chispas y la luz de las estrellas, llegó a la conclusión que en las chispas del arco eléctrico, así como en las estrellas más calientes, los átomos eran descompuestos en productos que daban líneas espectrales diferentes. Esta generalización fué confirmada cuarenta años más tarde por el desarrollo de la teoría de la ionización.

Apenas se descubrió el espectroscopio ya fué conocida la composición de los cuerpos celestes. La distancia no es obstáculo al «ojo mágico» de este instrumento. Basta que reciba la luz del objeto para que sus componentes sean conocidos inmediatamente. Sin él no sabríamos que la atmósfera de Marte contiene oxígeno y vapor de agua, o que la de Venus no contiene señales de estos dos elementos. Sin él tampoco hubiese sido posible identificar sesenta elementos en el sol.

El espectroscopio, como todos los demás aparatos,



ha sido continuamente perfeccionado. El Instituto de Tecnología, de Massachusetts, está orgulloso de poseer la última palabra en espectroscopios. Su presidente, Karl T. Compton, espera arrancar muchos secretos a la Naturaleza, especialmente, respecto a los átomos y su estructura, contra los cuales la Ciencia está enfilando sus piezas de artillería más gruesas.

Los resultados ya alcanzados ensanchan las esperanzas para el futuro. La teoría Bhor-Rutherford, por ejemplo, según la cual la estructura atómica es parecida al sistema solar, con electrones en moción orbital alrededor de un núcleo, está basada principalmente en el estudio del espectro de los átomos.

El efecto «Zeeman» también ha dado mucha luz sobre la composición de los átomos. Zeeman descubrió que las líneas espectrales, emitidas por un foco puesto en un fuerte campo magnético, son divididas en sus componentes polarizados, mostrando cualidades comunes a todos los átomos, e insinuando la presencia en su interior de cargas eléctricas en movimiento.

Algunos detalles de la construcción del laboratorio y de la instalación de los aparatos dará al lector una idea de lo delicado que es el espectroscopio.

El laboratorio consta de diez cuartos y está construido como una caja fuerte. El laboratorio propio es un edificio contenido dentro de otro edificio y completamente aislado del exterior. Un espacio de seis pulgadas de aire separa los dos edificios. Las paredes son de un espesor de cuatro pies, parte de ladrillo, ocho pulgadas de corcho (este material es muy buen aislador), un espacio de aire y cemento. No existen ventanas ni columnas. La temperatura es controlada automáticamente y no puede variar más de la décima parte de un grado Fa-

renheit. Esta temperatura tiene que ser continuamente 68 grados F. La humedad del aire también tiene que ser constante. De ahí la falta de venas. Todas estas precauciones son necesarias para asegurar que los resultados de las investigaciones no son influenciados por objetos externos como vibraciones y cambios de temperatura.

El espejo que refleja la luz tiene un diámetro de seis pulgadas, y está rayado con 90.000 líneas hechas con un diamante, o sea, 15.000 líneas por pulgada. Si la cosa parece fácil, tratad de duplicarla. La recomendamos al lector como un buen ejercicio para desarrollar paciencia. Al caer la luz sobre esta especie de enrejado es descompuesta en los colores del espectro y reflejada en varios ángulos sobre placas fotográficas.

En otra parte del laboratorio está instalado el «ojo eléctrico». Este «ojo eléctrico» lleva a cabo una multitud de tareas que hasta su descubrimiento sólo el hombre podía cumplirlas. En el Holland Tunnel de New York, por ejemplo, cuenta los automóviles que pasan por delante de él. En algunas carreteras donde está instalado, cuando un automóvil pasa delante del «ojo eléctrico» a una velocidad prohibida, el «ojo» manda una señal a un policía situado como a una milla de distancia; así es que, cuando el coche llega al policía, el automovilista es arrestado, aunque entonces vaya a la velocidad que marca la ley. Este «ojo» también elige colores, vigila cajas de caudales y lleva a cabo otra multitud de tareas.

El doctor Brian O'Brien, del Instituto de Optica de la Universidad de Rochester, mantiene que ha construido un «ojo eléctrico» que ve la luz casi en idéntica forma como la ve el ojo humano.



## Apuntes

# Pánico en la Bolsa...

Benigno Bejarano

*El concepto del orden es tan estrecho en la pobre mente humana que no se le concibe sino como una teoría de fenómenos que desfilan y se suceden rígidamente ante nuestra vista miope.*

*El pensamiento equivoale a la representación de la armonía, no ha nacido aún en el cerebro del hombre.*

Mucha gente ha hablado en estos últimos tiempos del desastre financiero de la Casa Hardin, Jundell y Compañía; de la repercusión económica que tuvo entre miles de huérfanos y viudas y del suicidio misterioso de los dos principales jefes del Establecimiento bursátil en quiebra. Pero estoy seguro de que nadie, absolutamente nadie, ni aun los periodistas que asistieron

con el juez de guardia al levantamiento de los dos cadáveres, ha penetrado el oscuro origen de la famosa ruina.

Cuando yo lo divulgue a través de estos renglones informativos, sé que ha de llover sobre mí una muchedumbre de anónimos cargados de dicerios, de amenazas y de maldiciones, así como probablemente una citación judicial para que declare en el proceso que se sigue contra los cadáveres de los señores Céspedes y Heredia, a quienes la Justicia ha venido interrogando hasta ahora sin un éxito perceptible.

Nada me detendrá, sin embargo. Me atribuyo el papel de divulgador entre ese gran público que merodea con la nariz dilatada en torno a los más sensacionales misterios, y ese papel ha de ser desempeñado por mí a toda costa.

Sébase, en primer lugar, la falsedad de aquella fuga simulada por uno de los burócratas de la Casa, con la que se nos invitó a sospechar que la ruina de la Banca Hardin, Jundell y Compañía había sido consecuencia de los doscientos mil francos que dicho burócrata se llevaba en los bolsillos. Nada menos exacto que este detalle. En los bolsillos de aquel honorable y cómplice funcionario fugitivo solamente iban 5.000 francos, entregados amablemente por el Gerente del establecimiento en quiebra, y una carta con instrucciones que debía ser abierta al llegar a Singapur. La carta contenía nada más que esta laconica orden: «Suicídese al llegar a puerto.» El funcionario cumplió con su deber, del cual tenía un elevado concepto. Tampoco es verdad aquella versión que atribuye la ruina a una repentina baja de valores en la Bolsa de Londres, y mucho menos es cierto, como se ha pretendido hacer creer al público con censurable mala fe, que la bancarrota ocurriera como consecuencia de haber nombrado el día anterior consejero de la Empresa al eminente economista señor Carner, nuestro ministro de Hacienda. Me hallo especialmente autorizado para desmentir esta versión, porque me consta que el señor Carner no tuvo tiempo de intervenir en la orientación financiera de la importante Casa. No creo que se pretenda atribuir al distinguido matemático el poder de la «jettatura» a distancia.

No; todo cuanto ha circulado por ahí son especies sin ningún valor a la hora de proclamar ante el mundo la verdad. La verdad esta: La Banca Hardin, Jundell y Compañía consumió su ruina, involuntariamente, un sábado, a las cinco en punto de la tarde, con ocasión de la búsqueda meticulosa, sañuda y alucinante de siete céntimos y medio que faltaban en la contabilidad del libro Mayor de Caja. Me he expresado mal: La Banca Hardin, Jundell y Compañía sucumbió en el cumplimiento financiera le estaba asignado: en la batalla inmemorial de los números.

Se hace necesario pasar ahora a conocer los detalles del hecho, porque sin esta valiosa aportación, es posible que hasta los iniciados dudasen de que un Establecimiento de Crédito haya podido perecer a manos de siete céntimos y medio, cifra irrisoria para los que no tenemos dos pesetas, pero importantísima en el equilibrio de una empresa financiera que maneja sumas de millones.

La falta de los siete céntimos y medio fué advertida por el funcionario Conrado López al hacer la suma de las imposiciones efectuadas durante la tarde de aquel sábado memorable. Creo ocioso decir que López era un funcionario modelo, así como que su cerebro estaba tan habituado al cálculo que podía permitirse el descanso y la satisfacción de hacer sumar a su subconsciente. Freud mismo negaría este aserto, lo sé; pero los distinguidos burócratas que pasen sus cansados ojos por estas líneas abonarán con una sonrisa aprobatoria mi afirmación.

La contrariedad del señor López fué doblemente grande por cuanto, además de significar un fracaso de sus aptitudes profesionales, le hacía perder aquella noche la partida de dominó, jugada invariablemente todos los sábados, desde hacía veinticinco años, con otros funcio-

narios adscritos también a la misma inalterada costumbre. Previó los comentarios que se harían a costa de su ausencia y tuvo la seguridad mortificante de que aquella sería atribuida a la verdadera causa que la motivaba. Esta convicción le hizo llegar completamente alterado al final de la décimosexta operación que verificaba sobre la rebelde partida. En este momento entró en el departamento el jefe de Oficinas. Eran las cinco y veinte, en punto.

—¿Que hace usted, señor López?

El probo funcionario informó al pundonoroso jefe de la dificultad surgida a última hora. Calóse unos lentes de oro de catorce quilates el señor Heredia (obsérvese que los apellidos de los funcionarios son menos corrientes a medida que aumenta su categoría) y pasó la vista y el índice sobre la imponente columna de números.

—Es curioso... —contestó volviendo a enfundar los lentes—. No son más que siete céntimos y medio. ¿Ha repasado usted la suma de los descuentos en «Pagos»?

—Seis veces.

—Vuelva usted a restar la diferencia entre las imposiciones y el crédito flotante. Hay que cerrar la Caja con ese déficit resuelto. Avise usted que le traigan aquí la cena y cárguela en «Imprevistos».

El señor López sumó diez veces más y luego se hizo llevar la cena del restaurante más próximo, cuyo precio cargó en «Salidas».

A las diez de la noche reapareció el jefe de Oficinas, que volvió a sumar con su índice y sus lentes.

—¡Cómo es esto! —inquirió—. Ahora encuentro una diferencia de quince pesetas más...

—Es la cena, señor—contestó el funcionario.

—¡Ah! Muy bien. Consígnela en su casilla, para que no haya entorpecimientos. Y siga usted. A las doce volveré por aquí con el director.

Conrado López se abismó nuevamente en la función de reunir cantidades. A las doce de la noche entraron el jefe de oficinas y el director. La suprema autoridad del Banco vestía de luto, usaba lentes de oro legítimo y se llamaba don César Céspedes y Guatemala. Su aspecto aquella noche denotaba la honda preocupación en que le había sumido el accidente burocrático. De ordinario trataba con severidad, no exenta de corrección, a los funcionarios a sus órdenes. Pero en presencia de lo que acontecía, tuvo frases alentadoras y amables para el infeliz forzado que sudaba copiosamente sobre las amplias páginas del libro Mayor.

—¡Jesús! ¡Jesús! —suspiraba de vez en cuando el señor Céspedes—. ¡Las doce de la noche y la Caja sin cerrar!... ¡Qué desorden!

En este momento entró un ordenanza, quien con cierta timidez, originada por la presencia del director, advirtió al señor López que se le estaban quemando las botas en la estufa.

El funcionario dejó vivamente la pluma sobre la mesa y atendió un momento a sus extremidades inferiores. En efecto, las botas del señor López habían sido consumidas.

—No se preocupe —le dijo el director—. Cárguelas en «Gastos».

El funcionario obedeció y continuó.

A las cuatro de la madrugada, cuando mayor era el silencio en el despacho del director, oyó resonar en todo el recinto una carcajada formidable seguida de algunas exclamaciones incoherentes y estentóreas. El director y el jefe de oficinas se precipitaron en el departamento del señor López y vieron a éste dando vueltas por la habitación en la actitud de un hombre que caza moscas.

Los dos jefes quedaron sorprendidos.

—¿Qué hace usted, señor López? —preguntó con inquietud el director.

El funcionario les dirigió una mirada extraña y contestó:

—Estoy buscando los siete céntimos, señor.

El jefe de oficinas y el director se miraron entre sí, comprendiendo la catástrofe. El infeliz funcionario se había vuelto loco.

—¡Pérez! —gritó el director asomándose a la puerta.

Un instante después apareció en la oficina el único ser que allí podía llamarse Pérez: el conserje.

El director le dió instrucciones para que retirasen de allí al enajenado y le mandó a buscar urgentemente al señor Ortiz, otro funcionario de la casa.

—Habrá que indemnizar—susurró el jefe de Oficinas cuando sacaban al señor López.

—¡Phs! No hay más remedio. Cárguelo usted en «Material inutilizado».

\*\*\*

El señor Ortiz, cuyo aviso urgente atendió en el acto, empezó a sumar a las cinco y veintidós minutos de aquella madrugada. A las seis menos cuarto de la tarde siguiente (el Banco había permanecido cerrado todo el día) sonó una detonación en el departamento de Oficinas y el señor Ortiz dejaba de sumar definitivamente. Se había suicidado.

—Nueva indemnización...—insinuó el señor Heredia.

—¡Qué le vamos a hacer! —suspiró resignadamente don César—. Lo esencial es que aparezca esa endiablada suma perdida.

Un tercer funcionario pasó a ocupar inmediatamente el puesto abandonado por sus dos predecesores.

Entretanto, en la calle se habían producido sucesos de decisiva importancia. Los periódicos del lunes publicaron en grandes caracteres estos títulos alarmantes: «Pánico en la Banca. Un empleado se vuelve loco y otro se suicida. Se desconocen las causas del *crac*.» A continuación, reseñaban algunos detalles exteriores de la tragedia, pero se reservaban el nombre del Banco que había sido teatro de los sucesos. No obstante, el instinto de las gentes se orientó enseguida hacia el establecimiento de Hardin, Jundell y Compañía. A las nueve de la misma noche, una cola de más de seiscientos acreedores extendíase a lo largo de las aceras del vasto edificio bursátil, cuyas puertas permanecían cerradas. Los más escalofriantes comentarios recorrían aquellas filas de gentes torturadas por la visión de la ruina y de

la miseria. Hubo también algunas escenas de dolor, oportunamente registradas por la Prensa.

Dentro, el director, el jefe de Oficinas, el Consejo de Administración en pleno y los 522 empleados subalternos, trabajaban febrilmente en la captura de aquella suma inverosímil, que había trastornado el equilibrio de una poderosa organización. Un miembro del Consejo de Administración se atrevió a insinuar que acaso fuera más práctico mandar al diablo los siete céntimos y medio y recomenzar las operaciones. Todos los circunstancias miraron con ojos atónitos al que había puesto tan inaudito absurdo, y, naturalmente, a las dos horas quedaba eliminado del Consejo.

A las nueve de la mañana del tercer día las puertas del Establecimiento fueron violentadas por la multitud; los miles de acreedores esgrimían en sus puños crispados los documentos de sus créditos, exigiendo la devolución del dinero. El director salió al vestíbulo para explicar ante aquella muchedumbre enloquecida por la codicia las causas a que obedecía el cierre temporal del Establecimiento. No consiguió nada. Rápidamente hubo de abrir las ventanillas de «Pagos» y organizar la retirada del dinero. Se hizo lentamente, procurando ganar tiempo con la esperanza de que la incógnita del libro Mayor quedase resuelta antes de que fuera demasiado tarde. Entre el ir y venir de aquellos rostros homicidas que se recortaban en los rectángulos de las ventanillas, el director danzaba de un lado a otro dando órdenes, como el capitán de un buque que naufraga. De vez en cuando entraba en el departamento donde se verificaban las sumas, para inquirir nuevas noticias. Estas eran cada vez más desalentadoras. A la falta inicial de los siete céntimos y medio se habían sumado, primero, las quince pesetas de la cena del señor López, las cuarenta y cinco pesetas de sus botas quemadas; cinco mil pesetas de indemnización a su mujer; otras cinco mil, para la del suicida; varios miles distribuidos en concepto de gratificación entre los empleados que realizaban las sumas, y quinientos mil, que los acreedores habían retirado a aquella hora.

A las tres de la tarde, el capital del Banco quedaba totalmente liquidado. Algunos centenares de víctimas sollozaban desgarradoramente en los pasillos con sus papeles inútiles en la mano.

En este momento, el director y el jefe de Oficinas se encerraron en una habitación, y el primero dijo al segundo, tendiéndole solemnemente la mano:

—Querido señor Heredia: La ruina está consumada; pero los principios quedan en pie. Ya sabe usted cuál es nuestro deber ahora...

El señor Heredia asintió. Momentos después sonaban dos detonaciones en aquella sala y los dos altos funcionarios quedaban tendidos en el pavimento, muertos..., muertos sobre su minúsculo concepto del orden.

Ahora, una última revelación para los curiosos: Los siete céntimos y medio fueron hallados en el manicomio donde se encontraba recluido el señor López; fueron hallados en forma de factura, naturalmente: los había empleado el probo funcionario en adquirir un lápiz para verificar la suma que dió origen a la ruina...

# Las nuevas auroras

Luis Huerta

El proceso terrible de impudicia erótica y de disgregación familiar, latentes en tantos sectores de la Humanidad moderna, no amenaza dar al traste —como dice el conocido polígrafo Edmundo González Blanco— con los intereses y con los ideales de la humanidad futura, sino todo lo contrario: está dando al traste, en el orden amatorio y doméstico, con todo lo actual, viejo de siglos, agrietado de errores, tambaleante de prejuicios, de infamias, de ignominias... Afortunadamente, la acción erosiva del tiempo facilita extraordinariamente la obra revolucionaria.

El mundo ha hecho un alto en el camino. La juventud de hoy, como el experto tripulante del submarino, dirige su periscopio buscando un nuevo paisaje ideal.

Desprecia el vivir burgués, cuya única meta se reduce a esto: LUJO Y LUJURIA.

Y la lujuria a base de *banquete* y *baile* en su expresión orgiástica. Y el lujo, entiéndase bien, sólo como escenario de la lujuria. En el fondo ¡todo lujuria!

El burgués auténtico es un verraco opulento. Busca la posesión de la hembra por el camino suyo: el *comercio*, que es siempre merma o fraude. El caballero feudal iba a lo mismo por la audacia, por el impulso bélico.

Pero la relación sexual, *consciente*, no es la posesión de la hembra por el macho, sino la noble compenetración entre el hombre y la mujer. ¡Compenetración, no posesión!

La evolución de la vida sexual es patente. Afecta la forma de *lucha* en el estadio feudal y la forma de *comercio* en la etapa burguesa. En ambos casos, siempre le va bien el estruendo, la aparatosidad y el escenario.

En cambio, la sexología ve las relaciones amorosas de los seres humanos como un *curso sexual* inteligente, para el que no se precisa ningún tribunal (clérigos, jueces, etc.) ni público (séquito «municipal y espeso»), sino simplemente competencia en los dos miembros que constituyen la pareja humana, que sabrá sustituir la coquetería femenina y la farruquería masculina por la común —«performance» eugénica.

El ideal, pues, no es la lujuria, sino el AMOR *consciente, responsable y libre*. Y creemos que esto no es degradación, sino superación del amor. Se es libre en cuanto se es responsable, y se es responsable en cuanto se es consciente. Precisamente al revés de lo que sostiene el postulado teológico del «libre albedrío». Un ser inconsciente carece de responsabilidad y, por tanto, de libertad.

De hecho, un inconsciente es un *subordinado*. Y de estos tipos —precisamente también— está invadido el actual régimen social, nacido del ejercicio democrático de las *elecciones* y de la actividad política —fraudulenta— de los *Parlamentos*. Pero en el nuevo régimen

social no habrá subordinados: será un mundo de COORDENADOS, que ejercerán sus funciones humanas —profesionales, sexuales y ciudadanas— por un sistema de SELECCIONES. Entonces ya no habrá Parlamentos; las nuevas leyes serán elaboradas en los Sindicatos. Claro que para llegar a esto se necesita suprimir las fronteras estatales y raer de la faz del Globo toda la necedad nacionalista. La Unión Mundial de Ciudades —ya en marcha— suplirá a las actuales naciones en franca decadencia.

Cuando el amor fué lucha bárbara o comercio fraudulento, sembró, como semilla del mal, la PROSTITUCION.

Cuando el amor sea concurso sexual inteligente y compenetración amorosa de la pareja humana, desaparecerá como por ensalmo esa vergonzosa plaga social.

Una nueva filosofía —¿integracionismo?, ¿perfeccionismo?, ¿raciovitalismo?, no importa ahora el nombre— canta, como la alondra, esta bella canción mañanera, que entusiasma a la juventud que hoy madruga espiritualmente:

«El hombre completo es aquel que sin renunciar al amor trata de comprender el universo.

»El que es un amante y un meditador.

»El que sabe apurar la última gota del licor de la vida y además se plantea la incógnita de nuestro destino.

»¡Goza, goza que pasarás! —dice la vida.

»¡Mira adentro y serás eterno! —afirma el intelecto.

»Y entre ambos se entabla un pugilato terrible.

»La inteligencia nos hace renunciar al placer.

»La vida condena la duda, que es la flor más exquisita del espíritu. El que renuncia al placer es un hombre seco, como un árbol sin jugo.

»El que ciega la fuente de la duda priva su existencia de sentido.

»No renuncies a nada; pero tampoco te engañes jamás.

»Ama, pero duda un poco de tu amor.

»Duda, pero ama tu dudar.

»Amor que no piensa es un amor ciego.

»Pensamiento que no ama es pensamiento muerto.

»Hay que conocer las cosas como son y luego aceptarlas según fueren.»

Esta inspirada página se debe a la pluma del joven pensador J. IZQUIERDO ORTEGA, que ha tenido la gentileza de brindárnosla. Hay en ella profundidad filosófica y fina transparencia ideológica. Es, por su estilo, diametralmente opuesta al confuso *idealismo*, ya superado, aunque todavía hay quien lo profese, pues, como dice el profesor J. Ortega y Gasset, «se ha convertido en un fetiche de la beatería cultural, de los negros de la cultura».



# La energía eléctrica en España

Alfonso Martínez Rizo

Noja Ruiz, analizando en las columnas de ESTUDIOS la economía española, con miras a la posible implantación del comunismo libertario, se manifiesta pesimista, a lo que le contestan documentadamente los camaradas Isaac Puente y «Observator». Nosotros queremos hacerle ver desde aquí las inmensas posibilidades de que disponemos en el campo eléctrico, capaces de alterar cuantos datos arroja la balanza comercial y de resolver el problema que nace de nuestra carencia de petróleo y de nitratos.

La industria eléctrica se inició en España de una manera formal a principios de este siglo, creciendo lentamente hasta 1910 y empezando en esta fecha, con notable intensificación en 1917, una época de acrecentamiento permanente y sólido.

En la actualidad sólo explotamos unos 2.400 millones de kilovatios de los 15.000 a 20.000 millones que pueden ser explotados de la energía hidráulica de nuestros ríos.

El factor de utilización es muy escaso, sólo del 22 por 100. Esos 2.400 millones de kilovatios hora en explotación, con dicho factor de utilización equivalen a poco más de un millón de kilovatios de potencia.

Dividiendo los 2.400 millones de kilovatios hora por los 24 millones de habitantes que tiene España, obtenemos una densidad de consumo de 100 kilovatios hora por habitante, cifra que puede ser comparada con las siguientes, correspondientes a diferentes países:

Francia...	150	kilovatios hora por habitante
Suecia ...	390	» » » »
Estados Unidos...	475	» » » »
Suiza ...	510	» » » »
Noruega...	550	» » » »
Canadá ...	870	» » » »

España necesita, pues, adelantar mucho en la explotación de sus recursos naturales para ponerse al nivel de otros países. Pero hemos de hacer notar que nuestra inferioridad nace, principalmente, de una defectuosa organización industrial, obra del capitalismo y sus miras egoístas, lo que no sucedería con el comunismo libertario.

Igual aquí que en todas partes donde el capitalismo impera, la atomización de esfuerzos, la competencia y el régimen caótico propios del liberalismo económi-

co, conducen a un pésimo aprovechamiento de las fuerzas naturales. Cada particular o cada empresa procura ordeñar las ubres de su negocio en forma de obtener el mayor rendimiento con el menor trabajo. Así, la industria eléctrica ha enfocado sus negocios en España sobre el alumbrado, en el que el fluido se vende a más alto precio, descuidando las industrias químicas y la electrometalurgia, en forma que en el aprovechamiento más elemental y desorganizado de la energía eléctrica, cual es el alumbrado, pero el más usurariamente productivo, vamos a la cabeza, ya que se calcula que de los 24 millones de habitantes, unos 18 se alumbran con electricidad, proporción que probablemente sólo está superada en Suiza.

Poseemos estadísticas completas en cuanto a la distribución de la energía en sus diferentes aplicaciones en Cataluña y en Francia.

Cataluña	Francia	Empleo
92 %	39 %	Luz y fuerza motriz
5 %	9 %	Tracción
1 %	20 %	Electroquímica
2 %	32 %	Electrometalurgia

Estas cifras son tanto más elocuentes cuanto que Cataluña es la región más industrial de España.

Ahora bien, veamos qué es lo que ocurre con la utilización de la energía hidroeléctrica en el alumbrado.

Durante el día no luce casi ninguna luz, el agua del río sigue corriendo y su energía es abandonada sin utilización. Durante la noche, hay horas en las que el consumo es enorme, decayendo luego hasta anularse casi por completo. También ocurre que, cuando más pedido hay de fluido para el alumbrado es durante el verano, que es cuando los ríos llevan menos agua, ocurriendo todo lo contrario en invierno.

Nace de aquí ese pequeño coeficiente de utilización. De las aguas de nuestros ríos sometidas a explotación para captar su energía, solamente utilizamos el 22 %. La energía correspondiente al 78 % restante es desaprovechada, dejándose correr el agua sin pasar por la turbina. Durante el día, toda la instalación, con todo el trabajo acumulado que representa, está perdiendo el tiempo. Los propietarios o los accionistas ganan lo suficiente vendiendo el fluido para alumbrado a una peseta

el kilovatio hora, o precio parecido, y no quieren más quebraderos de cabeza. Son así desperdiciados en España cada año, por incuria del capitalismo, 1.872 millones de kilovatios hora.

Ahora bien, el petróleo sintético, o sustituyentes de igual eficacia, pueden ser obtenidos utilizando la energía eléctrica por tres procedimientos.

Lo mismo decimos de los productos nitrogenados necesarios para abonar las tierras y para fabricar explosivos.

Además de esos 1.800 millones de kilovatios hora perdidos, hay posibilidad en España de obtener de nuestro sistema hidrográfico más de 17.000 millones de kilovatios hora cada año, realizando las correspondientes obras hidráulicas, a las que pudieran aplicarse los numerosos obreros en paro forzoso.

Además, sin tener en cuenta los lignitos que tanto abundan en España, en nuestras explotaciones carboníferas de las cuencas asturianas de Canda y Aller. de

Nalón, en Ponferrada y en Peñarroya, son extraídas cada año y arrojadas a las terreras más de 800.000 toneladas de carbones llamados *schlam*, mixtos y estériles que actualmente no tienen utilización, y tales carbones pueden ser quemados en calderas centrales modernas que permiten, previa pulverización, la utilización de carbones hasta con el 60 % de impurezas, alcanzándose un rendimiento de calderas hasta del 85 %, y balances térmicos totales de más del 19 %, pudiendo obtenerse de esas toneladas que hoy se tiran más de 800 millones de kilovatios hora cada año.

La utilización de nuestros carbones pobres en centrales térmicas, situadas en bocamina, sin gastos de transporte, permitiría, pues, en cooperación con la energía hidroeléctrica hoy desaprovechada por incuria del capitalismo, la producción de todo el petróleo y productos nitrogenados que necesitara España, sin necesidad de recurrir al extremo señalado por el querido camarada Isaac Puente de restringir el transporte por carretera.

## Goethe y Spinoza

Carlos Brandt

*Después de examinar cuidadosamente la historia de las generaciones, he encontrado que Goethe es la única mentalidad verdaderamente profunda y de vasto alcance que ha producido la Europa.—CARLYLE.*

*Goethe fué el primero de los grandes pensadores en dar a conocer al mundo la verdad de la filosofía de Spinoza.—MATTHEW ARNOLD.*

*Acaso no existan en la Historia dos genios tan afines psicológicamente como Goethe y Leonardo.—EDW. MC CURDY.*

*Llegará la época en que Napoleón será conocido como uno de los contemporáneos de Goethe.—VÍCTOR HUGO.*

Los hombres superiores lo fueron precisamente porque no convinieron en encerrar su criterio dentro de los estrechos límites de los prejuicios establecidos por la costumbre. Platón nos recuerda que «por encima de la patria está la Humanidad». Jesús no se hizo sacrificar por su raza, sino por el género humano. Pitágoras, Só-

crates y Diógenes no reconocían más patria que la Humanidad, y Leonardo, lo mismo que Spinoza, jamás llegaron a resentirse de ser considerados como extranjeros en sus propios países. La nota característica del verdadero sabio es la ecuanimidad, que es lo que nos permite ver las cosas bajo su aspecto eterno. Así fué Goethe un verdadero sabio, y si en política llevó él su ecuanimidad al extremo de ser llamado *ciudadano del mundo*, en religión, su espíritu se eleva a tan altas regiones que también se le habría podido llamar *ciudadano del Universo*. Para aquella exquisita mentalidad las palabras *religión* y *patria* no tenían el valor que el mundo mezquino les da. No creía él en patrias ni tampoco en religiones. Sin embargo, como *ciudadano del mundo*, nadie fué más patriota que él, ni como *ciudadano del Universo*, más religioso... «Su vida fué su mejor obra.»

No hay quien haya expresado en forma más bella y exacta su amor universal por todas las cosas que este poeta que define la felicidad como «la facultad de poder gozar con el bien ajeno cual si fuera propio», y que con Buda llega a cantar: «Veo que en la Naturaleza todas las cosas están unidas al Todo, pues las unas viven y actúan en las otras. ¡Oh!, qué sublime espectáculo se presenta ante la vista de los que pueden ver esa

maravillosa unión de la Naturaleza entera.» Otra vez explica el panteísmo de este modo tan claro: «La Naturaleza no tiene ni costra ni corazón, pues ella toda es costra y corazón a la vez. Examina ahora tu conciencia y ya me sabrás decir si tú eres corazón o sólo costra.» Reconoce su filiación en el mundo cuando exclama: «Tú me has enseñado a conocer a mis hermanos en los montes, en las aguas y en los aires.» Juzga, con su amigo Herder, que «mientras más puros son los pensamientos de los hombres, más concuerdan entre sí, pues la verdadera e invisible religión, a través de todos los pueblos y de todas las edades, es una sola»...

Por más que la crítica, al fin, ha llegado a reconocer en Goethe el padre del romanticismo literario, debemos convenir en que aún está muy lejos de haber hecho justicia al poeta que, por su inspiración, su universalidad y su profundidad, está llamado a ocupar el más alto sitio en la literatura universal, como bien lo observa Brandes. Sin embargo, es consolador recordar que durante el último cuarto del pasado siglo, y en lo que va del presente, se ha hecho notar cierta tendencia, no solamente en Alemania, sino en el extranjero, a hacer justicia al poeta de Weimar. Y precisamente en ese mismo período la crítica filosófica también ha venido insistiendo cada vez más en hacer reconocer en Spinoza el punto central de la filosofía. Parece como si no obstante ser tan opuestos en carácter, esos dos genios estuviesen atados con cadenas invisibles, pero tan estrechamente, que hiciese imposible elevar al uno sin que el otro experimentara correspondiente elevación.

Mas no debemos olvidar la enorme disparidad en el modo de ser entre el filósofo metódico y el poeta sentimental. Y si hay contraste en estos dos caracteres, mayor lo hay con respecto a sus costumbres. El uno, el filósofo, es un asceta: jamás se preocupa de su manera de vestir. En cambio, el poeta es un elegante, un perfecto *Beau Brummel*, y sus modales y buen gusto en el vestirse eran tan exquisitos, que es fama que cuando entraba a algún restaurante, los comensales paraban de comer para admirar el donaire y continente del poeta. Mas, a pesar de tal disparidad entre estos dos colosos, una idea sublime, pasando a través de ambos, los une con estrechísimos lazos...

El genio universal de Goethe tuvo una revelación cuando, siguiendo la insinuación de Jacobi, se comenzó a interesar por Spinoza, viniendo así a ser este último que proveyó aquella mentalidad con una religión que hace todos los credos y dogmas no solamente innecesarios, sino imposibles. El sereno fatalismo optimista de Goethe es proverbial: en el poeta se cumple a cabalidad la fórmula nietzscheana del *amor fati*, esto es, no solamente comprender el destino, sino también amarlo. Ese fatalismo optimista que jamás lo abandonó, llegó a ser la norma de su vida. En un corto tratado: *Goethe y su religión*, Ludwig Aub cita esta frase del autor del *Fausto*: «Yo me atengo cada vez más a la religión del ateísta Spinoza; dejadme con éste y quedaos allá con eso otro que os empeñáis en llamar religión... Spinoza demostró no solamente la existencia de Dios, sino que la Existencia misma es Dios.» Para Goethe no hay otra religión sino la que se alcanza por medio del arte y de la ciencia. Según él, la religión, la ciencia y el

arte son uno mismo, llegando a exclamar: «El que posea el arte y la ciencia, ya ese tiene su religión; mas el que no las posea, que se busque una religión.» Otra vez canta el panteísmo así:

*Was wäre ein Gott der nur von Aussen stiesse  
Im Kreis des Al am Finger laufen liesse;  
Ihm ziemt's die Welt im Innern zu bewegen...*

Para explicar la idea del determinismo panteísta tiene estos otros versos:

*Nach ewigen ehnen  
Grossen Gesetzen  
Müssen wir alle  
Unseres Dasein's  
Kreise vollenden...*

En su obra *Poesía y realidad*, hace Goethe la siguiente declaración: «El ser que influyó más decisivamente en mí y que estaba destinado a afectar toda mi manera de pensar, fué Spinoza. Después de haber buscado en vano por todo el mundo una filosofía que satisficiera mi temperamento, tropecé con la *Ética* de este gran filósofo. Me sería imposible siquiera dar una idea de lo mucho que aprendí con sólo leer por encima esa obra que luego tuve que releer muchas veces con atención. En ella encontré un consuelo para mis pasiones y, al mismo tiempo, a medida que la iba leyendo, me parecía que se abría ante mi vista una perspectiva sin fin, tanto del mundo sentimental como del moral. Pero lo que más me llamó la atención fué el noble desinterés que brilla en cada una de sus páginas. Este pensamiento: «Aquel que realmente ama a Dios, no espera que Dios lo recompense amándolo también», así como las proposiciones preliminares en que descansa y las consecuencias que le siguen, colmó de satisfacción las aspiraciones de mi imaginación... Pero no debemos olvidar que las uniones más íntimas son las de los caracteres más opuestos. La calma con que todo lo allana Spinoza contrasta con mi actividad impulsiva; su método matemático es la antítesis de mi sentimentalidad poética. Sin embargo, precisamente ese contraste —que se considera generalmente desfavorable en la adaptación para las mentalidades— es lo que me hizo el más entusiasta de sus discípulos; el más decidido de sus admiradores... Aunque hacía tiempo que ya había oído hablar de Spinoza, fué una invectiva contra él, lo primero que me movió a estudiarlo... Siempre agradeceré al autor de dicha diatriba, la oportunidad que me dió para interesarme por tan admirable filósofo, y nunca podré olvidar la tranquilidad espiritual y la claridad de visión que experimenté cuando leí las obras póstumas del noble pensador... Después de terminar de leerlo me di cuenta de que jamás había yo visto el mundo de una manera tan clara... Para mí, fué aquello una revelación que me hizo cambiar por completo mi criterio en general... Debo confesar que las ideas de Spinoza quedaron tan firmemente grabadas en mi imaginación, que ellas determinaron el curso de mi vida...»

¡Qué ironía! ¡Fué un detractor de Spinoza quien

hizo llamar la atención del poeta hacia el filósofo! ¡El autor de esa diatriba jamás se llegó a imaginar que involuntariamente le había proporcionado a Spinoza el más formidable de sus campeones, haciendo así, y también sin quererlo, un gran servicio a la Humanidad! ¡Dios te bendiga, oscuro detractor de Spinoza...! Hasta en esto se ve la mano del destino, demostrando patentemente el principio del determinismo panteísta que reconoce la necesidad de los hechos concluidos...!

La mayor dificultad con que tropieza la crítica al referirse a la influencia de las ideas, es poder aclarar o establecer la línea o dirección en que éstas se desarrollan, porque esa línea suele ser en veces tan tenue y confusa en apariencia, que generalmente se le pierde de vista, sobre todo si la crítica se deja arrastrar de los prejuicios o carece de las condiciones requeridas para saberla seguir, que es precisamente la misión que le está encomendado desempeñar. En la marcha del progreso son las ideas el factor decisivo; los hombres no son sino los instrumentos encargados de conducirlos. Esa importancia secundaria de los hombres es lo que hace que cuando dos autores en sucesión representen la misma corriente ideológica, no importa que el segundo no haya conocido la obra del primero, en ese sentido, para que la crítica, a la que sólo le incumbe hacer destacar la dirección de esa corriente ideológica, lo considere como continuador de la obra del primero. Sobre todo a Leibnitz y a Rousseau, les viene muy bien aquella irónica frase de Heine, que encierra una gran verdad: «Todos los filósofos modernos no han hecho más que ver por los lentes que pulió Spinoza...» Goethe vió también por esos lentes, pero fué de los pocos que tuvo la honradez de reconocerlo así.

Lo repetimos: la idea es lo esencial; los hombres no tienen sino un valor relativo, como los encargados, que son, de empuñar la antorcha ideológica a través de las edades para que no llegue a extinguirse. Los que meten más ruido al aplaudir una idea no son necesariamente sus mejores representantes. Quizá quien no la aplauda explícitamente sea implícitamente su mejor apóstol. La historia de las religiones, particularmente la del cristianismo, nos ha demostrado hasta la saciedad que los brazos encargados arbitrariamente de sostener un principio fueron casi siempre los menos adecuados al efecto, y que muchas veces la idea pudo continuar dando frutos, gracias al haber germinado su semilla en un huerto completamente ajeno... Y es, sin disputa alguna, esa tendencia moderna a hacer destacar las ideas, más que a sus representantes, contra la antigua que daba más importancia a los representantes que a las ideas, la principal, o acaso la única demostración que tenemos del progreso intelectual de la humanidad. Una prueba de ello la vemos en el principio ideológico que encadena el autor del *Fausto* al de la *Ética*.

La crítica conoce de la influencia que ejerció la filosofía de Spinoza en la literatura y hasta en la vida de Goethe, a quien Alfredo Kalisch llega a llamar «el más grande de los spinozistas». Otro crítico, Robert Gehring, nos demuestra cuán decisivamente influyeron en el padre del romanticismo literario las ideas filosóficas del panteísta Spinoza. *Fausto*, el poe-

ma más profundo que concibió mente humana, es la pura exposición del panteísmo en verso: la *Ética*, dramatizada... Allí están *Fausto* (la Ciencia), Margarita (la Naturaleza) y *Mefistófeles* (el Destino). *Mefistófeles* no es ni el Bien ni el Mal: «es solamente parte de aquella fuerza que siempre quiere el mal, pero que siempre crea el bien». Ello explica por qué la Naturaleza perdona a la ciencia de todo el mal que ésta le quiere hacer. El Mal, en fin de cuentas, no es sino el complemento del Bien. La sabiduría, el empeño en saber y su consecuencia, la libertad, son el corolario de la obra, pues vienen a romper la muralla en que nos tiene aprisionados el destino, gracias a la palabra mágica de la redención humana: el amor. Y esa es precisamente la columna en que descansa toda la filosofía del panteísta.

Así como en la *Ética* de Spinoza, también en el *Fausto* de Goethe, la clave de la redención humana está en el amor y en el empeño de saber y de superarse, según lo declara el mismo Goethe en conversación con Eckermann, al referirse a los siguientes versos que condensan la idea del profundo drama:

*Gerettet ist das edle Glied  
Des Geisterwelt vom Bösen  
Wer immer strebend sich bemüht  
Dem können wir erlösen.  
Und hat in ihm die Liebe gar  
Von Oben theilgenommen  
Begegnet ihm die se lige Schaar  
Mit herzlichen Willkommen.*

«La vida y el mundo —dice Kuno Fischer— son el purgatorio más grande que existe para purificar al hombre y levantarlo.» Y según Goethe, «sólo es digno de la vida, así como de la libertad, el que se los sepa ganar diariamente... la acción es todo; la gloria es nada... El tema del *Fausto* es la caída y redención del hombre, por medio del amor; es el mismo tema que simboliza en cierto modo la pasión de Cristo, y exactamente el mismo que sintetiza el panteísmo de Spinoza. Para complemento, las ciencias biológicas nos confirman el hecho de que el hombre no puede progresar si no es por medio del sufrimiento. Este último es una condición de la existencia humana y prerequisite de la evolución biológica. En el *Fausto* Dios autoriza a *Mefistófeles* a que emplee todos los medios a su alcance para hacer que el hombre yerre, porque el error es también un instrumento hacia el progreso. Aun la reflexión suele conducir al error, y *Fausto* se hace eco de la filosofía de Rousseau al exclamar: «La humanidad vivirá un poquito mejor si Dios no le hubiese dado un destello de esa luz divina llamada razón, y que los hombres no utilizan sino para vivir más bestialmente que las mismas bestias.» ¿No se nos viene en este instante a la imaginación el ingenio humano inventando máquinas mortíferas para emplear en las guerras, y descubriendo drogas para fomentar el vicio? Aquí parece triunfar Rousseau; mas este último termina donde comienza Spinoza, quien enseña que todos esos inventos diabólicos del hombre, todos los vicios, son medios necesarios para hacernos sufrir, es decir, medios sin los cuales jamás podríamos



alcanzar nuestra redención... En la carcajada que esos inventos y vicios le arrancan a *Mefistófeles*, no debemos ver otra cosa sino un símbolo de la satisfacción con que el espíritu del Progreso Universal mira como es que nosotros, hasta con nuestras torpezas, promovemos indirectamente nuestra propia evolución... O como se expresaba Leonardo, otro panteísta: «La sabia Naturaleza representa la más alta sabiduría, pues ella obliga a los efectos a tomar parte en sus causas.» Cada paso que da el hombre, cada esfuerzo hacia adelante, es seguido de una caída inevitable; pero es en una larga serie de esas caídas, que está su salvación. «El que se esfuerce en progresar, ese alcanzará su redención», dice *Fausto*.

Desde el mismo día en que el Ángel del Señor, armado de su flamígera espada, condenó al hombre arrojándolo del Paraíso, la suerte de la especie humana parecía estar sellada; era asunto concluido: el hombre era malo, nacía del mal, llevaba en sí la maldición del pecado original, y encadenado a esa maldición, su fin era el infierno, para allí servir de pasto a las llamas por toda la eternidad.

Tal era el estado de desesperación en que se encontraba la humanidad cuando Spinoza, esgrimiendo el poderoso argumento de la lógica, asestó el golpe de gracia a tan espantosa superstición bíblica que condenaba al hombre, demostrando que éste es parte integrante del Todo; una chispa de la Divinidad, y que, por lo tanto, no podía estar condenado a su perdición. Fué de ese modo que el filósofo comenzó su misión de redimir al género humano. Algún día se le reconocerá como el más grande de los redentores.

Spinoza levantó al hombre de la abyección a que la superstición bíblica lo había llevado, para elevarlo a la categoría divina. Pero el estilo árido, matemático y por lo tanto nada sugestivo en que lo hace el filósofo, es causa de que tan bella idea permaneciese oculta, desconocida casi, corriendo así el riesgo de apagarse, como se apaga la llama de una lámpara a la que no se le pone aceite. Es aquí donde entra la obra del poeta de Weimar, quien al encender su luminoso fanal en la luz de la idea panteísta, hizo posible a ésta resplandecer por todas las generaciones, para de ese modo cumplir su misión redentora. Con razón la justiciera mentalidad de Matthew Arnold reconoce en Goethe «el primero de los grandes pensadores en dar a conocer al mundo la verdad de la filosofía de Spinoza».

A pesar de su optimismo, Spinoza, como todo redentor, ha debido tener sus momentos de amargo desconsuelo. Su discípulo Lucas nos dice haber oído esta exclamación de los propios labios del maestro: «He dedicado toda mi vida a escribir cosas que quizá nadie va a entender...» El filósofo sabía que estaba en la verdad, pero comprendía también que su estilo matemático era una rémora para que esa verdad se pudiera abrir paso. Cupo en suerte a Goethe ser el primer instrumento escogido por la idea panteísta, a través de los tiempos, para poder brillar con más fulgor, imponiéndose así a las generaciones pensantes. La misión del poeta fué ataviar esa idea, engalanarla lo mejor posible, para hacerla así más atractiva a la ima-

ginación popular. En ese sentido el autor del *Fausto* ocupará siempre lugar señalado al tratarse de la redención de la humanidad...

Goethe y Spinoza fueron dos polos opuestos en carácter; pero dos polos que sólo tuvieron que ponerse en contacto para producir la chispa eléctrica que ha de iluminar el camino de la verdad a la humanidad futura.

Jorge Santayana —filósofo moderno, quien más aprecio me inspira, sin embargo, como crítico— al analizar los tres máximos poemas filosóficos: *De natura rerum*, *La Divina Comedia* y el *Fausto*, llega a la conclusión de que «cada uno de ellos es el mejor en su respectivo sentido y ninguno es el mejor en todo sentido... cada uno representa una era distinta en la historia, y en los tres está condensada toda la filosofía europea». Lucrecio es el poeta de la Naturaleza; Dante el de la Teología, y Goethe el de la Vida. La superioridad de cada uno de los tres será siempre estimada de acuerdo con el respectivo concepto filosófico de quien los juzgue. El primero representa la antigua Grecia; el *optimismo ingenuo*, que era entonces norma de toda la vida pagana. El segundo representa la pesimista Edad Media; la Teología, que era, a un mismo tiempo, la ciencia y la filosofía de aquella época. El tercero representa la edad futura; el *optimismo consciente*, que todo trata de explicarlo.

El romano Lucrecio fué el mejor exponente, en poesía, que ha tenido el *monismo* antiguo. Su poema es un himno optimista entonado a la Naturaleza, la ciencia, los átomos, las esferas, y también a su maestro Epicuro: el moralista que se distinguió principalmente por la piedad, por sus sentimientos de amistad y por el horror que tenía a las guerras, a la violencia y a toda clase de sacrificios y de sufrimientos. Para Lucrecio, como para Xenófanes, *Todo es Uno*. Sostiene que ninguna cosa aparece en este mundo, cuya creación y existencia no fuese favorecida por la muerte de otra cosa, y deja resuelto el complicado enigma de la evolución biológica de esta manera: «Nada aparece en el cuerpo humano con el objeto de que lo utilicemos, sino que su aparición coincide siempre con la necesidad de su uso.» Respecto a su filosofía natural, con la ingenuidad característica del paganismo helénico, el poeta latino reconoce que todo está perfectamente bien organizado en este mundo. Y en cuanto a conducta, «su vida está llena de yerbas, frutas y abstinencias», atestigua San Jerónimo. De modo que tan frugal como su vida, es también de sencilla la filosofía natural del poeta.

A la inversa del ingenuo Lucrecio, Dante emplea una sutileza pasmosa para exponernos la compleja filosofía dualista. Su poema *La Divina Comedia*, es la expresión artística más perfecta que poseemos del concepto filosófico medieval, esto es, del pesimismo. De ahí que fuese *El Infierno* aquella parte del poema en que el autor arrancara las más vibrantes notas a su maravillosa lira. De acuerdo con el criterio medieval, completamente negativo, la humildad, la contrición y el temor al diablo figuraban entre las más grandes virtudes. Dante odiaba a los pecadores, a los réprobos, quienes estaban condenados al infierno por toda la eternidad

para mayor gloria de Dios. Beatriz es un símbolo; simboliza la Teología que, según vimos, abarca toda la casa sabiduría de aquella época. La obra del Dante es la más fiel interpretación que existe de la teología bíblica o judiocristiana, que es esencialmente pesimista. Pero como el poeta italiano era un genio, dotado, por lo tanto, «de la facultad de decir verdades que no tenía por averiguadas», muchas veces su inspiración, subconscientemente, lo llevaba a declarar verdades que iban en contra de sus propósitos bíblicos, dualistas, pesimistas. Por eso se ha dicho que su filosofía incidental es superior a su filosofía general. Tal sucede cuando p. e. en *Il Paradiso* (XXXIII, 143/4), canta que su amor es una chispa de

*L'amore che move il sol e l'altre stelle.*

adelantándosele así al panteísmo de Goethe, cuando éste nos hace ver que el amor, en todas sus formas, es uno sólo: desde la recíproca atracción de los astros a la de los átomos, y desde la de las sustancias químicas a las de corazones como los de Romeo y Julieta... Pero al salirse de lo subconsciente, Dante —aquí habla Santayana— «no tiene una idea justa del sendero de la felicidad y sus verdaderas condiciones. Su concepto de la Naturaleza es una imagen invertida, del mundo moral, y reflejada en el cielo, cual una sombra gigantesca: un espejismo»...

*Fausto* es al monismo filosófico moderno, lo que *Natura rerum* es al panteísmo científico antiguo y *La Divina Comedia* a la teología medieval. La originalidad que eleva a Lucrecio por encima de los demás poetas antiguos —sin excluir a Homero— fué el haberlos sabido presentar en su poema los diversos conocimientos científicos y filosóficos de su época.

Otro tanto hace con los de la suya Goethe, en quien Santayana reconoce «el más grande de los filósofos naturalistas modernos, adunando a dicha circunstancia la muy significativa de que este nuevo Lucrecio, como el antiguo, tenía también por maestro un filósofo monista de vastísima perspectiva espiritual: Spinoza. Igualmente, el Dante nos presenta en su poema una teología que condensaba todo el saber medieval. Pero la perspectiva de esta última resulta tan mezquina, que la comparación entre *La Divina Comedia* y el *Fausto*, es la misma que cabe entre los rígidos preceptos del Sinaí, y las finalidades piadosas a que por consecuencia lógica nos habrán de conducir en el futuro aquellas nobles palabras del Gólgota: «Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen...» En el poema alemán hay naturaleza como en el latino, y teología como en el italiano; mas, ¡qué naturaleza y qué teología tan humanas! Goethe no está de acuerdo con Lucrecio en que todo sea perfecto en el mundo, ni tampoco opina con el Dante en que el réprobo haya de estar irremisiblemente condenado al infierno por toda la eternidad. *Fausto* trae un nuevo elemento al terreno de la filosofía: el perdón, sin por ello desconocer la conveniencia práctica del Mal y el Bien, como Dante, ni la necesidad de una vida frugal y abstemia, como Lucrecio.

Frente a frente, los dramas más famosos que existen: *Hamlet* y *Fausto* representan también dos conceptos diametralmente opuestos: el pesimismo y el

optimismo. La obra de Shakespeare tiene, por lo tanto, el mismo fondo pesimista que la del Dante. La principal diferencia filosófica entre las dos consiste en que la del italiano es más teológica, en tanto que la del inglés es más humana y, por lo mismo, más espantosa: es la pintura de las pasiones, del odio y de la imposible salvación del hombre. En la segunda escena del tercer acto está toda la moral de tan tremendo drama, condensada en esta frase:

*Get thee to a nunnery; why wouldst thou be a breeder of sinners?*

Ya no solamente los réprobos, como en *El infierno*, sino también la Humanidad entera está condenada al mal, y, consecuentemente, lo mejor es que desaparezca por medio del *birth control*... Pero, subconscientemente, Shakespeare, como Dante, suele también olvidar su tesis para hacer incidentales incursiones en la contraria. Tal sucede cuando vemos a *Hamlet* exclamar en la segunda escena del segundo acto:

*There is nothing either good nor bad, but thinking makes it so.*

Vieja verdad ésta que brilla desde los *Upanishads* de la India, y que, repetida, aunque en diversas formas, por casi todos los filósofos monistas, llegó a mostrar su importancia moral en la doctrina de Jesús; su exactitud científica en la lógica de Spinoza, y su belleza artística en los versos de Goethe. Este último sostiene que el hombre, por medio del sufrimiento y de la abstinencia, puede alcanzar su redención. Tener un ideal, luchar por él, como *Fausto*, aunque sin llegar nunca a estar satisfecho, ¿no implica ya la salvación del hombre?...

Hay obras literarias que han creado nombres impecederos. ¿Quién no conoce a *Tartufo*, por más que no lo hubiese leído? Y ¿qué decir de *El doctor Purgón*? Pero estas creaciones de Molière, así como *Juan Valjean*, de Víctor Hugo, y otras más, sólo representan nombres que sirven para caracterizar determinados vicios y virtudes; pero nunca para sintetizar un determinado concepto filosófico o un estado mental de la Humanidad. Es aquí que entran esas dos obras que sí representan toda la psicología humana: *Don Quijote* y *Fausto*, sin que ello quiera decir que este último citado personaje sea tan popular como el primero, pues es harto sabido que, por su universalidad, *Don Quijote* y *Sancho* son los dos caracteres supremos en la historia de la literatura. Mas, por su fondo, la de Goethe y la de Cervantes son, incuestionablemente, en literatura, las dos obras filosóficas por excelencia.

Acierta Brandes al declarar que el *Fausto* es a la literatura moderna lo que *La Divina Comedia* es a la antigua. La obra del Dante fué un poema de la Edad Media para la Edad Media, y seguirá siendo siempre la obra del pasado; la representación del antiguo concepto pesimista. En ese respecto es gemela de *Hamlet*, según vimos. Pero ni una ni otra de esas dos obras pesimistas lograron abarcar el concepto humano en un solo pensamiento, como sucede con el *Quijote* o el *Fausto*. En estas dos últimas sí se plantea, en toda su extensión, el complejo problema de la existencia humana. El *Quijote* no es la obra del pasado, sino, más que todo, del presente. Como he dicho en otra ocasión, en el mismo

instante en que Shakespeare llevó a su mayor expresión el pesimismo con *Hamlet*, Cervantes asestaba el golpe de gracia al pesimismo con el *Quijote*. Este vino a cerrar el antiguo paréntesis literario del pesimismo, iniciando, así, una nueva orientación a las letras, que culminó en el *Fausto*, obra que no es del pasado y ni siquiera del presente, sino más que todo del porvenir... Contrario a aquellas obras de Dante y de Shakespeare, y que representan la antigua noción del castigo, la de Goethe es la apoteosis del perdón, concepto que cada día gana más fuerza en la conciencia humana. Intelectualmente, el *Fausto* simboliza el triunfo de la idea panteísta, que será, a un mismo tiempo, la ciencia, la filosofía y la religión del porvenir. Es, por ello, que he sostenido siempre que el *Fausto* es, sin disputa alguna, el poema más admirable de todos los tiempos...

Todo lo que existe es imaginario; puro símbolo. Lo único real es el principio del progreso eterno, al que nos conduce el eterno femenino. A pesar de las religiones que digan lo contrario, el hombre, como hijo o chispa de Dios que es, no está destinado a su perdición eterna, y, por lo tanto, debe continuar con valor su marcha ascendente hacia el ideal: la evolución... Por ello canta el poeta:

*Alles Vergänglichliche  
Ist nur ein Gleichnis;  
Das Unzulängliche  
Hier wird's Ereignis;  
Das Unbeschreibliche  
Hier ist gethan;  
Das Ewig weibliche  
Zieht's uns hinan...*

Juzga con mucho acierto la *Encyclopædia Britannica*, cuando en su artículo sobre Goethe termina llamándolo «el verdadero tipo del genio...; el último de aquellas grandes mentalidades que pudieron abarcar todos los dominios del espíritu y de la filosofía». Nada más cierto. El año de 1832 —hace exactamente un siglo— se cerró el paréntesis de las grandes figuras geniales que ha producido el mundo. Con la muerte de Goethe desapareció también el más formidable campeón del panteísmo... Mas la verdad proclamada por él continuará avanzando...

A la claridad de la pluma de Goethe hay que agradecer, en primer término, el creciente esplendor con que el sol del panteísmo brilla cada día más en el cielo del pensamiento moderno...

### Las crisis monetarias

La mitad, cuando menos, de las crisis monetarias de nuestra época, crisis que aparecen en distintas naciones, ricas unas y pobres las otras, son puramente artificiales, obra de especuladores sin conciencia que, de acuerdo con ministros corrompidos, las provocan para realizar enormes ganancias a costa del hambre de poblaciones enteras.

La depreciación de la moneda obedece, en la mayoría de los casos, a la codicia desahogada de los banqueros que, apoyados por los Gobiernos, siguen a su antojo los mercados monetarios.—W. STANLEY JEVONS.

## El amor, ¿qué es?

Todo, pero una cosa nada más en ese todo. Coincidencia.

Todo es amor, todo es objeto de amor, todo puede ser objeto de coincidencia.

Sólo es buen amor el coincidente con la Naturaleza. Sólo es coincidente con la Naturaleza el amor libre; el amor sano, el buen amor, son coincidentes para crear la vida en el seno de la libertad.

Coincidente es la creación. Coincidencia de la unidad en la diversidad del uno con el otro.

El amor es lo único creador. Crear es hacer algo fuera de nosotros. La creación es el amor universal. Aquello que deseamos, aquello que amamos, es lo único que debemos crear.

El amor es infinito como el tiempo y el espacio; es universal y sublime en la solidaridad de todo lo creado.

Los sexos, cuando se aman, coinciden. No crean más que cuando coinciden. No coinciden más que en su función.

Pero los sexos pueden coincidir sin amor. Y el amor puede coincidir sin el sexo. Los sexos coinciden sin crear. Los sexos pueden crear sin amor.

Estas aparentes paradojas tienen explicación, porque el amor es una cosa bien distinta del coito, de la función, de la coincidencia sexual.

Lo mismo se llama cohabitación al acto funcional del sexo, que a la habitación común de dos seres.

La cohabitación indica una mayor coincidencia de las individualidades sexuadas. Cuando el hombre y la mujer, los sexos, coinciden en su vida de hogar, se puede decir que se aman.

El placer del coito no significa amor coincidente. La felicidad no es el placer de los sexos.

El sexo no tiene que ver nada con el amor; el sexo tiene que ver todo con la reproducción de la especie, con la creación biológica. La reproducción no tiene que ver nada con el amor.

El amor social es el amor que crea. La reproducción es un hecho biosocial de las unidades sexuales, para la perpetuación social. Por eso la cuestión sexual es una cuestión social donde la sociedad misma debe intervenir para autofecundarse perfectamente, para superarse en la serie.

La socialización del amor no es el libertinaje de los sexos, ni el de la producción humana, ni el de los objetos de placer.

La socialización del amor quiere decir extensión social del sentimiento del amor creador del Universo.

Hasta hoy el amor está localizado en el rincón (coito) de la coincidencia sexual; en el vértice de las extremidades femeninas en cuyo ángulo, el macho, ocupa el lugar de la visectriz por la que todos los hombres, puntos geométricos de la misma, gozan de la misma propiedad para amar y crear en su tiempo y en su espacio.

El amor social es el amor de todos los amores. El amor solidario de todos los hombres para crear el progreso humano, la civilización.

A. M. ALCRUDO



# Por una cultura social

Valentín Obac

España está en convulsión, arde por los cuatro costados. Mas, ¡qué digo España!, el mundo entero se agita bajo el malestar de una situación incómoda, en busca de una posición estable. Pero sentimos tan intensamente lo de aquí que nos falta tiempo para ocuparnos lo suficiente de los demás.

Y bien, este rincón del mundo, que había permanecido alejado de las luchas de otros pueblos, ha despertado y quiere llegar a toda prisa a la meta que marque su completa liberación. Al contemplar el agitado panorama de esta España parece que momentáneamente se hayan despertado todas las conciencias dormidas y se hayan puesto a trabajar. Bien es verdad que los motivos no faltan, que la descomposición capitalista, las humillantes condiciones de vida del campesino, el insultante matonismo de los caciques, el fracaso rotundo de la política, los mil problemas sin solución a la vista, que todo abona esta rectitud del pueblo español.

Pero vivamos alerta; cuando se trata de un problema tan serio como el bienestar de todo un pueblo, todas las precauciones son pocas. Nos acecha más de un peligro. Los amos del dinero no pueden ver indiferentes todo ese desasosiego del trabajador español, y, mal que nos pese, aún hay mucha gente capaz de hacer muchas cosas por dinero. La reacción no duerme y sus ansias de Poder no se han calmado todavía. Por otra parte, los pueblos son generalmente inducidos a obrar por la pasión, por sus estados de ánimo, más que por motivos racionales; no porque creamos que en el momento defiende una causa justa hemos de hacerle excepción. Las multitudes por sí tienden a la idolatría. Este pueblo está compuesto de los más heterogéneos elementos; y no vamos a excluir a los que no piensen como nosotros. En una palabra: mil dificultades pueden presentarse que malogren este movimiento en flor.

Y si es así, ¿qué hacer para evitar que una reacción pueda enseñorearse, que en caso de una represión prolongada se deshiciera este magnífico movimiento, que algún líder encumbrado pueda desviar el camino, que luchas intestinas puedan debilitarlo en perjuicio de más seria causa?

Quizás haya quien piense que estos temores, que estas reflexiones son inoportunas; pero cuando se piensa cómo oscila el barómetro del entusiasmo en determinadas circunstancias, cómo confunden algunos compañeros el estado de ánimo de la gran mayoría del proletariado español, hay para preguntarse si el optimismo no nos lleva un poco más lejos de lo conveniente.

Y a poco que dejemos correr el pensamiento nos sugiere la idea de la conveniencia de capacitar a todos estos hombres que vienen a nuestro lado. Pero no se asusten los impacientes que al oír la palabra capacitar ya les suena a que se trata de hacer de cada español un sabio u otra cosa extravagante. Nada de eso. Se trata

de que en la espera, mientras aguardamos ese momento propicio para realizar nuestro ideal, en vez de hablarles a nuestros hermanos tocándoles el sentimiento, nos dirijamos a su inteligencia y lo hagamos meditar; nada más que eso. Bien es verdad que al tocarle su sensibilidad lo hacemos con fundamento, pero no lo es menos que esa facultad conduce al fanatismo más de una vez. En vez o a la vez de pintarle la tétrica situación suya, sería conveniente darle nociones de lo que significa nuestro movimiento, nuestras tácticas, explicarle las causas de la corrupción capitalista, del malestar actual, ideas de economía, de organización, explicarle, en fin, todas aquellas nociones elementales de cuanto nos afecta y que son la base para comprender más complejos problemas, aquellas nociones que de tan elementales que se consideran se han dejado de explicar y por dicha causa casi todos las ignoran. Lo mismo que en las escuelas se les enseña a los niños lo más fácil de las cosas no obstante haber quien haga estudios superiores, lo mismo deberíamos hacer nosotros.

A tal fin habrían de destacarse unas docenas de oradores capaces de desmenuzar algunas cuestiones de interés hasta hacerlas comprender bien, y, por esas tierras de España, ir a predicar la buena nueva de una pronta redención. En nuestras publicaciones se podría reservar un espacio para este fin, pues, hasta el presente, se ha puesto poco interés para dirigirse al lector que por primera vez nos lee, en un lenguaje bien comprensible. En nuestros Centros se podría poner un poco de interés en la cuestión y no se daría el caso de compañeros que sienten nuestras ideas pero no saben expresarlas porque sólo conocen de ellas un conglomerado confuso.

Ciertamente que aquí no se acaba todo, que no nos proponemos decir con esto que al presente se obra equivocado; pero queremos señalar esto que nos parece una laguna en nuestros medios, reforzar el edificio que estamos construyendo, añadir un detalle más a esta obra de todos. Si lográramos hacer esta labor intensamente conseguiríamos que ante las dificultades hubiese mayor comprensión y serenidad; que en caso de una represión muy violenta no se iniciase una desbandada; que cuando dos o más individuos de nuestro campo tuviese discusiones, que siempre acaban siendo personales, no se les concediera más importancia de la que tienen y se abandonaran más palpitantes asuntos; que por motivos insignificantes nos dividiéramos en fracciones y nos peleáramos mutuamente, mientras sabemos que el enemigo común es uno.

Bastante de todo esto se conseguiría capacitando a los individuos, y también se lograría que al discutir supieran hacerlo con fundamento y conocimiento de lo que dicen.



# Diferencias fundamentales entre la terapéutica alópata y la naturista

Dr. Roberto Remartínez

Por una vez, aunque soy enemigo de concretar en aquellos asuntos que por su importancia merecen especial mención y detenimiento, voy a resumir en breves líneas el asunto que motiva este modesto artículo, haciendo resaltar las principales discrepancias de ambas terapéuticas entre sí y sus distintos criterios, enfrente de las manifestaciones morbosas, a causa de sus divergencias en la interpretación del concepto de enfermedad y del de tratamiento.

Obedece esta mi tentativa, por otro lado, a que con harta frecuencia se nos ha tachado de ambiguos, de abstractos; se han calificado nuestras teorías y procedimientos de rutinas y vaguedades, y se ha repetido por doquier que nuestro sistema no es más que un magma confuso de empirismos desordenados, desprovistos de todo fundamento científico. Y cuando no esto, que es lo más frecuente, algunos compañeros han protestado ruidosa (y a veces sinceramente) ante nuestra pretensión de ver y hacer las cosas desde diferente punto de vista colocados, por considerar que todo lo que nosotros hacemos lo pueden hacer, y de hecho lo hacen también, los médicos alópatas, si bien con distinto criterio directriz.

Días pasados, precisamente, me argüía un amigo y compañero, que no hacía falta titularse pomposamente médico naturista (que todos los médicos, decía él, lo son) para prescribir acertadamente unos baños de sol y unas prácticas hidroterápicas más o menos especiales, o para instituir un determinado régimen de alimentación, que, en nuestro caso y en su opinión, es demasiado absoluto para ser útil siempre. Añadía mi hermano en Hipócrates, que teniendo en cuenta que unas compresas, por ejemplo, tan compresas son y lo mismo obrarán aplicadas por un naturista como por un alópata, ya que no sólo somos nosotros los que prescribimos baños de sol y verduras (textual), no había razón ni fundamento para dividir la Terapéutica en Alopática y Fisiátrica o Naturista, porque en el fondo una y otra son idénticas.

Como respuesta a esto, y creyendo que no estará de más insistir en estos asuntos, ya que, por lo visto, no nos hemos explicado aún bastante y no hemos sido

suficientemente comprendidos, he decidido contestar a mi amigo y compañero en la forma y desde el sitio que lo hago, porque así sirva una vez más de explicación de nuestras racionales doctrinas, para todos aquellos que, o no nos comprenden, o lo que es peor, y hartos más frecuente me parece, para los que no quieren comprendernos, pese a nuestra habitual sencillez y claridad.

Para que no se me reproche el carecer de estas dos últimas condiciones, resumiré en forma casi sinóptica las diferencias entre las dos Terapéuticas, la oficial alópata y la especial naturista.

PRIMERA DIFERENCIA.—*En esencia, la terapéutica corriente es la terapéutica de la enfermedad, mientras que la naturista es la del enfermo.*

Comentario.—En efecto; la medicina alópata se afana en luchar contra unas causas de enfermedad (más o menos hipotéticas, como luego veremos); y contra ellas, creyéndolas las únicas causantes del mal, dirige sus esfuerzos. Para ella, el problema reside principalmente en una determinada entidad morbose, producida por una causa externa y ajena al organismo, y contra ese elemento perturbador y casual, según su criterio, esgrime sus armas con un éxito, doloroso es, ¡ay!, confesarlo, no muy superior al de hace cincuenta años. Enfrente de un caso de pulmonía, de tifus o de tuberculosis, por ejemplo, la medicina alópata sólo ve una enfermedad producida por el microorganismo A o B, y contra ese microorganismo y haciendo del cuerpo del enfermo campo de batalla, se encamina para exterminarle con sueros, vacunas y fármacos de toda índole, que son sus armas habituales y terribles... para el enfermo.

En el mismo caso, el médico naturista, y prescindiendo por el momento de la enfermedad como tal entidad real, sólo ve un enfermo, pulmoníaco, tífico o tuberculoso, al que hay que tratar, y cuyas energías defensivas distintas en calidad y cantidad en cada individuo, es decir, específicas para cada enfermo, hay que encauzar, vigorizar y conservar todo lo posible. Para el médico fisiatra no es lo más importante la enfermedad, que considera como una cosa natural y una consecuencia de la transgresión de leyes naturales o de malas condiciones preexistentes en

el individuo, sino que deja en segundo término la clase y el nombre del proceso morboso y viendo en el fondo de él una crisis con tendencia final curativa, sea de la forma que quiera, se preocupa más de la respuesta que da el organismo, para utilizar con la máxima eficacia las energías disponibles y dirigir las en la debida dirección, o exaltarlas por medios naturales.

De dos maneras principales se puede luchar contra una determinada enfermedad, como de dos formas se puede acudir en auxilio de una plaza fuerte, invadida por el enemigo, que amenaza destruirla. Una, tratando de deshacer y exterminar al invasor; otra, vigorizando y dando elementos de defensa al invadido, para que por sus propios medios (que por ser específicos serán los de más eficacia) venza al invasor.

No hay duda de que el primer medio sería el más indicado (1), y es, desde luego, el más seductor; pero así como no es posible echar aceite hirviendo sobre dos que luchan a brazo partido con intención de dañar a uno solo, ya que por su íntima unión se abrasará a los dos, de igual manera, todos los medios farmacológicos y serovacunoterápicos constituyen un arma de dos filos, uno de los cuales se aplica, a veces, contra la causa (secundaria, según vemos, de enfermedad), y otro contra el enfermo, cuyas energías agota en vez de exaltar, cuya sangre y humores impurifica más de lo que lo están, en vez de procurar que se limpien y purifiquen, y cuyos emunctorios de eliminación sobrecarga y fatiga para eliminar tóxicos químicos o bacteriológicos, sin querer ver que con ello agobia, y, por ende, embota sus funciones eliminadoras, tan necesarias para arrojar del organismo las impurezas que provocaron la crisis.

Nosotros, por el contrario, viendo en la enfermedad la expresión de un esfuerzo curativo espontáneo y la manifestación actualizada de algo que en estado latente yacía en el organismo, y reduciendo en síntesis las causas primarias de enfermedad a disminución del coeficiente de vitalidad, acúmulo de sustancias o detritus morbosos y a anormal composición de los humores del cuerpo, desde ese punto colocados procuramos no luchar contra un determinado microorganismo (que no se hubiese desarrollado de no haber terreno propicio para él y sustancias propias para su medro), sino, de acuerdo con las ideas expuestas, devolver al organismo la perdida energía vital en los posibles límites, ayudar el esfuerzo de eliminación de la naturaleza para expulsar los venenos, de la clase que ellos sean, que impurifican la economía, y, en fin, intentamos restituir la normal composición de tejidos y humores, mediante una dieta racional, y no añadiendo nuevos tóxicos a los que ya existen.

SEGUNDA DIFERENCIA.—*La Terapéutica alópata se basa en la acción; la naturista se fundamenta en la reacción.*

Comentario.—La ley de acción y de reacción es universal e invariable (2), como todas las de la Naturaleza.

(1) Si bien ya veremos que, según nuestro criterio, no es lo más importante del problema el invasor.

(2) Solamente la comprensión de las leyes de la Naturaleza puede hacer que ésta se doblegue ante el hombre, porque a la Naturaleza se la vence por la obediencia.

za, y puede formularse así: *A toda acción o actividad en un determinado sentido, sigue una reacción compensadora en sentido contrario de mayor duración que la primera.* No es preciso poner muchos ejemplos, pues basta recordar que tras de una excitación del sistema nervioso, subsigue una depresión compensatriz, el ejercicio físico activo exige un mayor descanso, después la diarrea y los purgantes producen estreñimiento consecutivo; la vasoconstricción, a causa del frío, es sustituida por una intensa vasodilatación, etc., etc.

Enfrente de un enfermo, la Terapéutica alópata se encamina en el sentido de la acción del medicamento, o el suero X contra la pretendida causa de enfermedad, buscando una actividad directa que anule aquélla, sin tener en cuenta para nada la reacción consiguiente con que el organismo ha de responder, ni pensar más que en la problemática probabilidad de que la Medicina actúe sobre la causa, y no queriendo ver los estragos que ha de producir sobre el organismo (cuya vitalidad se halla rebajada y cuyas eliminaciones habría que forzar), donde el medicamento o el suero irritan, intoxican, destruyen elementos defensivos, paralizan funciones eliminadoras y sobrecargan la economía de sustancias perjudiciales.

Todo ello sin contar con que la excitación artificiosa y forzada que se ha producido en aquel organismo ha de ir seguida fatalmente de una reacción contraria y de más intensidad, que tienda a compensar el desequilibrio engendrado.

Nosotros, en cambio, buscando en la antedicha ley universal de acción y de reacción un auxiliar en vez de un enemigo, fundamentamos nuestras indicaciones terapéuticas en la respuesta que el enfermo ha de dar ante nuestra intervención, y así, indirectamente en apariencia, pero directamente en el fondo (por cuanto lo más directo es y será siempre el camino que la Naturaleza nos marque), luchamos contra el mal, buscando que el propio enfermo se defienda por sí sólo, reaccionando activamente y con el máximo de energías contra las causas secundarias de enfermedad que hicieron estallar la crisis, al encontrar terreno propicio donde desarrollarse, y sin perder de vista las verdaderas causas primarias de enfermedad antedichas, cuya anulación o disminución intentamos.

TERCERA DIFERENCIA.—*Dentro de su intención, pocas veces lograda (y siempre con cargo a algún daño para el cuerpo), de luchar contra causas, la Terapéutica alópata es las más veces sintomática, en tanto que nosotros, no sólo no luchamos contra síntomas, sino que los favorecemos si así conviene, dirigiendo nuestra atención contra las causas primarias verdaderas.*

Comentario.—Mientras que la Medicina usual combate los síntomas sin ver en ellos muchas veces su verdadera significación de avisos o defensas, y si hay diarrea, trata de cortarla; si fiebre, la combate con toda suerte de antipiréticos; si erupciones en la piel, intenta suprimirlas con pomadas y todo género de *depurativos*; nosotros, viendo en el síntoma ora un aviso de que en el organismo ocurre algo anormal, ora, las más de las veces, un esfuerzo espontáneo de la Naturaleza para eliminar por uno u otro medio impurezas o detritus perjudiciales, lejos de combatir síntomas, si bien tratamos de aliviar al enfermo de sus molestias, procuramos su-

primir las causas y... *sublata causa, tollitur effectus* (1). Porque ¿qué es la fiebre sino la expresión de lucha energética contra algo que amenaza la integridad del funcionalismo del cuerpo y, al par, un medio de defensa, por la elevada temperatura, contra tal o cual germen? ¿Qué representan, generalmente, el sudor, la diarrea y la poliuria, sino exageraciones de la función eliminadora normal que tiene que dar salida a gran cantidad de sustancias morbosas? ¿Qué quieren decir la gran mayoría de las enfermedades de la piel, más que insuficiencia de los emunctorios usuales de eliminación, por la causa que sea, y aprovechamiento de otra vía extraordinaria, en tanto que no desaparezcan del organismo los venenos por eliminar? ¿Qué expresan, por último, la inflamación de tal o cual órgano, o los infartos de los ganglios linfáticos y la supuración, etc., etc., más que procesos defensivos naturales y espontáneos, que muchas veces bastan (y no hay más que observar a los animales en libertad) para restablecer la normalidad?

Claramente se comprende ahora la importancia que ha de tener el ayudar a la Naturaleza en sus esfuerzos, en lugar de entorpecer su sabia actuación, y aun de impedir su labor, creyendo, por nuestra soberbia de pigmeos, que podemos enmendar la plana a la maestra inflexible...

CUARTA DIFERENCIA.—*La Terapéutica alopática es la terapia de las causas secundarias; la naturista o fisiática lo es de las primarias.*

Comentario.—Hemos llegado acaso a lo más importante de todo, en el sentido de que de las diferencias de criterio en este punto y de los distintos idea y concepto de causa de una y otra medicina, es de donde derivan las discrepancias de opinión, en cuanto al tratamiento y profilaxis de las enfermedades. Fuerza es que nos expliquemos suficientemente sin perder de vista nuestro propósito de concisión, pero sin pasar por alto asunto tan importante.

La medicina oficial afirma que las enfermedades son entidades características, iguales fundamentalmente a sí mismas, casuales, en el sentido de que pueden afectar a cualquier individuo, producidas (las más principales, las infecciosas) por un determinado microorganismo que, afirman, es siempre el mismo para cada entidad morboza, siquiera no sea conocido en algunas. Añaden que, por ende, las causas primarias de las enfermedades son dichos gérmenes o bacterias, aunque admitiendo causas predisponentes individuales, y que dichas bacterias o microbios pueden desarrollarse en cualquier individuo y en todo momento, siendo las verdaderas causas ocasionales de las enfermedades.

Invocan, como pruebas de la verdad de sus afirmaciones, los análisis e investigaciones bacteriológicas, la presencia casi constante de un determinado microorganismo en una lesión dada, los experimentos de inoculación en los animales y aun en el hombre (que no han faltado abnegados que en su amor a la Ciencia no han vacilado en

someterse a esta clase de peligrosas experiencias), las siembras de microbios y la reproducción de la enfermedad por introducción en el organismo de los cultivos artificiales, las pretendidas inmunizaciones con productos microbianos, las epidemias, etc., etc.

Por el contrario, relegan a segundo término las condiciones individuales, y sólo secundariamente y de una manera confusa casi siempre, señalan causas predisponentes, como la herencia, las malas condiciones de vida y de alimentación (?), el exceso de trabajo, las emociones intensas, etc., etc.

Veamos hasta qué punto es cierta su manera de pensar, y perdóneseles si con tal asunto, que muy bien podría tomar proporciones de libro por sí sólo, no nos detenemos cuanto fuera preciso por su importancia; pero, además de que este trabajo es solamente una exposición general y sintética, hemos de insistir en ello en otra ocasión con el detenimiento que merece.

Por el pronto, los modernos estudios de bacteriología, y conste que nos referimos, naturalmente, a libros de Medicina oficial, donde el que quiera comprobará la verdad de cuanto digamos, van sentando y afirmando cada vez más categóricamente los siguientes postulados:

1.º Es lo cierto que, pese a la pretendida presencia constante de un microorganismo en una lesión, se da el caso de lesiones donde no hay manera de hallar el germen a que aquélla se atribuye.

2.º Contrastando con lo anterior, está demostrado que la gran mayoría de los microbios o bacterias que como más dañinos, virulentos y morbosos se reputan, pueden vivir, y de hecho viven, normal (o saprofiticamente) en muchos individuos que no están por ello enfermos.

3.º Que, en efecto, está probado hasta la saciedad y con microorganismos tan peligrosos como el bacilo de Koch, el de Eberth, el neumococo, etc., productores (?) de la tuberculosis, de la fiebre tifoidea y de la pulmonía, respectivamente, que pueden vivir en muchas personas que gozan de excelente salud, a su pesar, y no medran ni desarrollarse, entre tanto que las condiciones del organismo no son adecuadas para ello.

4.º Que en todas las epidemias hay lo que se llama *portadores de gérmenes*, que, estando saturados, por así decirlo, de bacterias patógenas y siendo capaces de contagiar a los demás, no muestran, sin embargo, la menor molestia por sus peligrosos huéspedes.

5.º Confiesan ya los bacteriólogos, al menos por ciertas enfermedades, que existe la llamada *inmunidad natural*, o sea la capacidad de defensa espontánea y eficaz contra tal o cual germen, y añaden que, desde luego, las defensas orgánicas constituyen, cuando son suficientes, la mejor salvaguardia para luchar con éxito contra toda especie de bacterias y aun para impedir que se desarrollen.

6.º Que no puede garantizarse con demasiada firmeza la pretendida especificidad de los microbios (o sea, que cada germen produzca siempre la misma enfermedad), porque no hay medio absolutamente seguro, puede decirse, tratándose de algunos de aquéllos, para comprobar que son los que se busca, a causa de su proteísmo. Es decir, que un mismo microbio está probado que puede presentarse bajo dos o más aspectos diferentes en cuanto a forma, coloración, etc., lo cual, tratándose de cosas

(1) En puridad de verdad, y dado que la supresión de la causa no coincide con la de los efectos de ella derivados, debiera decirse, como justamente propone el inmortal doctor Letamendi: *Sublata si causa...*



microscópicas, pone en tela de juicio algunas observaciones. Item más; por la ley universal de adaptación al medio ambiente, un mismo microorganismo es susceptible, no sólo de variar de forma y coloración, sino de vitalidad y resistencia, según las modificaciones del medio en que viva; y así se ha visto repetidas veces, con lo cual claro, es que se tambalea aún más su pretendida especificidad, ya que no pueden distinguirse a veces las bacterias patógenas unas de otras.

7.º Que, aunque es verdad que las inoculaciones experimentales de cultivos o sustancias microbianas reproducen más o menos exactamente la enfermedad que se les achaca a aquéllos, hay que reconocer que se inoculan dosis y cantidades enormes que jamás penetran en el organismo en caso de contagio espontáneo, lo cual hace pensar que no es ese el mismo caso precisamente.

8.º Que, en fin, en todas las invasiones de forma endémica o epidémica se verifica, parece ser, una verdadera selección, que hace sucumbir a los individuos menos fuertes o peor defendidos, en tanto que respeta a los vigorosos y sanos.

No hace falta insistir más para comprender cuán poco resta de ahí a reconocer, como nosotros reconocemos, la prioridad principalísima de los factores individuales sobre las causas externas, es decir, que el principal papel, y a veces el único, lo desempeñan las condiciones pre-existentes en el organismo, y que el papel secundario y menos temible está a cargo de los microbios o bacterias que no son tan terribles como se supone. Esto, sintetizado, puede formularse así: «Las verdaderas causas primarias u ocasionales de enfermedad residen en el propio organismo, y son las tres antedichas: rebajamiento del coeficiente de vitalidad y resistencia específica, acumulación de detritus o venenos, sean de la procedencia que sean, y anormal composición de tejidos y humores, en tanto que las bacterias o microbios tienen una importancia secundaria, ya que sólo desarrollarse pueden en un terreno preparado y a propósito para su medro, pues que se alimentan de sustancias muertas y productos de desintegración casi siempre.» Insistiremos sobre esto en otra ocasión.

Nosotros llamamos, pues, causas primordiales, que no predisponentes, a las tres condiciones fundamentales citadas; y mientras en el organismo no se den aquéllas, creemos que los microbios o bacterias no son tan «feros como los pintan» y se pretende demostrar. Queda, por tanto, fundamentada la principal diferencia de criterio entre la escuela alópata y la naturista, y las direcciones divergentes en que, por consecuencia, su terapéutica ha de dirigirse, la una intentando aniquilar bacterias por uno u otro procedimiento; la otra, la nuestra, tratando de aguerrir y purificar el organismo, teatro de una lucha que muchas veces es una tentativa espontánea de depuración.

QUINTA DIFERENCIA.—*En las enfermedades agudas, la terapéutica alopática tiende a yugular o hacer abortar la dolencia; la naturista es más bien expectante. En las crónicas, la terapia usual es muchas veces solamente sintomática y paliativa, en tanto que la fisiatra es, digámoslo así, agudizante (en el sentido que explicaremos).*

Comentario.—Mientras que, efectivamente, la Medicina usual intenta, con la mejor buena fe del mundo,

cutar o yugular todo proceso morboso en sus comienzos, haciendo abortar la dolencia antes de su complet desarrollo, nosotros que, repetimos una vez más, vemos en toda enfermedad la expresión de una crisis depuradora con tendencia final curativa y una lucha en la que el organismo alcanza casi siempre por sí mismo la victoria, nos abstenemos de toda tentativa encaminada a impedir el espontáneo curso de la dolencia, persuadido de que si consiguiéramos hacerla abortar, haríamos un positivo perjuicio al enfermo, ya que la desaparición de tal o cual síntoma no supone generalmente más que una puerta que se cierra para abrirse otra acaso peor, es decir, que puede presentarse otra complicación substitutiva de las manifestaciones suprimidas, que tal vez tenga peores consecuencias. No deja de empezar a reconocerse así la misma Medicina oficial, declarando que no son tan inofensivos como se cree los llamados tratamientos abortivos de algunas enfermedades.

Quede sentado, pues, que en las enfermedades agudas nuestro criterio nos obliga a un tratamiento expectante, durante el cual intentamos mantener aquel organismo en lucha en las mejores condiciones de resistencia de vitalidad y de pureza humoral, para que sus funciones eliminadoras y defensivas actúen con la potencia máxima y esta es la razón de nuestra dieta racional de nuestra terapéutica.

En el caso de un padecimiento crónico, la diferencia de criterio entre las dos terapéuticas se manifiesta igualmente. La alópata, con pocas esperanzas de curación, instituye un tratamiento paliativo o puramente sintomático muchas veces, con el que sólo intenta hacer más llevadera la vida del enfermo, atenuando los síntomas más molestos o dolorosos. La fisiatra, en cambio, trata casi siempre de hacer aguda la dolencia, que de una manera mortecina y atenuada, pero constante, va mirando aquel organismo; es decir, procura una exaltación de la protesta orgánica exteriorizada en lucha violenta contra la causa; intenta despertar las energías vitales algunas veces, no más que adormecidas, pero no agotadas, y he aquí por lo que a veces se consigue una como agudización de la enfermedad, que experimenta un recrudescimiento que recuerda su principio y que suele terminar por la curación. Evidentemente, esto no quiere decir que nosotros hayamos descubierto el secreto de la inmortalidad y que nuestro método de tratamiento sea el cúralotodo o la panacea universal, pues es natural que cuando un organismo se encuentra carente de energías, agotada su reserva vital, exhausto y lleno de impurezas imposibles de eliminar, es decir, cuando la Naturaleza se da por vencida y abandona el campo de batalla, nada se podrá hacer.

SEXTA DIFERENCIA.—*La terapia corriente se dirige al órgano o al aparato; es, como si dijéramos, paracalista; la fisiatra se ocupa del organismo como un todo indisoluble e indivisible, siendo por tanto general.*

Comentario.—En un caso de enfermedad A o B, del estómago, del hígado o del pulmón, un médico alópata o un naturista ven cosas bien diferentes en efecto. El primero se preocupa de dar un nombre a la entidad morbosa que padece el pobre enfermo, y luego de localizar, lo más exactamente posible, la lesión o lesiones que puedan existir en el estómago, hígado o pulmón, para



encaminar sus indicaciones terapéuticas lo más directamente que el caso permita. Nosotros, que no hacemos cuestión capital de la nominación de la enfermedad; atentos, como hemos visto, a las verdaderas causas que en el organismo y no fuera de él residen, no vemos allí órganos ni siquiera aparatos enfermos, sino un organismo enfermo, mejor dicho, un organismo que vive anormalmente por una u otra causa y que en su lucha para restituirse a la hígida normalidad presenta síntomas localizados en tal o cual órgano, que será casi siempre el punto débil por donde la cuerda se rompe; síntomas que siempre tienen, pese a su no más que aparente localización, un origen y una repercusión generales. Expliquémonos.

Uno de nuestros medios de diagnóstico es el llamado *Diagnóstico básico*, que tiene por importantísimo objeto investigar en cada enfermo cuál o cuáles son el órgano u órganos más fuertes y sanos, de los que se podrá esperar una enérgica y eficaz defensa; cuáles gozan de una vitalidad intermedia y no se defenderán más que medianamente en caso de lucha, y cuáles, por último, están en las peores condiciones de resistencia, bien por sus exiguas energías vitales, bien por impurezas debidas a otras enfermedades, acaso débiles congénitamente o por herencia, etc., etc. Una vez averiguado esto, que aunque difícil no lo es tanto como parece, estaremos tranquilos y confiados, en tanto que los procesos morbosos (sobre todo si son destructivos), no radiquen en el órgano u órganos básicos, o sea en los más fuertes, en cuyo caso la enfermedad tendrá probablemente un fatal desenlace, y procuraremos que de dichos órganos básicos parta la respuesta defensiva y la crisis curativa. Si vemos que, como casi siempre sucede, la enfermedad recae en los órganos más débiles o en los intermedios, el pronóstico será menos sombrío y relativamente poco importantes los cambios que en aquellos órganos se verifiquen, pues hay otros mejor condicionados para la lucha, que los defienden, y el resultado será seguramente la vuelta a la normalidad. Esto, que como puede verse, constituye un importantísimo medio de diagnóstico y al mismo tiempo de pronóstico, será motivo de que insistamos en otra ocasión sobre ello, para siquiera poner de manifiesto las consecuencias que de aquí se derivan.

Baste consignar como resumen de todo esto, que nosotros, fieles a la teoría unitaria del organismo que tuvo su primer defensor en Hipócrates y su entusiasta continuador en nuestro inmortal Letamendi, decimos con el primero: *La vida es una sola función y el cuerpo un solo órgano*, cuyo armónico funcionalismo en todas sus partes es la salud (1).

SÉPTIMA DIFERENCIA.—*La terapéutica es analítica, o sea que va del todo a la parte. La naturista es sintética, o sea que procede de la parte al todo.*

Comentario.—Esta divergencia es naturalmente resul-

tado lógico de la anteriormente expuesta. Efectivamente; mientras los alópatas ven detalles que cada vez desmenuzan y fragmentan más y más, nosotros vemos causas generales, y de cada ínfimo detalle o parte enferma ascendemos por síntesis e interrelación a las primeras causas generales tantas veces repetidas, que podrán manifestarse en uno u otro órgano, pero que dejan traslucir para el buen y desapasionado investigador su verdadero origen. La medicina usual se ciega, aferrada al último ocular descubierto por la moderna óptica, y que permite apreciar detalles de menos de una micra; inventa nuevos reactivos bacteriológicos; penetra en el arcano de lo infinitamente pequeño; idea el ultramicroscopio, no bastándole ya nada a su ansia por desmenuzarlo todo, para ver lo que con los más fuertes aumentos era todavía invisible; pero, ¡vano empeño!; cada nuevo descubrimiento que momentáneamente halaga su vanidad, le dice luego que, siempre, a despecho de todos los métodos y todas las técnicas, a pesar de todos los más potentes objetivos de la óptica moderna y de todas las argucias del incansable ingenio del hombre, siempre habrá algo que en su infinita pequeñez, que es al mismo tiempo grandeza inconmensurable, escapará de sus pesquisas anhelosas, algo que siendo *todo* y *uno* no puede deshacerse con el escalpelo ni con el microtomo, y que constituye una de las tremendas interrogaciones que rodean al hombre desde la cuna al sepulcro.

Nosotros, sin pretender habernos asomado al mundo de las causas, ni menos haber descifrado el enigma del por qué de las cosas, y sin despreciar, las a veces, útiles enseñanzas de la ciencia de lo infinitamente pequeño, creemos solamente que no es ese el verdadero camino, o que es en todo caso el más largo, penoso y sujeto a errores y falsas interpretaciones, y remontamos mucho más arriba en anhelo de luz y de verdad, hacia la fuente inicial de las causas primeras.

\*\*\*

Y llegados aquí, preguntamos: ¿Hará falta señalar aún más diferencias entre la medicina y terapéutica alópata y la fisiátrica o naturista? ¿Será aún preciso insistir sobre nuevas disconformidades de criterio entre una y otra, para ver que a pesar de lo que se nos argumenta, es precisamente en el fondo donde radica la fundamental discrepancia entre las dos escuelas? Creemos que no; y de acuerdo con esta idea, citaremos no más que de pasada, que la terapia usual es artificiosa y no sigue las rutas que la NATURALEZA le marca directamente, pretendiendo arreglar a su idea las indicaciones de aquélla, en tanto que la naturista procura atenderla y seguir sus preciosas indicaciones sin mixtificarlas o alterarlas, reconociéndose su-hijo y discípulo. Aún añadiremos que la una es esencialmente impurificadora, merced a los mil fármacos, sueros, vacunas, etc., que emplea con mejor intención que resultado; en tanto que la otra es depuradora, procurando no sólo no añadir tóxicos, sino eliminar los que ya existan. Dejamos para otro trabajo las diversidades de criterio de una y otra en asuntos tan importantes como la higiene en estado de salud, la alimentación racional, la influencia de la

(1) Las modernas investigaciones, orientadas en el sentido de los sistemas endocrinos, o sea de los llamados «órganos de secreción interna», parecen esbozar ya la idea de que todo en el cuerpo se halla íntimamente conexas, por más que a veces, por nuestra ignorancia, no veamos clara la relación.

mente en las enfermedades y su verdadero papel (1), de que tan poco se preocupa la medicina oficial, que ni aun tiene casi un capítulo de Psicoterapia en su terapéutica, y otras diferencias más que ya irán apareciendo sucesivamente.

Perdónesenos la osadía de la crítica que supone este modesto trabajo, apunte no más de algunas ideas; pero sirva de descargo nuestro ante los que nos censuren sin conocernos y ante los que crean interpretar nuestras palabras en un sentido de vanidosa separatividad, el decir y asegurar que sólo nos ha movido a escribir estas mal pergeñadas cuartillas, de un lado, un noble afán, ansia sincera y entusiasta, de apostolado, en propagación de

(1) Véase mi trabajo *Influencia mental en las enfermedades*.

lo que sinceramente creemos la Verdad; de otro, la pena de todos los incomprendidos, y, en fin, el dolor que como enamorados de nuestra profesión, verdadero sacerdocio, sentimos al ver cuán estérilmente se busca el remedio de algunos de los males que a la Humanidad afligen por sendas extraviadas y llenas de error, y cómo, a nuestro juicio, se desorientan y pierden en lucubraciones harto alejadas de la verdadera ruta los incansables buscadores y los mártires del laboratorio y del libro, que bucean para extraer a precio de su vida un secreto más de la avara Naturaleza.

¿Se nos interpretará, viendo en nuestras frases más que lo que decimos, lo que queremos decir? ¿Se dirá que alguna de nuestras palabras es misteriosa, imprecisa, vaga o de oculto sentido? Lo ignoramos y decimos tan sólo: *Qui potest copere copiat*.

# La limitación de la vida

Vicente Roca

«La superficie terráquea ha de hallarse entre unos límites técnicos escogidos con gran precisión para que la vida pueda subsistir en ella: la vida no ha existido en la faz del globo durante toda la vida de aquél, pues no ha podido aparecer sino cuando su temperatura superficial fué lo suficiente baja para que el agua fuese líquida; esta última no se mantendrá en este estado cuando la temperatura descienda; la vida, en consecuencia, es un mero accidente de la superficie en la historia de la evolución técnica del globo.» Le Dantec. *Filosofía Biológica*, página 32.

Es indudable que hoy la vida parece oscilar entre dos límites técnicos. Nuestros experimentos nos lo demuestran. Pero, ¿podemos por estos hechos aventurarnos en conjeturas sobre la posibilidad o no posibilidad de la existencia real de la vida en el pasado y en el futuro, por el solo hecho de un cambio de temperatura?

Contra esta especie de profecía de Le Dantec tenemos por un lado la Geología, y por otro, su misma ley de «Asimilación funcional». La primera nos prueba que la vida existe desde miles, millones quizá de años, y en consecuencia, con el medio totalmente cambiado. La segunda, la facultad de adaptación al medio de los organismos todos.

Partiendo del principio de que las variaciones en la Naturaleza son del orden infinitesimal —raramente bruscas—, podemos colegir que los organismos pueden, por sucesivas adaptaciones, adaptarse a temperaturas muy distintas de las que entre límites ciertos hoy —incierto

ayer y mañana— coloquemos la vida y que creemos imposible fuera de los mismos.

La vida, a mi ver, no es un accidente fortuito en la historia de la evolución técnica del globo, sino una necesidad. Lo accidental en la vida es la forma, la estructura, la composición del ser viviente. Lo esencial es la transformación, el equilibrio.

La vida no abarca sólo los límites por mucho tiempo aceptados, límites restringidos, que no salen de lo orgánico. La vida no está ni debe estar limitada por nuestros caprichos y nuestras conveniencias, la vida es algo más general, más variable, ilimitada, nunca circunscrita a lo convencional.

Nuestros razonamientos por analogía nos han llevado al más grande de los errores de interpretación. Todo lo existente debe tener ciertas manifestaciones análogas, a lo por nosotros convenido y lo por nosotros experimentado, para clasificarlo entre la familia de los vivientes.

Sin darnos cuenta hemos unificado el mundo viviente, lo hemos dividido después, y sobre estas divisiones hemos estructurado nuestros sistemas y nuestras ciencias. ¡Cuando menos no hubiésemos tenido la pretensión de creer que nuestros sistemas eran los verdaderos y que las cosas son tal como nosotros las vemos, las catalogamos, las clasificamos y las calculamos! ¡Vana pretensión resulta la creencia en lo unilateral y definitivo!

Todo lo que el hombre sabe, todo lo que experimenta, todo lo que imagina y especula, sólo puede ser cierto y no siempre con relación a él, mas debe tener en cuenta

—y es preciso que nos demos cuenta ya— que la infinita variedad de seres vea el mundo muy distinto que el hombre no lo ve.

Las verdades son, pues, relativas y válidas sólo para el hombre, diferentes casi siempre para el resto de los seres. Y sería curioso y además trascendental, iniciar un estudio de cómo vea el mundo los demás animales. Estudio que reconozco muy difícil y de métodos muy originales, puesto que para la interpretación psicológica de los seres no pertenecientes a la especie hombre no sirve la interpretación de las emociones por analogía. Pero, ¿no podría intentarse?

Uno de los grandes obstáculos que impiden a la ciencia que estudia la vida, visiones grandiosas y magníficas y de consecuencia filosóficas, trascendentales, capaces de revolucionar y derribar este andamiaje carcomido por influencias medievales, es la división absoluta que impera en Biología, gracias a estas dos palabras: orgánico e inorgánico. La división es categórica. Pero cabe preguntar: ¿Podemos nosotros limitar los campos de una manera absoluta y con tanta seguridad cuando para la continuación de la vida precisa lo inorgánico? Podemos, es cierto, nosotros definir la vida en función de la fisiología y decir: La vida es asimilación, crecimiento y reproducción. Podemos definirla en función de la química y decir: La vida es reacción. Podemos definirla, si queréis, teológicamente, y decir: La vida no es otra cosa que un impulso vital exterior. Podemos definirlo, por último, teleológicamente, y decir: La vida es todo lo que tiende hacia un fin determinado y pre-concebido.

Pero, ¿qué hemos hecho? No otra cosa que limitar la vida a nuestras concepciones basadas sólo en un número limitadísimo de observaciones y especulaciones metafísicas a que nos vemos obligados a circunscribirnos. Mas la vida nos escapa, fluye de todas direcciones, manifestándose por doquier y escapando de nuestros moldes de acero en que queremos retenerla. Para el hombre, la vida continúa siendo, con su variedad infinita de manifestaciones y de modos de vivir —valga la frase— un misterio indescifrable. A mi ver es lo esencial y característico del Universo. Todo es viviente, sólo hay permutaciones en el modo de vivir. La muerte es apariencia, limitación manifiesta de los conocimientos humanos sobre lo arcano.

En la ciencia es de necesidad que desaparezcan los términos de orgánico e inorgánico como sinónimos de cuerpos vivos y de cuerpos inertes. Todo es vivo hemos dicho, sino que la vida se manifiesta de diversas maneras, algunas de las cuales pasan aún desapercibidas por los hombres; pero esto no debe ser el motivo para que una separación tan absoluta prevalezca, y menos aún cuando por un error antropocéntrico hasta ahora ha sido consentida.

Las consecuencias serían grandes si una tal reforma prevaleciera. Para la Ciencia se abrirían grandes y vastísimos horizontes, y la Biología, como ciencia cumbre, barriendo todo lo convencional y atávico que el hombre de ciencia, influenciado por preocupaciones e intereses de clase ha establecido, sentaría como principio básico para el estudio de la Naturaleza que lo orgánico no ha tenido otro origen que lo inorgánico, borrando de

la ciencia ciertas contradicciones a todas luces aparentes, ya que son de palabras, no de hechos.

La vida ha prevalecido desde el infinito del tiempo y no está limitada a un lugar determinado del espacio y aparece en condiciones especiales y restringidas, sino que la vida existe en todo lugar y en todas las condiciones, claro que con diferentes manifestaciones, con diferentes formas y composición.

## Grupo de Estudios Científicos de Valencia

En fecha 16 del pasado diciembre quedó constituida una Sociedad denominada Grupo de Estudios Científicos, domiciliada en la plaza del Poeta Liern, número 6, entresuelo, con el fin de fomentar la cultura científica y la enseñanza racionalista en Valencia.

Dado el hermoso ideal de fraternidad universal que persigue esta entidad, no dudamos de la buena cooperación que le prestarán cuantos se interesen por la verdadera cultura de los pueblos.

Esta Agrupación está organizando una serie de cursos para ambos sexos, de los cuales pronto empezarán a funcionar las clases de Electricidad, Geometría física a todas dimensiones, Francés, Esperanto y Gimnasia.

Todos los meses celebrará conferencias que serán públicas, como los cursos, en su local social.



# Antorcha en las tinieblas

J. Barthe

Cuando me hablas de la violencia y de su eficacia bienhechora, me pareces transformado en un jesuita rojo, y tu anarquismo se me antoja viejo, tortuoso e inquisitivo. Cuando me dices: «¡Basta de cultura, arma en ristre!», me causas mucha pena; me siento entonces muy lejos de ti y me pregunto si el anarquismo es tan amplio y tan elástico que pueda cobijarnos a los dos bajo su definición.

Porque para mí, la violencia es un accidente fortuito y siempre lamentable. Una operación que se acepta antes que la muerte. Un concurso indecente y desgraciado que nos acongoja cada vez que nos es preciso utilizar sus servicios. Un agente repugnante del que a veces debemos, desdichadamente, aceptar su auxilio.

Y para ti es algo que forma parte integrante y preponderante de los métodos y de la moral ácrata. Algo que aceptas gozoso; que invocas día y noche, como si fuese la fuerza misteriosa que deba aportar la panacea deseada.

Por eso comprendo que eres un anarquista impaciente y perezoso. Impaciente, porque no puedes esperar el resultado positivo de la cultura y de la evolución en ti y en los hermanos.

Perezoso porque adivino que puestas tus esperanzas mágicas en la violencia, no juzgas deber proseguir el esfuerzo cultural.

Andas por mal camino. El que con violencia hiere, con violencia muere. La violencia es epopeya casi siempre efímera. Semejante a una ráfaga de viento que arrasa y desola, deja tras ella un vacío y un silencio tétrico. El vacío de la nada y el silencio del mal estéril.

Y medito y me pregunto si esa adiposidad nihilista es propia del anarquismo constructivo, que proyecta y esboza nuevas formas de vida o, bien, un fragmento de doctrina de alguna secta de esas llamadas de la muerte, como las hay aún entre los salvajes indios, que adhirió al anarquismo en sus comienzos, y del que no ha sabido de una vez desembarazarse por completo. El teórico consciente mentó a la violencia como un poder que debe coadyuvar a la obra previa de la propaganda y de la cultura, y tú lo has interpretado como un banditismo.

El primero la concibió como una fuerza al mando de la razón, del sentimiento y de la bondad suprema, y tú te la figuras como debiendo avasallarlos y dominar el rumbo de la Revolución.

Si sueltas la violencia desencadenada a través de los cerebros, ¿sabes a dónde iremos a parar? Si anuncias

la Revolución principiando a sembrar el desprecio de las vidas ajenas, ¿cómo quieres que se implante el principio básico del respeto sincero y austero a la vida del semejante, pilar del anarquismo?

Si sueñas con aniquilar vidas y anonadar entera y sistemáticamente la obra histórica de los hombres, ¿cómo puedes imponer ahora el sacrosanto derecho a tu des-  
envolvimiento y a la intangibilidad de tu seguridad?

Ellos han violado tus derechos y tú propagas la necesidad de violar su vida y de matar su obra, como un acto de represalia fecundo y justo. Tú invocas el bienestar de todos —los que sobrevivan—. Ellos también invocan la seguridad mínima de hoy. Tú lo justificas con la implantación de la Justicia y de la Equidad. Mas ellos, que no han logrado creer en ellas, lo justifican defendiendo el patrimonio de las generaciones pasadas y presentes, representando el orden actual contra las amenazas tuyas.

¿Con qué derecho hablar de la necesidad del homicidio, para fines más o menos supremos? ¿Somos los creadores de la Vida? ¿No nos decimos, al contrario, partidarios y amigos de la Naturaleza? ¿No incurrimos en una grave contradicción? El anarquismo es una nueva fórmula científica que pretende modificar la sociedad de raíz. La fórmula nos place; la aceptamos. Pero nada hay en esa nueva ciencia que nos autorice a suponer que haya de ser lo más pronto posible y en detrimento físico y moral de los demás seres humanos.

No; cuando me ensalzas la violencia como la invención que deba realizar por sí sola el milagro; cuando te esfuerzas en demostrarme que un medio tan simple y tan viejo es la única fuerza de propulsión del anarquismo, me apenas, me causas reparo y me sumes en la más inextricable de las confusiones. No sé si soy. No sé si eres. No sé dónde me hallo ni con quién avanzo hacia el mañana incierto y grave.

---

## La gula

Los niños se llevan los ojos a sus bocas y muchos hombres son niños, sin ser glotones. La gula es una pasión: muchos hombres se vuelven glotones. Una pasión es una costumbre, y el carácter tiene otras causas que no son la costumbre.—MAX JACOB.



## Egoísmo sexual

Máximo Llocca

Pretendemos derribar el régimen del capitalismo porque es esencialmente egoísta y no queremos darnos cuenta de que en ciertos aspectos estamos utilizando sus mismas armas. ¿Qué es sino el egoísmo, el árbitro en las cuestiones sexuales? ¿Qué otro sentimiento que no sea el egoísmo rige las relaciones del sexo?

No hay unión de macho y hembra, sea canónica, civil o libertaria, en la que uno de los contendientes del exquisito torneo amoroso no pretenda ejercer el derecho de posesión exclusiva sobre el otro, sin detenerse a pensar si éste participa de idéntico criterio. Esto es elevar el egoísmo al cubo.

Querer privar a nuestros semejantes del goce sexual que nosotros disfrutamos, ya entraña un despreciable egoísmo; pero pretenderlo sin estar plenamente convencidos de que nuestra compañía de amor está conforme con ello, es, además de egoísmo despreciable, un proceder netamente absolutista, genuinamente burgués, que dice muy poco en favor de los sentimientos pseudofraternales de una muchedumbre que se vanagloria de llamarse la Humanidad.

Mientras censuramos a los agiotistas del capitalismo, porque labran su bienestar a costa del proletariado, lo cual constituye un rematado egoísmo, no nos decidimos a prescindir de la egolatría que conservamos en las relaciones sexuales, porque egoísmo y muy grande es querer monopolizar en nuestro exclusivo beneficio el placer que nos proporcionan los individuos del sexo contrario. Este usufructo privado del que no queremos desposeerlos, implica un desprestigio absoluto en quienes lo ejercen, si éstos, además, aseguran ser libertarios.

Y conste que al criticar yo este modo de proceder, me refiero por igual a varones y hembras, a quienes por igual van dirigidas mis censuras, pues en eso de aspirar a que el compañero del acto carnal sea únicamente para el otro, no sé quién va más lejos, si ellos o ellas. No voy a tratar de internarme en exploraciones de carácter íntimo para demostraros que hasta en el placer carnal, esa emoción gloriosa que todos pudiéramos gozar sin perjuicio de tercero, existe un cerril egoísmo que pretende vedar a los demás la satisfacción sexual que nosotros experimentamos. Algunas y algunos de los que me oyen saben esto por experiencia, y, sin duda, más de una vez se habrán visto compelidos, en determinados momentos, a prometer al cónyuge no hacer uso de sus atributos genésicos si no es siempre con la misma pareja.

Esto, que muchos pretenden hacernos pasar como la sublimización del amor entre dos seres que, al decir de ellos, fueron creados el uno para el otro, no es más que una soberana avaricia, vestida con el disfraz de la majadería.

No existe matrimonio sacramental ni unión libre, en la que uno de los dos, por lo menos, no haya sentido deseos, más de una vez, de cambiar de compañero de-

finitiva o accidentalmente. «Siempre perdiz, cansa», reza un sabio refrán. Por mucho que dos se amen y se atraigan, siempre hay uno de ellos, si no son los dos, que experimenta la necesidad del cambio, aunque sólo sea circunstancial, porque la propia naturaleza de las relaciones sexuales es voluble y exige la variación si se quiere que la satisfacción instintiva sea completa. «La inconstancia en el amor —dice Proudhon— está en el orden de las cosas, y todo hombre, sin excepción, la experimenta.»

No hay, pues, motivo alguno para que en esos momentos de gazmoñería amorosa se aproveche uno de los dos para prohibir al otro que sacie su sed genésica en otras fuentes, pues ello equivale a privar al prójimo del placer que nosotros sentimos, y a quitar a nuestro compañero de amor la libertad de gozar donde pueda y donde quiera.

Lamento que mis palabras, sin yo desearlo, hayan tenido que penetrar en el terreno puramente íntimo; pero yo me veo obligado a insistir, siguiendo los dictados de mi conciencia y los mandatos de mi ideología, manifestando que la libertad bien entendida está por encima de todo y no es posible establecer excepciones en el disfrute de tan cara ilusión, sin dejar ya jalonada una solemne injusticia.

## Las aspiraciones

Feliciano Gal

Las aspiraciones son como alas que el espíritu nos presta para elevarnos sobre todos los obstáculos, sobre todos los ambientes, sobre todos los prejuicios y sofismas.

El que está poseído de nobles, de grandes aspiraciones, no vive la vida torpe y simple de los bajos y rastroeros egoísmos que dividen a los mediocres, porque su potencia creadora es incontrastable y su afán de conquistista es fuerte y poderoso.

Las aspiraciones levantan al individuo desde el más humilde sitio hasta el picacho mismo de todos los éxitos; porque las aspiraciones son las que han hecho, hacen y harán, mientras el Mundo sea Mundo, a todos los triunfadores, a todos los que se destacan en una forma o en otra en todos los órdenes de las actividades del humano saber.

El que vive sin aspiraciones; el que está conforme con su condición; el que no lucha por llegar a algo que contribuya a su mejoramiento o al de sus semejantes; el que no aspira a lo más y a lo mejor, pasa por la vida como una sombra, porque no deja tras de sí, al bajarse el telón de su existir, ni siquiera el recuerdo de una buena obra...

¡Por eso los hombres, como los pueblos, que no sienten en sí el influjo arrollador de grandes y supremas aspiraciones, son nada más que entes que arrastran la vida miseranda de los vencidos!... Son bultos que caminan, con andar incierto, directamente a la derrota y a la muerte...

# Del derecho

Emilio de Gicardín

¿Qué certidumbre he adquirido?

¿Qué conclusión puedo sacar de ella?

La certidumbre que he adquirido es que en el mundo no hay más que un derecho: el derecho del más fuerte.

Así, pues, no hay duda, ni vaguedad, ni equívoco: la fuerza es el derecho, no hay otro derecho que el de la fuerza, pues este derecho es el único inviolable, el único que lleva en sí mismo su garantía necesaria y su sanción eficaz.

Si esta conclusión es verdadera, «transformar la fuerza» será el único objetivo que debe proponerse el hombre que aspire a alejarse cada vez más del estado de barbarie.

Pero, ¿cómo transformarla?

Dedicándose sin tregua ni excepción a arrebatar en todo y en todas partes a la fuerza material todo lo que sea posible arrebatarle para agregarlo en todo y en todas partes a la fuerza inmaterial. Llamo «fuerza material» a todo poder corporal, a todo poder numérico.

Llamo «fuerza inmaterial» a todo poder intelectual, a todo poder científico.

Llamo «fuerza material» a toda ley ficticia, a toda ley para cuyo cumplimiento no baste la evidencia de su necesidad.

Llamo «fuerza inmaterial» a toda ley natural para cuyo cumplimiento baste la evidencia de su necesidad.

Llamo «fuerza material» a la fuerza por la cual el hombre se parece al animal.

Llamo «fuerza inmaterial» a la fuerza por la cual el hombre es superior a todos los demás seres animados.

Guerras, conquistas, autoridad, ¿qué sois? Sois el derecho del más fuerte materialmente y nacionalmente.

Ciencias, descubrimientos, libertad, ¿qué sois? Sois el derecho del más fuerte intelectualmente e individualmente.

Tal es mi conclusión, y por ella hago que el pensamiento humano sea tan inviolable como la vida humana.

Un hombre no tiene derecho a impedir que otro hombre piense, aunque éste fuese intelectualmente enfermo y deforme, como tampoco tiene el derecho de impedir que otro hombre viva aunque éste fuese corporalmente enfermo y deforme.

La sociedad no tiene, asimismo, derecho contra el que piensa mal, como no lo tiene contra el que está enfermo.

Pero, ¿cómo curar al que piensa mal?

No haciendo lo que hace la alopátia, sino haciendo lo que hace la homeopatía; procediendo por los semejantes, y no por los contrarios; no oponiendo la fuerza material a la fuerza intelectual, sino oponiendo la fuerza intelectual a la fuerza intelectual.

O el derecho no es nada o es la inviolabilidad humana: intelectual y corporalmente.

Cuando nos remontamos de las leyes al derecho, como de la desembocadura de un río nos remontamos a su fuente, se reconoce que el derecho no puede existir a medias.

¿Qué es el derecho asegurando al hombre la propiedad de su cuerpo y no asegurándole la propiedad de su espíritu?

¿Es que el hombre vale más por su cuerpo que por su espíritu?

¿Es que su espíritu es menos sagrado que su cuerpo?

El derecho que asigna al valor corporal del hombre un precio tan elevado y a su valor intelectual un precio tan bajo, es un derecho que se parece mucho a un cuerpo humano, del que está ausente el espíritu; es un derecho idiota. ¿Y este es el derecho que se ensalza tanto y ante el cual se quisiera que yo me arrodillara con respeto, que inclinase mi frente con veneración? Jamás.

Este derecho es aún la barbarie. Y allí donde la barbarie continúa reinando, el hombre no tiene la propiedad de su cuerpo ni la de su espíritu. La completa propiedad de sí mismo es lo que constituye el único derecho que mi razón puede reconocer sin distinguir...



# LA DIFERENCIACIÓN ETNOGRÁFICA EN LA MUJER

(Documentación fotográfica procedente de los más importantes archivos etnográficos del mundo.)



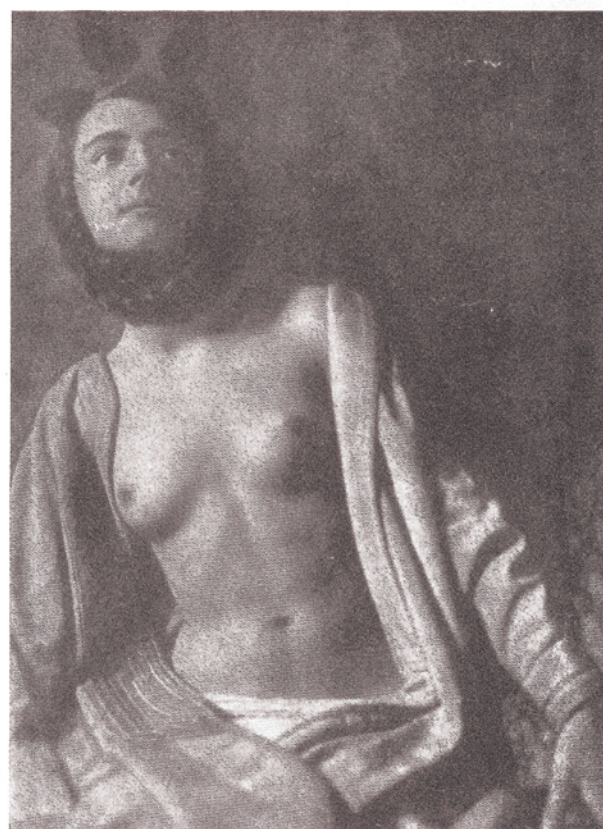
MUJER ESPAÑOLA



ITALIANA (DE SICILIA)



AMERICANA DEL NORTE (E. U. A.)

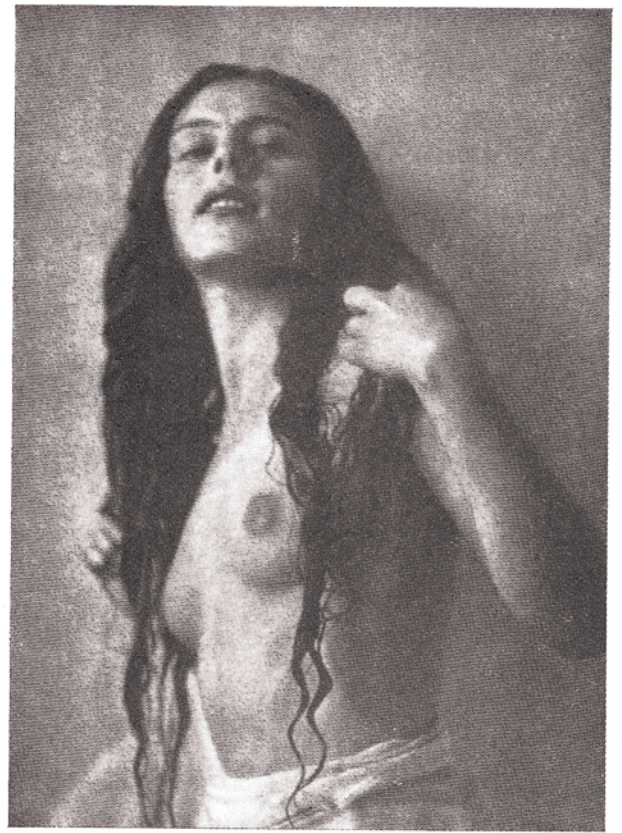


ALEMANA

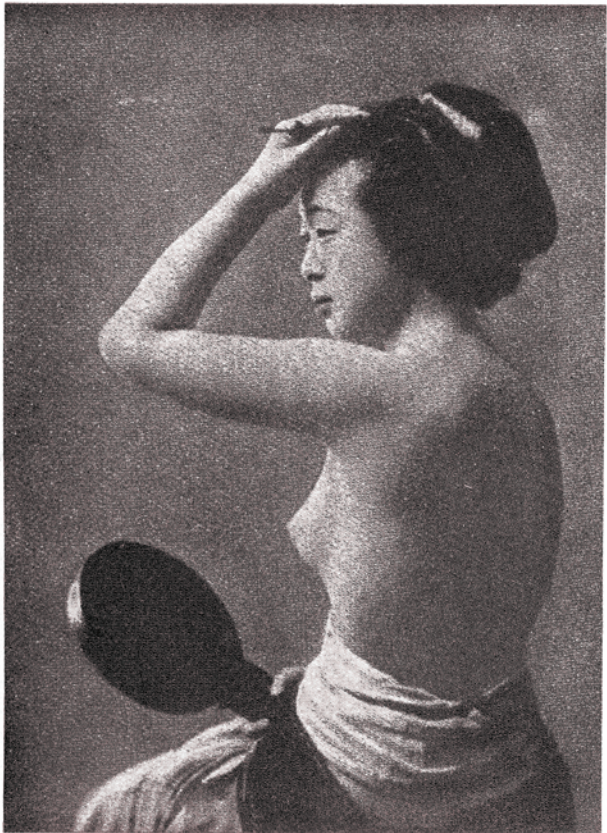




RUSA (DE UKRANIA)



ESCANDINAVA (DE SUECIA)



JAPONESA



MESTIZA JAVANESA





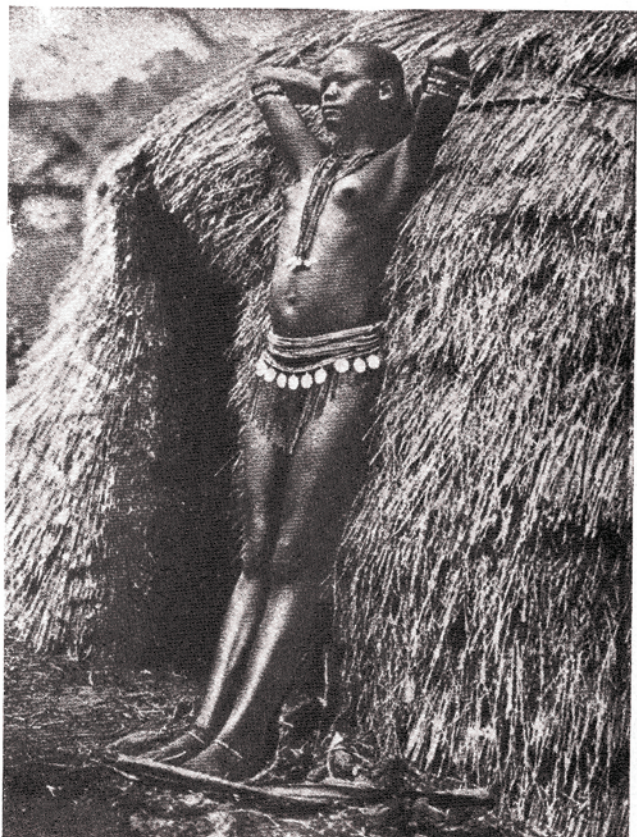
CINGALESA DE CEYLAN (COLOMBO)



MUCHACHAS FILIPINAS



MUCHACHA BEREBERE (DE ARGEL)

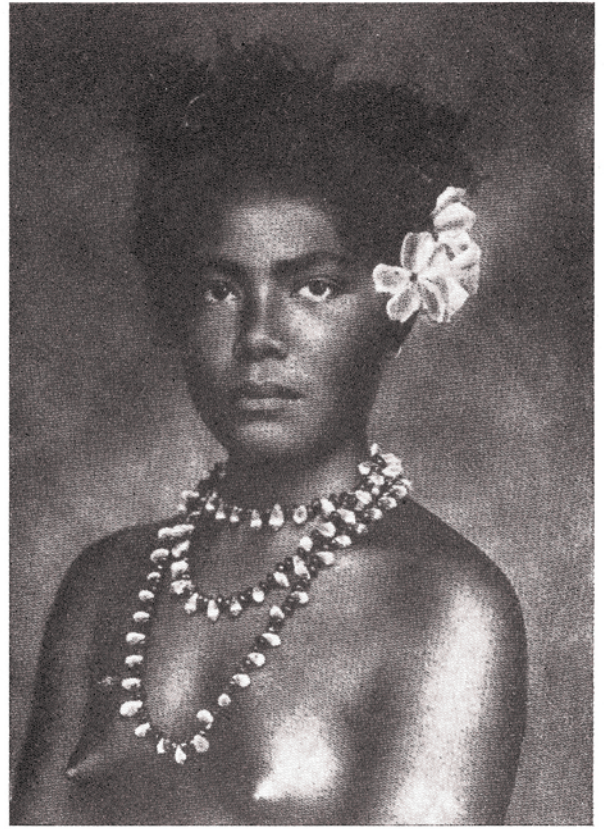


JOVEN «ANDJAGGA» (ESTE AFRICANO)

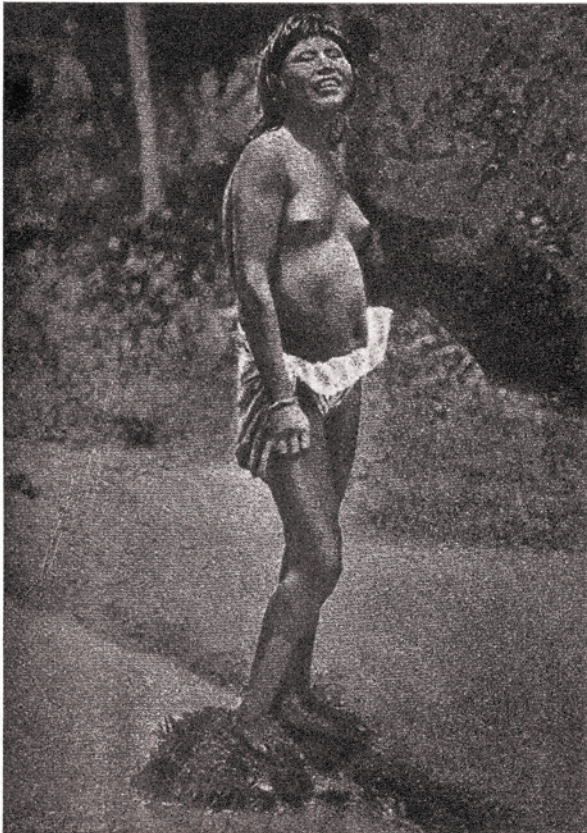




MUJER BOSQUIMANA (AFRICA CENTRAL)



MUCHACHA SAMOHITA (OCEANÍA)



MUCHACHA INDIA (AMÉRICA DEL SUR)



AUSTRALIANA (NUEVA GALES DEL SUR)



- LA ETICA, LA REVOLUCION Y EL ESTADO, por Pedro Kropotkin.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 ptas.; en tela, 3'50.
- LOS HERMANOS KARAMAZOW, por el novelista ruso Fedor Dostoiewski.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía y más de 350 páginas, 3 ptas.; en tela, 4'50.
- LA VIDA TRAGICA DE LOS TRABAJADORES, por el doctor Feydoux.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 3'50 ptas.; en tela, 5.
- IDEARIO, por Enrique Malatesta.—Un tomo de 224 páginas, 2 ptas.; en tela, 3'50.
- CRITICA REVOLUCIONARIA, por Luis Fabbri.—Un tomo cuidadosamente impreso, en rústica, 2 ptas.; en tela, 3'50.
- IDEARIO, por Ricardo Mella.—Precio, 5 pesetas.
- IDEOLOGIA Y TACTICA DEL PROLETARIADO MODERNO, por Rudolf Rocker.—Precio, 3 ptas.; en tela, 4'50.
- LOS CARDOS DEL BARAGAN, por Panait Istrati.—Precio, 2 ptas.; en tela, 3'50.
- LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS, por R. H. de Ibarreta.—Precio, 2 ptas.; en tela, 3'50.
- LAS RUINAS DE PALMIRA Y LA LEY NATURAL, por El Conde de Volney.—Precio, 2 pesetas; en tela, 3'50.
- EN LA LINEA RECTA, por Eusebio C. Carbó.—Precio, 2'50 pesetas.
- LA INTERNACIONAL PACIFISTA, por Eugen Relgis.—Precio, 1 peseta.
- PEQUEÑO MANUAL INDIVIDUALISTA, por Han Ryner.—Precio 2 pesetas.
- ALBORES, por Albano Rosell.—Precio, 3 pesetas.
- PROBLEMAS ECONOMICOS DE LA REVOLUCION SOCIAL ESPAÑOLA, por Gastón Leval.—Precio, 3 ptas.
- LA NUEVA CREACION DE LA SOCIEDAD POR EL COMUNISMO ANARQUICO, por Pierre Ramus.—Precio, 3'50 ptas.
- LA INQUISICION EN ESPAÑA (ilustrada con diecinueve láminas).—Precio, 1 peseta.
- RAFAEL BARRET. *Su Obra, su Predica, su Moral*, por J. R. Forteza.—Precio, 3 pesetas.
- EL SACRILEGO, por José Sampérez Janín.—Precio, 5 ptas.
- ENTRE DOS FRENTES, por Adam Smit.—Un tomo, 4 pesetas.
- ¡TAMBIEN AMERICA!, por Campio Carpio.—Precio, 4 pesetas.
- PERIODICOS Y PERIODISTAS (selección de varios autores).—Precio, 0'30 pesetas.
- DEMOCRACIA, SUFRAGIO Y PARLAMENTARISMO (selección de varios autores).—Precio, 0'30 pesetas.
- LA TRAGEDIA DE LA EMANCIPACION FEMENINA, por Emma Goldmann.—Precio, 0'20 pesetas.
- ENTRE CAMPESINOS, por E. Malatesta.—Precio, 0'35 pesetas.
- LA FILOSOFIA DE IBSEN, por Han Ryner.—Precio, 0'25 pesetas.
- EL COMUNISMO LIBERTARIO (Sus posibilidades de realización en España), por Isaac Puente.—Precio, 0'50 pesetas.
- MATERNOLOGIA Y PUERICULTURA, por Margarita Nelken.—Precio, 0'25 pesetas.
- AMOR Y MATRIMONIO, por Emma Goldmann.—Precio, 0'50 pesetas.
- EL MATRIMONIO, por Elías Reclús.—Precio, 0'30 pesetas.
- LA LIBERTAD, por Sebastián Faure.—Precio, 0'30 pesetas.
- EL SINDICALISMO, por Anselmo Lorenzo.—Precio, 0'30 pesetas.
- ¿EL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO?, por V. Gri-fuelhes.—Precio, 0'30 pesetas.
- EL PROBLEMA DE LA TIERRA, por Henry George.—Precio, 0'30 pesetas.
- EDUCACION REVOLUCIONARIA, por C. Cornelissen.—Precio, 0'30 pesetas.
- ESTUDIOS SOBRE EL AMOR, por José Ingenieros.—Precio, 0'75 pesetas. (Segunda edición.)
- EL SUBJETIVISMO, por Han Ryner.—Precio, 1 peseta.
- JUANA DE ARCO, SACRIFICADA POR LA IGLESIA, por Han Ryner.—Precio, 0'60 pesetas.
- CRAINQUEBILLE, por Anatole France.—Precio, 0'50 pesetas.
- LA MUERTE DE OLIVERIO BECAILLE, por Emilio Zola.—Precio, 0'50 pesetas.
- LUZ DE DOMINGO, por Ramón Pérez de Ayala.—Precio, 0'50 pesetas.
- INFANTICIDA, por Joaquín Dicenta.—Precio, 0'50 pesetas.
- URANIA, por Camilo Flammarion.—Precio, 0'50 pesetas.
- EL PROBLEMA EUGENICO, por Hildegart.—Precio, 0'75 pesetas.

### Diccionarios

(15 por 100 de descuento a corresponsales y suscriptores)

- ENCICLOPEDIA SOPENA (en dos volúmenes).—80 pesetas al contado y 90 a plazos.
- DICCIONARIO ENCICLOPEDICO ILUSTRADO DE LA LENGUA ESPAÑOLA.—18 pesetas.
- DICCIONARIO ENCICLOPEDICO ILUSTRADO LA FUENTE.—9 pesetas.
- NUEVO DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA, por don José Alemany.—7 pesetas.
- DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA, por Atilano Rancés.—3'50 pesetas.
- DICCIONARIO FRANCES-ESPAÑOL Y ESPAÑOL-FRANCES, por P. Alcalá Zamora y Teophile Antignac.—Precio, 5'50 pesetas.
- DICCIONARIO INGLES-ESPAÑOL Y ESPAÑOL-INGLES, por Ricardo Roberston.—5'50 pesetas.
- PEQUEÑO DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA «ITER».—1'75 pesetas.
- DICCIONARIO «ITER» INGLES-ESPAÑOL.—2'50 pesetas.
- DICCIONARIO «ITER» FRANCES-ESPAÑOL.—2'50 pesetas.
- DICCIONARIO FILOSOFICO, por Voltaire (dos tomos).—16 pesetas.

### Corresponsales administrativos

- BARCELONA.—Unión de Quiosqueros: Barabá, 12.
- MADRID.—Agencia de Distribución: Moratín, 49.
- SEVILLA.—José Romero Luquer: Reyes Católicos; Nuevo Quiosco.
- GRANADA.—Manuel Laguna: Zenete, 15.
- BUENOS AIRES (Argentina).—Fermín Cortés: Belgrano, número 3.335.
- RÓSARIO SANTA FE (Argentina).—J. Emilio Núñez: San Lorenzo, 1.868; distrito 3.

### Folleto filosóficos y sociales

- LOS PRINCIPIOS HUMANITARISTAS, por Eugen Relgis.—Precio, 0'30 pesetas.
- LA PROPIEDAD DE LA TIERRA, por León Tolstoi.—Precio, 0'30 pesetas.
- LA IGLESIA Y LA LIBERTAD, por Lorurot-Desgranges.—Precio, 0'40 pesetas.
- LA PROSTITUCION, por Emma Goldmann.—Precio, 0'25 pesetas.
- LA LUCHA POR EL PAN, por Rudolf Rocker.—Precio, 0'50 pesetas.
- LA LIBERTAD Y LA NUEVA CONSTITUCION ESPAÑOLA, por Higinio Noja Ruiz.—Precio, 0'30 pesetas.
- EL MILITARISMO Y LA GUERRA.—Precio, 0'25 pesetas.
- LA FABRICACION DE ARMAS DE GUERRA, por Rudolf Rocqer.—Precio, 0'30 pesetas.
- LAS FEALDADES DE LA RELIGION, por Han Ryner.—Precio, 0'50 pesetas.
- HUELGA DE VIENTRES, por Luis Bulffi.—Precio, 0'25 pesetas.
- GENERACION VOLUNTARIA, por Paul Robin.—Precio, 0'25 pesetas.
- ¿MARAVILLOSO EL INSTINTO DE LOS INSECTOS?—Precio, 0'30 pesetas.
- POBRES Y RICOS (selección de varios autores).—Precio, 0'30 pesetas.
- LA POLITICA Y LOS POLITICOS (selección de varios autores).—Precio, 0'30 pesetas.
- SUPERPOBLACION Y MISERIA, por Eugenio Lerico-lais.—Precio, 0'40 pesetas.
- LA VIRGINIDAD ESTANCADA, por Hope Clare.—Precio, 0'20 pesetas.
- EL MAREO, por Alejandro Kuprín.—Precio, 0'50 pesetas.



# Medios para evitar el embarazo

Por el Dr. G. HARDY

**PRECIO:**

En rústica:

**3'50 ptas.**

Encuadernado en tela:

**5 ptas.**

Obra utilísima, ampliamente documentada e ilustrada con 39 grabados en el texto, detallando los más modernos y perfectos procedimientos científicos para evitar la concepción no deseada, y los medios anticoncepcionales más eficaces y seguros.—Primera edición española autorizada por el autor, notablemente corregida y puesta al día.—Libro de utilidad excepcional, importantísimo.—Indispensable en todos los hogares cuyos cónyuges deseen orientarse en sus relaciones sexuales para una procreación consciente y limitada, a completa voluntad suya, tanto del hombre como de la mujer.—Esta obra ha merecido los honores de los más duros ataques de la mojigatería francesa, y los más sinceros elogios de los hombres científicos de espíritu libre, médicos, abogados, escritores, artistas, etcétera, habiéndose vendido numerosas ediciones en Francia.

## Consultorio Médico de ESTUDIOS

**Dr. Roberto Remartínez**

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Ex interno de la Facultad de Madrid  
Académico corresponsal de la Academia de Medicina de Barcelona

Ex médico de la Cruz Roja  
Electricidad médica, Diatermia, Fototerapia,  
Rayos X, etc.

Consultas (muy reservadas) por correspondencia.  
Descuentos especiales en consultas y tratamientos a los lectores, enviando el cupón.  
Pedid cuestionario.

CONSULTA EN VALENCIA:

Calle del Conde de Salvatierra, 19, de 9 a 1

**J. PEDRERO VALLES**

MÉDICO HOMEÓPATA

Fuente Dorada, 7, pral. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100.

Para las consultas por correspondencia, pidase «Cuestionario de preguntas», adjuntando el franqueo para la contestación.

**DR. L. ALVAREZ**

MÉDICO NATURISTA

Duque de la Victoria, 15, pral.

VALLADOLID

Precios de consulta: Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará tres pesetas en la primera consulta, y una peseta en las sucesivas.

**Dr. M. Aguado Escribano**

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 por 100 en la primera consulta, y el 25 por 100 en las sucesivas.

**ESTUDIOS**

CUPÓN CONSULTA

Núm. 113.—Enero 1933

Córtese el adjunto cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.